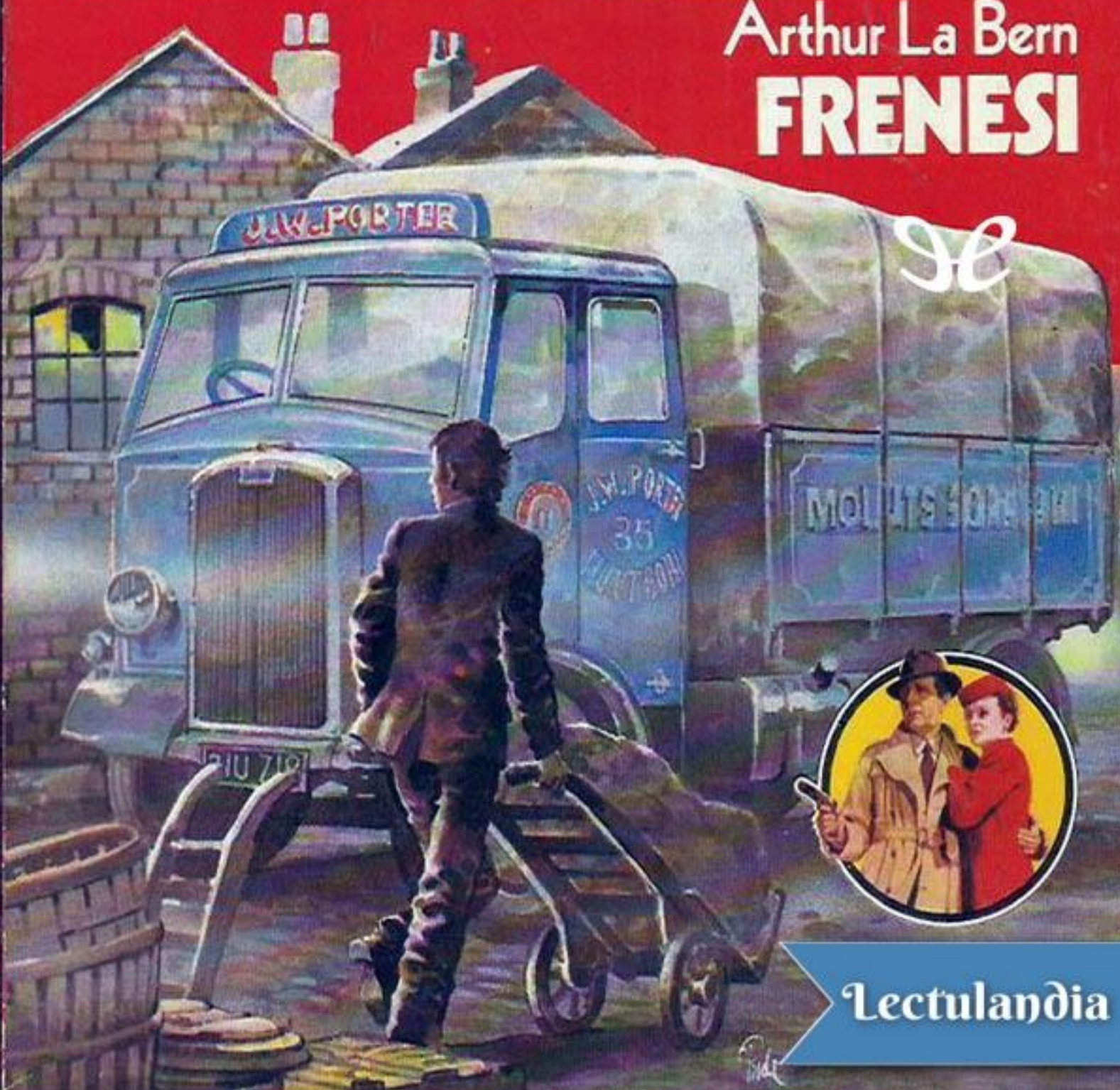


Club DEL MISTERIO

Arthur La Bern
FRENESI



Lectulandia

A qué negarlo: era un tipo violento y pendenciero, y además su mente no podía presentarse, desde hacía tiempo, como un modelo de claridad. Pero eso no quería decir que fuera dejando por el mundo un reguero de cadáveres femeninos artísticamente estrangulados con decorativas corbatas, tal como parecían indicar todas las pruebas. Eso era lo que pensaba la policía, la justicia y todos los relacionados con el caso. Sin embargo, él sabía tan bien como el verdadero asesino que no era culpable. El único problema consistía en demostrarlo.

Lectulandia

Arthur La Bern

Frenesí

Club del Misterio - 66

ePub r1.0

Titivillus 16.02.17

Título original: *Frenzy*
Arthur La Bern, 1966
Traducción: Pilar Giralt
Ilustraciones: Carles Freixas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

El *barman* de la cervecería El Milagro Moteado, situada entre Piccadilly Circus y Leicester Square, estaba leyendo un recorte de periódico, ya atrasado, que hacía referencia a su persona: el Rey accedía graciosamente a conceder la recompensa de la Orden del Servicio Distinguido al jefe de escuadrón Richard Anthony Ian Blamey, DFC^[1], que también era abogado. El jefe de escuadrón Blamey había demostrado en repetidas ocasiones una pericia y una tenacidad excepcionales en las operaciones de bombardeo. Sus dotes de mando habían prestado coraje a cuantos volaron con él, siendo particularmente notable el ataque a baja altura contra la factoría Messerschmitt de Regensburg. En aquella ocasión, el jefe de escuadrón Blamey volvió al ataque una y otra vez, pese a la intensa oposición de las defensas antiaéreas enemigas y a tener un trozo de metralla incrustado en el tobillo. El ataque a Regensburg, que supuso una penetración de quinientos kilómetros hacia el interior de Alemania, causó graves desperfectos en la factoría que hasta entonces había fabricado el cincuenta por ciento de los aviones de caza enemigos.

Richard Blamey rompió el recorte en pedazos y lo echó al inodoro; después tiró de la cadena. Poco a poco subió cojeando los escalones de piedra que conducían al bar, y una vez allí miró el reloj de propaganda de la cerveza Guinness. Era casi la hora de abrir.

El recorte había llegado aquella mañana entre los papeles de su madre, que le había enviado el procurador de la familia. La señora Blamey había fallecido hacía unas semanas, sola, lejos de su único hijo, al que culpaba de la precaria situación en que había vivido durante sus últimos días. La anciana señora Blamey nunca comprendió que el muchacho a quien vio recibir una condecoración de manos del rey Jorge VI en el Salón Azul del Palacio de Buckingham hubiese fracasado tan lamentablemente en su vida civil. Ella le había aconsejado siempre que no invirtiera su dinero en un negocio tan fluctuante como era una escuela de equitación.

El Milagro Moteado, cuyo nombre era una alusión a *El Tetarca*, estaba decorado con grabados ecuestres, con trajes de seda de los jinetes y herraduras con un baño de plata. El establecimiento se encontraba en un pasaje, entre un Banco y una casa de apuestas, y frente a la entrada de servicio de un hotel y la puerta de salida de los artistas de un teatro.

Del interior de la casa de apuestas se podía escuchar una voz fantasmal: «Oficina Central de Telégrafos emitiendo pruebas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Aquí la Oficina Central de Telégrafos emitiendo pruebas. Once a diez, a la par, cinco a dos, tres a uno, siete a dos. Aquí la Oficina Central de Telégrafos emitiendo pruebas».

Richard Blamey se sentía más deprimido que de costumbre aquella mañana del lunes. Con ademanes cansados cogió el *Morning Advertiser* que estaba en la barra del

bar, con la intención de dar una mirada a la sección de carreras, pero unos titulares de la portada llamaron su atención. Se trataba de la muerte de Lawrence Larry Wellington, el cual se había ahorcado en su celda de la prisión de Brixton.

—¡Oh, no! —exclamó Blamey en el silencio del bar.

Larry Wellington había sido su primer artillero, el Charlie de la cola, en aquella expedición a Regensburg. Había estado con él en Colonia, en Bremerhaven, en Berlín, en el Mohne Dam, en Düsseldorf, y habían regresado juntos más veces de las que podía recordar. A Larry, que había salido siempre sin un solo rasguño, ahora se le había ocurrido colgarse en la celda de una prisión.

Richard Blamey fue detrás de la barra. Necesitaba un trago. Ya lo pagaría cuando abriera la caja. El encargado estaba en aquellos momentos en la bodega, mientras las camareras se maquillaban. Se sirvió un whisky largo, y ya casi se lo había terminado cuando apareció el encargado en la escalera que llevaba a la bodega y al lavabo de caballeros.

Se llamaba Félix Hope-Forsythe, y era el sobrino de uno de los dueños de la destilería.

—Recoja sus cosas y váyase. Está usted despedido, Blamey.

—¿Por qué?

—Por falta de honradez, ni más ni menos. Ahora comprendo por qué se acaban tan pronto las existencias.

—¿Se refiere usted al whisky que me acabo de tomar?

—Me refiero al whisky que se acaba de tomar y a todos los que se ha estado tomando.

—Este es el primer trago que me he servido desde que estoy aquí, y tenía la firme intención de pagarlo cuando abriera la caja.

—Querrá usted decir que es la primera vez que le cojo con las manos en la masa.

—¡Usted no es quién para hablar de falta de honradez! —exclamó Blamey—. Sé Jo que ha estado haciendo en la bodega, poniendo en las botellas de «Gordon's» la ginebra que compra usted a granel en la destilería.

—¡Fuera! —dijo Hope-Forsythe, señalando la puerta—. ¡Fuera de aquí!

Blamey salió cojeando de detrás de la barra. Era varios centímetros más bajo que Hope-Forsythe y tenía diez años más, pero éste retrocedió.

Blamey se dirigía ya hacia la puerta, cuando retrocedió y puso dos medias coronas sobre el mostrador.

—Esto es por el whisky —dijo. Y encaminándose hacia la salida, añadió—: Quédese con el cambio.

—Espere un momento.

Blamey se detuvo.

—¿Qué pasa ahora?

Enmarcado por el umbral, y mirando al encargado, no tenía precisamente el aspecto de un héroe.

Sus cabellos eran rojizos y escasos, y estaban manchados por mechones grises. Los talones de sus zapatos estaban desgastados por el uso y su chaqueta de montar, remendada en los codos.

—Tal vez he sido algo brusco —se disculpó Hope-Forsythe—. Si usted me hubiera dicho que necesitaba un trago, yo le habría comprendido. Olvidémoslo, ¿quiere?

—Yo ya lo he olvidado —le contestó Blamey, volviéndole la espalda.

Salió. Por las puertas abiertas de la casa de apuestas brotaba la cantilena diaria: «Aquí la Oficina Central de Telégrafos en emisión de pruebas...».

Los apostadores estudiaban ya las listas, apretujándose codo con codo, o empinándose los de filas más posteriores, pero todos atentos a los resultados facilitados por los periódicos deportivos. Otros se sentaban en los sillones, frente a mesas cubiertas de cristal y provistas de ceniceros demasiado pesados para ser sustraídos. Allí estudiaban sus libretas o las listas de las carreras con fervor religioso, moviendo los labios, como en una plegaria, enfrascados en su meditación.

Richard Blamey, ya dentro de la casa de apuestas, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, indiferente a las constantes pruebas telegráficas que se dejaban oír sobre su cabeza. A juzgar por las precauciones tomadas en dichas pruebas de retransmisión, cualquiera hubiese podido pensar que se estaban preparando para lanzar un artefacto a la Luna. Blamey no tenía la menor intención de arriesgar sus exiguos recursos en cualquiera de los caballos favoritos del día, pero aquí disfrutaba de la misma comodidad que en otra parte y, además, no tenía ningún sitio adonde ir.

Se sentía enfermo, más enfermo de lo que jamás se sintiera en ningún tipo de avión. No se compadecía de sí mismo, sino de Larry Wellington, ahorcado con su propia corbata en una celda de Brixton, la prisión de Su Majestad. Dick Blamey no era un sentimental; la muerte repentina no le horrorizaba, ni siquiera la de un amigo. De joven se había enfrentado a ella demasiadas veces. Tampoco podía decirse que Larry y él hubiesen continuado su amistad después de la guerra; probablemente no se habían visto más de media docena de veces en los últimos veinte años, y casi siempre, por casualidad, en las carreras. Era la única afición que tenían en común.

La última vez que se vieron fue el año anterior, en Sandown Park, y Larry no había demostrado la menor preocupación. Vivía con una estupenda pelirroja llamada Jennifer Page y tenía mucho dinero.

Dick Blamey pensaba siempre en Wellington como en Larry *el Afortunado*, porque ganaba mucho dinero emborronando cuartillas, en tanto que él trabajaba como un forzado de la mañana a la noche, intentando dirigir sin ayuda de nadie una escuela de equitación, y, para colmo, perdiendo dinero. Después de un verano lluvioso decidió la construcción de un picadero cubierto. Su aspecto era magnífico una vez terminado, y pensó que, a partir de aquel momento, le sería posible dar clases sin interrupción durante todo el año, fueran cuales fuesen las condiciones meteorológicas. Pero no había contado con las autoridades locales. Se le había

olvidado pedir el permiso para la edificación, y le ordenaron que la derribase. No consiguió nada subrayando el hecho de que su picadero estaba oculto tras los árboles y que no obstaculizaba para nada las líneas del paisaje, lo cual no podía decirse de la urbanización del propio Ayuntamiento, cuyas burdas construcciones de ladrillos rojos se esparcían por toda la llanura con sus farolas de cemento, centro recreativo y salón de máquinas tragaperras.

Varios jóvenes de esta misma urbanización se divertieron una tarde apedreando tan ferozmente a una de sus yeguas, que le vaciaron los dos ojos. No le quedó otra alternativa que llamar al veterinario para que la matase. Hacer lo mismo de un tiro con los responsables hubiera sido demasiado piadoso; no obstante, la policía local opinó que era una tarea casi imposible descubrir a los culpables, y, por otra parte, tampoco hubiera servido para nada. Tan sólo les hubieran hecho comparecer ante el juez.

Sé trataba de un incidente bastante corriente: los muchachos se aburrían.

A las autoridades locales lo que les preocupaba era la transgresión de Blamey al construir un edificio sin su permiso. Le dieron a entender que, si no lo derribaba, se vería expuesto a la pena más severa que la ley del país podía infligir. Acto seguido, el Banco le exigió el pago del préstamo. Uno de los miembros de la junta directiva del Banco había estado en el mismo puesto que Blamey en el Salón Azul del Palacio de Buckingham, pero cuando el ex jefe de escuadrón Richard Anthony Ian Blamey, DSO, DFC y abogado, le escribió una carta personal explicándole su situación, la única respuesta fue una carta de los procuradores del Banco. Para reunir el dinero, Dick Blamey empezó a apostar. En seis meses se arruinó.

Le hundieron. Los caballos que le quedaban se vendieron por 30 libras cada uno; los *ponies*, por algo menos. La quiebra estuvo precedida por un divorcio. Así pues, las dotes de mando, la pericia y la tenacidad del jefe de escuadrón Richard Blamey no parecían llevarle a ninguna parte en la Inglaterra de la posguerra, excepto al fracaso más rápido y rotundo. Pero Blamey no era hombre a quien le gustase mirar atrás. No estaba dispuesto a permitir que el cascote de su tobillo le lisiara también el hombro.

Había aceptado el empleo en El Milagro Moteado como una etapa de aprendizaje, convencido de que en un par de años podría aspirar a un puesto más alto. Después de todo había oído decir que Johnny Dring-Porterhouse iba a regentar una taberna de estilo inglés, y nada menos que en París. Si un afable zoquete como Johnny Dring-Porterhouse podía conseguir un puesto como éste, no cabía la menor duda de que él también. Por otra parte, no dejaba de ser una suerte que su ex esposa, Brenda, no le hubiera exigido una pensión alimenticia.

La oficial de aviación Brenda Hillingdon había sido «la chica de la voz de oro» para todos los aviadores de la base de bombarderos de Lincolnshire. Ningún ruiseñor logró jamás emocionar tanto a un corazón como la voz de Brenda desde la torre de control mientras los Avro Lancaster describían círculos en el aire, esperando aterrizar después de una incursión nocturna.

«Adelante Zeta Cebra Nueve Dos Tres. Adelante Zeta Cebra Nueve Dos Tres».

Jamás había sonado de forma tan acogedora una bienvenida al hogar. Inspiraba el deseo de celebrar la propia suerte o, por el contrario, de lamentar la desgracia de los que se habían quedado atrás y que ya no volverían a oír la voz de oro. Brenda, que tenía los cabellos dorados y un cuerpo perfecto tanto en uniforme como en bañador, era el objetivo sentimental de todos los oficiales de la base, incluyendo a los casados, mejor dicho, incluyendo en particular a los casados. Es decir, que el hecho de conquistarla frente a tan reñida competencia hizo que se considerase a Dick como un tipo afortunado. Nunca hubiera podido pensar él, entonces, que llegaría un día en que el sonido de aquella voz le resultaría casi odioso.

Incluso su luna de miel tuvo un inicio desastroso, casi ridículo. Fueron a Londres —¿dónde, si no, podía j uno pasar la luna de miel mientras Inglaterra estaba en guerra?—. Reservaron la cámara nupcial de aquel mismo hotel que ahora veía desde la casa de apuestas.

El hotel se encontraba tan próximo a Piccadilly Circus que Eros podía apuntarlo con sus flechas; pero Eros no se encontraba allí en aquel entonces: había sido evacuado a un lugar seguro.

La dirección del hotel tenía un interés especial en mantener su reputación de respetabilidad, de tal manera que las parejas ilícitas no eran admitidas en el edificio, provisto de aire acondicionado y desayuno incluido en la tarifa. A este fin habían ideado una trampa sutil para descubrir a las parejas que no estaban casadas: pedían a la dama que firmase en un registro, y al caballero en otro situado en el extremo opuesto del mostrador de recepción.

La primera noche después de la boda, Richard Blamey y su esposa se encontraban ya en la cama cuando empezaron a golpear la puerta. Luego la abrieron con una llave maestra y encendieron las luces. El director y el detective del hotel les ordenaron que se vistieran y abandonaran el establecimiento.

Como sucede muy a menudo, la trampa para los culpables había cazado a los inocentes. Aún no habituada a su nuevo estado civil, y aturdida por el champaña, Brenda había firmado en el registro del hotel con su nombre de soltera.

La escena que sucedió fue digna de una farsa del Whitehall, pero a Dick Blamey no le hizo ninguna gracia, y, en cuanto a Brenda, tenía sus bonitos ojos azules anegados en lágrimas.

Cuando Dick, después de enfundarse en su bata, puso su certificado de matrimonio ante los ojos atónitos del director, las excusas de éste no pudieron ser más contritas. El personal del hotel hizo cuanto pudo por subsanar su error. A la mañana siguiente les enviaron flores, invitando a la pareja a quedarse el tiempo que quisieran como huéspedes de la dirección, pero nada convenció a Brenda para permanecer bajo aquel techo una noche más.

Cuando aquella tarde abandonaron el hotel se estaba celebrando un baile, y la orquesta tocaba *Siempre habrá una Inglaterra*.

Dick siempre había tenido el convencimiento de que la ridícula situación en que transcurrió su noche de bodas había sido la causa de su subsiguiente incompatibilidad. Ahora, Brenda dirigía con éxito una agencia matrimonial.

Ya no era la esbelta chica de la voz de oro, sino una mujer madura y de formas llenas. Se la consideraba algo así como una autoridad en asuntos conyugales, y colaboraba de vez en cuando en la sección de un periódico con artículos sobre este tema; también intervenía ocasionalmente en televisión.

Dick ya estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y cuando se ponía las gafas para leer, realmente no podía ocultar su edad. Se las puso ahora para repasar las listas de las carreras. Quería olvidarse de Larry Wellington, pero no lo conseguía. Así pues, se levantó y salió, al tiempo que decidía visitar a Brenda, cuya oficina estaba a la vuelta de la esquina. Antes de llegar se detuvo a tomar un trago.

Capítulo 2

El encargado de El Milagro Moteado explicaba la ausencia de su nuevo camarero y cómo le había pescado con las manos en la masa. El, Hope-Forsythe, se había sentido dispuesto á darle una nueva oportunidad, pero era inútil toda tentativa de ayudar a tipos como aquél. Nunca podían olvidar que un día fueron dioses de barro.

—Tiene usted razón —le respondió un cliente.

Se trataba de Bob Rusk, conocido en el West End como El Bizcocho. Su aspecto era el de un hombre de mundo. Ciertamente, se le podía encontrar en los sitios más dispares de la ciudad, pero sus límites eran Temple Bar al este y Park Lane al oeste. Era fornido, ancho de hombros y vestía bien.

—Tengo que irme ya.

—¿Otro trago?

—No, gracias.

—Como quiera. Buenos días, señor.

—Hasta la vista.

Rusk salió con parsimonia y cruzó la calle, tras haber sorteado las cestas de ropa sucia que estaban amontonadas en la acera, junto a la puerta de servicio del hotel. Después entró en una taberna del Haymarket. Allí se encontraba Dick Blamey.

—Hola. ¿Te has despedido del otro sitio?

—Sí, me temo que El Milagro tendrá que arreglárselas sin mí. ¿Quieres beber algo? —preguntó Dick.

—Sí, pero soy yo quien invita. Me imagino que un hombre como tú no tendrá grandes dificultades en encontrar un empleo mejor que aquél.

—Supongo que no. Aún no he pensado nada en concreto.

—Si sé de alguno, te lo diré.

—Gracias.

—Todo está desquiciado. Un hombre como tú, con tus méritos de guerra, trabajando en un lugar como ése... —Bob Rusk dirigió vagamente su cigarrillo en dirección a El Milagro Moteado.

Dick Blamey se encogió de hombros.

—No soy el único. He tenido las mismas oportunidades que cualquier otro. ¡Diablos! Hay un tipo embetunando zapatos en Piccadilly Circus que lleva la corbata del Real Cuerpo de Aviación. De la Primera Guerra Mundial.

—Eso no me parece mal —dijo Rusk—. Un puesto de limpiabotas en Piccadilly Circus debe proporcionar buenas ganancias.

—Buenas o no —replicó Dick—, ¿te gustaría pasarte el día arrodillado? Eso no lo vale ni la Casa de la Moneda.

Bob Rusk sonrió con indolencia.

—Soy yo quien ahora tendría que ponerse de rodillas. Debo llamar a uno de mis corredores antes de las dos.

—¿A uno de tus corredores?

El Bizcocho asintió.

—Tengo entre manos un centenar de previsiones. Imposible operar de otro modo. Y para que mis hombres no se duerman, he de ir llamándoles por turno.

—¿Tienes algo bueno en perspectiva? —preguntó Blamey.

Rusk titubeó.

—Nunca hago revelaciones de este tipo, pero supongo que no te vendrían mal algunos chelines. Se trata de un caballo de dos años llamado «Beau Church». Aún no ha corrido, pero ha dado resultados óptimos en las pruebas. Será una carrera de cuatro caballos, y los otros tres ya han ganado varias veces, o sea, que será el novato.

—«Beau Church» —murmuró Dick—. Me acordaré de él. Gracias. No te va mal con esto, ¿verdad?

Rusk puso sobre la barra un billete de una libra y pidió con un gesto otra ronda de whisky.

—Me gano bien la vida. Jamás estudio las listas, sólo me fío de la información. Pero, entiéndeme, la información ha de ser buena, y resulta cara.

—Me sorprende oír que nunca estudias las listas.

El Bizcocho soltó una carcajada.

—Esta tarde, todas las casas de apuestas del país estarán atestadas de tipejos que habrán estudiado las listas hasta quedarse bizcos. Trabajan más para perder dinero que para ganarlo en su empleo.

Rusk fue a hacer una llamada telefónica. Durante su ausencia, Dick contó el dinero que tenía en efectivo. Tenía tres libras y diez chelines del sueldo de la semana anterior. Si arriesgaba tres libras, sólo le quedarían diez chelines, pero llegó a la conclusión de que valía la pena arriesgarse. Rusk conocía el paño.

Bob se acercó sonriendo, frotándose las manos.

—El primer tanteo ha sido de veinte a uno —anunció—. Me he animado y he apostado cuatrocientas. A la siguiente llamada que he hecho, el precio ya había subido a cien, así que he apostado otras cuatrocientas.

—Parece que están arriesgando mucho por él —dijo Dick Blamey—. Si no te importa, me acercaré hasta la casa de apuestas y probaré suerte.

—Muy bien —contestó Rusk—. Te acompaño, y si la cosa se mantiene en cien, compraré más.

Cuando salieron a Piccadilly Circus, el día, al principio cubierto, se había despejado, y en aquellos momentos el sol iluminaba aquel acre de terreno que sólo un pueblo como el inglés podía considerar el centro del universo. A pesar del sol, la visibilidad era escasa debido a la niebla producida por los tubos de escape, espesa como un caldo y más venenosa que un millón de cigarrillos. En esta atmósfera viciada, los visitantes de provincias y del extranjero se dejaban fotografiar alrededor de Eros. Parejas de mediana edad, procedentes de los Midlands, se contemplaban amorosamente mientras saboreaban sus helados, ellos con la chaqueta al brazo,

exhibiendo camisas de nilón y tirantes; las mujeres, con monederos de material plástico y sandalias blancas, mostrando así sus piernas desnudas, llenas de varices. En la acera de Swan & Edgar parecía haberse dado cita la población de: medio mundo.

Sin embargo, en ningún lugar de la vecindad había tanta animación como en la casa de apuestas. Desde un puesto elevado, un hombre escribía el tanteo en una enorme pizarra. Los espectadores se apretujaban entre sí, observándolo con una atención mucho mayor que la que dedicaran en su día a las pizarras escolares. Otros tres grupos se apiñaban en los ángulos de la sala, de cara a la pared, como escolares que cumplieran un castigo; en realidad estaban estudiando las listas, haciendo un cómputo de última hora, inmersos todavía en la más angustiosa de las dudas. Algunas personas más hacían cola para comprar boletos, formando una extraña procesión abigarrada y diversa. Se añadían a este cuadro unos músicos callejeros que, con sus instrumentos bajo el brazo, vaciaban sus bolsillos para invertir la recaudación del día.

Los fotógrafos de Piccadilly habían renunciado momentáneamente a su tarea de asediar a los transeúntes para hacer sus apuestas; también estaban los uniformados porteros de hotel, y un enorme y barbudo sikh con el consabido turbante, empleado en un restaurante indio, encerraba en sus puños un montón de boletos con la misma fiera con que hubiera empuñado un *kukri*.

El hombre que escribía en la pizarra anotó junto al nombre de «Beau Church» los números: catorce a uno. Dick Blamey se unió a la cola frente al mostrador central, y le tocó el turno justamente mientras colocaban el letrero de «Cerradas las apuestas»; acto seguido se encendió la luz roja. Apostó por «Beau Church» a catorce a uno. El altavoz anunció:

«¡Van a dar la señal de salida! ¡Ahora! En estos momentos, el tanteo es de cien a ocho para “Beau Church”».

El silencio reinó entre el auditorio mientras todos escuchaban los comentarios de la carrera.

«Han cubierto una etapa, los cuatro caballos están casi igualados. Ahora, “Merry Minstrel’s Sister” adelanta a los demás. “Merry Minstrel’s Sister” lleva una ventaja de dos cabezas».

Dick Blamey y Bob Rusk se hallaban junto a la puerta, abierta de par en par, apartando de vez en cuando la persiana para respirar un poco de aire fresco.

—No te preocupes —le alentó Rusk, muy confiado.

«Ya cerca de la segunda vuelta, “Merry Minstrel’s Sister” está perdiendo velocidad. Sus oportunidades disminuyen. “Little Charlotte” inicia con ventaja la última vuelta. ¡Ahora se acerca “Beau Church”! ¡“Beau Church” galopa a tremenda velocidad! ¡Ya están igualados! ¡“Beau Church” gana por una cabeza! ¡“Beau Church”, el número cuatro, es el ganador!».

Un gemido escapó de las gargantas de quienes habían apostado por los favoritos, pero Bob Rusk y Dick Blamey se miraron sonrientes. El Bizcocho levantó un pulgar.

—Esto merece un cigarro —exclamó, alargando uno a Dick.

—Sería yo quien tendría que comprarte los cigarros —le replicó Blamey—. Gracias, muchísimas gracias. He ganado cuarenta libras en el momento en que más lo precisaba.

—Siempre es un placer ayudar a un compañero —le contestó El Bizcocho—. Vendré mañana a cobrar mis ganancias, no soporto las aglomeraciones. Algunos de estos tipos están tan ocupados estudiando las listas que no les queda tiempo para lavarse. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista! —repitió Dick—. ¡Y gracias otra vez!

Un segundo después de la salida de Rusk, el altavoz se dejó oír de nuevo:

«¡El jurado tiene objeciones contra el ganador!», exclamó el comentarista, con tanta excitación como si también él hubiese apostado por «Beau Church».

«¡Objeción del jurado! ¡Se aduce que “Beau Church” no ha adelantado correctamente! Repito de nuevo: ¡“Beau Church” se ha cruzado al adelantar!».

Pocos minutos después, Dick Blamey escuchaba el resultado de la deliberación:

«¡Objeción aprobada! “Beau Church” ha sido descalificado, pasando a segundo lugar. El ganador es... ¡“Little Charlotte”!».

Entre los que habían apostado por «Little Charlotte» se produjo una explosión de júbilo. Dick Blamey salió de la casa de apuestas mordiendo su cigarro y pensando que aquello era el fin del mundo.

Los transeúntes esperaban ante las barandillas que rodeaban la plaza con la misma paciencia que el ganado antes de un rodeo. Algunas mujeres, casi exhaustas, descansaban un momento junto a la estatua de Eros, exhibiendo sus muslos y la ropa interior; unas se ajustaban los cinturones o los tirantes del sostén; otras se sacaban las polvorientas sandalias blancas y mostraban unas uñas pintadas que semejaban un manojo de rábanos. Dominaba la escena un gigantesco anuncio de Coca-Cola, cuya popularidad quedaba evidenciada por una gran profusión de botellas vacías diseminadas por todas partes.

Los huesos de cerezas crujían bajo los pies de Blamey mientras cruzaba la calle en dirección a Coventry Street y Leicester Square, donde Brenda tenía su oficina. Hacía varios meses que no veía a Brenda y nunca había estado en su oficina, y en aquellos momentos sentía la necesidad imperiosa de hablar con alguien acerca de Larry, aunque sabía que hablar de él no serviría de nada.

Su nombre figuraba en una placa de metal a la entrada de un insignificante edificio: «Agencia Matrimonial de Brenda Blamey». Dick experimentó cierta desazón al cruzar el umbral, temiendo ser confundido con un hombre en busca de pareja, lo cual fue exactamente lo que sucedió.

La oficina de Brenda estaba en el segundo piso. No había ascensor. Los clientes preferían el anonimato de las escaleras.

Al entrar él, la recepcionista le preguntó si había concertado la entrevista, porque la señora Blamey estaba muy ocupada. Le dio un cuestionario para que lo rellenase mientras esperaba. A un lado del cuestionario se pedían las características personales;

al otro, detalles acerca de la pareja que sé deseaba elegir.

Como la entrevista que mantenía ocupada a Brenda parecía laboriosa, pues se oía el murmullo de dos voces más, Dick pensó que lo más indicado era distraerse rellenando el cuestionario, y así lo hizo, procurando que sus respuestas fueran especialmente lúbricas. Poco rato después oyó por la otra puerta la voz de Brenda despidiéndose de sus clientes y asegurándoles que serían muy felices.

—Veré si la señora Blamey puede recibirle ahora —dijo la secretaria.

Un minuto después, Dick oyó risas, y en seguida Brenda apareció en el umbral, con los brazos abiertos.

—¡Richard! ¡Qué contenta estoy de verte!

La que fue en otro tiempo la voz de oro de Brenda se había convertido ahora en un contralto maduro, pero que mantenía algo de su primitivo atractivo. Brenda lucía un traje sastre azul marino con cuello y puños blancos en bordado inglés.

«Apostaría a que es de Marshall y Snelgrove», pensó Dick.

—Siéntate, Richard.

Obedeció, pero un tanto molesto por el tono de ella, como si le tratara con superioridad y condescendencia.

Miró en torno suyo. Adornaban las paredes varias fotografías de parejas recién casadas a la salida de la iglesia, del registro civil o de la sinagoga. La propia Brenda aparecía en alguna de ellas, invitada por la feliz pareja en señal de gratitud por haber unido sus vidas. Todas las fotografías estaban dedicadas con frases elocuentes.

Para que los clientes se sintieran cómodos, Brenda había amueblado su oficina como si fuera el salón de una casa particular, incluyendo cortinas de cretona en las ventanas, que a Dick le parecieron más apropiadas para un salón de té de pueblo. Sobre el escritorio de Brenda había un búcaro de flores y varias revistas del estilo de Home and Gardens.

—¿Quieres que te dé el cuestionario para enseñarlo a tus amigas o prefieres que lo rompa? —preguntó ella.

—Se me ocurrió que quizá te gustaría enmarcarlo.

Brenda consideró que esta observación no merecía ningún comentario. Rompió el impertinente documento en trozos muy pequeños, y luego se frotó los dedos regordetes como para quitarse el polvo.

—¿Te apetece una taza de té, Richard?

—No, gracias.

Estaba seguro de que se lo hubiera ofrecido en su mejor porcelana, acompañado de galletas «Osborne».

—Siento no tener nada más fuerte.

Dick se estremeció con este dardo de Brenda. Era su sistema, amable y siempre cortés, de insinuar que sabía que había estado bebiendo y que no aprobaba su presencia en la oficina en tales condiciones. Si Brenda poseía alguna cualidad, decididamente era la de criticar sin dar la impresión de que se trataba de una crítica.

—Ya he bebido bastante —le respondió Dick.

Y lo dijo en un tono de desafío, como invitándole a hacer alguna de sus mordaces observaciones; pero con Brenda era inútil.

La delicada Brenda no caía jamás en trampas de este tipo, y para corroborarlo, Brenda sonrió.

—¿Has celebrado algo? —preguntó con dulzura.

—Brenda, en mi vida he tenido menos motivos de celebración que hoy.

Ella le miró con auténtico interés.

—¿Qué te sucede?

Y mientras decía esto se levantó y se sentó en el brazo del sillón de Dick; después le cogió una mano entre las suyas. A Dick ya no le emocionaba su contacto.

—¿Has leído los periódicos? —le preguntó.

—Sí —repuso ella lentamente—. Los leo todos.

—Entonces, sabrás lo de Larry.

—¿Larry? ¡Oh! Larry Wellington. Sí, lo he leído. Qué horrible, ¿verdad? Pobre Larry...

Dick permaneció inmóvil, mirando los árboles de Leicester Square y su culminación en el mástil de la Asociación Automovilística.

—No entiendo cómo ha podido suceder una cosa así —prosiguió ella—; justamente cuando parecía tener el mundo a sus pies.

—Sus pies ni siquiera tocaban el suelo cuando le encontraron esta mañana —dijo Dick.

—¡No, por favor! —imploró Brenda—. ¡No! —y se cubrió los ojos, como para eludir un espectáculo insoportable—. ¿Por qué lo habrá hecho?

Por auténticos que parecieran estos sentimientos de piedad de Brenda, Dick desconfiaba de ellos, injustamente rencoroso y molesto por el modo como se expresaba ella.

—Yo hubiera hecho lo misino si me hubiesen encerrado en aquel lugar infecto —dijo.

Soltó su mano de la de ella, se levantó y fue hacia la ventana, desde donde se veían los vagabundos tendidos sobre los bancos que rodeaban la estatua de Shakespeare, y la cola formada para ver la última epopeya de Hollywood, sólo apta para mayores, quienes, por cierto, comían helados y caramelos en espera de ver otro complicado drama sensual.

—Te lo ruego, Richard —dijo Brenda con suavidad—, no hables así.

—De todos modos, no sé si hubiera tenido el valor suficiente.

—Mucha gente diría que es una solución propia de un cobarde.

Dick Blamey se volvió y le dijo, casi gritándole:

—¡Eso es un lugar común, y tú tendrías que saberlo!

Brenda levantó calmamente el auricular y ordenó a la recepcionista:

—No estoy para nadie, Mónica.

Entonces se volvió hacia Dick, y le habló en tono conciliador:

—Lo sé, Richard; me he limitado a repetirlo.

Su respuesta le enfureció todavía más. Era su modo de ponerle en ridículo sin que pareciera intencionado.

—En este caso, no repitas la opinión de aquellos que son los únicos responsables de que estuviera encerrado allí.

—Richard, siento haber dicho una estupidez; no era mi intención molestarte. Te suplico que creas que lo siento tanto como tú.

Se secó los ojos con un pañuelo de encaje suizo.

—Pareces olvidar que yo también conocí a Larry. —Su voz era casi un sollozo—. No sé si recordarás que se me declaró antes que tú.

—Lo siento —dijo él—. No estoy de humor para recordar nada.

—Me hago cargo —dijo Brenda—, puedes estar seguro de que te comprendo.

Claro que lo comprendía. Brenda siempre le comprendía. Brenda era el prototipo de la mujer inglesa: atenta, buena, admirable. Ahora le había fastidiado recordándole que Larry había estado enamorado de ella, lo cual implicaba que si hubiese aceptado a Larry, éste viviría aún y sería un hombre casado y feliz. Tal vez la intención de Brenda no había sido decir exactamente esto, pero así fue como Dick interpretó su respuesta, que le hizo sentirse un intruso.

—Creo que será mejor que me vaya.

—No, por favor. Te suplico que no te vayas, Richard. Has venido a hablar conmigo, ¿no?

El asintió, mientras observaba, ausente, un rincón de la estancia donde se encontraban varias fotografías de recién casados.

—En efecto, pero me siento disperso, incoherente.

Brenda cogió de nuevo el auricular.

—Puede irse a casa cuando quiera, Mónica. Cierre la puerta, por favor.

Se levantó y se acercó a Dick. El la miró. Todavía llevaba el anillo de compromiso que le había comprado en 1943. Sus cabellos aún eran rubios, y no tenía una sola arruga en la cara; a pesar del aumento de peso, su garganta seguía siendo lisa.

Por el contrario, Dick se sentía muy envejecido, con su calva incipiente y el estómago hinchado, y por si esto fuera poco, se le añadía su desaliñado atuendo, su chaqueta de montar con los codos remendados. Brenda había adquirido madurez, pero él había envejecido ostensiblemente.

—Te ha afectado mucho, ¿verdad?

—Más de lo que hubiera creído.

—Y más de lo que yo hubiera imaginado —comentó ella—. Después de todo, tú tenías amigos más íntimos que Larry que no volvieron de las Ops y, sin embargo, su desaparición no te afectó hasta este punto, o, por lo menos, no lo demostraste.

Él se encogió de hombros.

—Aquello era diferente. La situación ya lo llevaba consigo, era algo casi inevitable. No te cogía de sorpresa.

La abreviatura de la palabra «operaciones» le había irritado. Tuvo la sensación de que aún seguían juntos en el servicio. De hecho, Dick siempre había pensado que Brenda debía haber continuado en el Cuerpo de Aviación; hubiera alcanzado un alto puesto. Ella se había alistado en el Servicio Voluntario Femenino, organización a la cual dedicaba gran parte de su tiempo libre, y cuyo uniforme verde gris le sentaba tan admirablemente como el azul de las Fuerzas Aéreas.

Incluso su agencia matrimonial se debía más a un deseo de ayudar al prójimo que a la mera ambición de ganar dinero, y precisamente por esto había conseguido sobresalir por encima de otras organizaciones menos escrupulosas. Su éxito era merecido, sobre todo, teniendo en cuenta que su negocio se hallaba expuesto a las especulaciones de toda clase de aventureros de ambos sexos. Brenda los detectaba con una especie de sexto sentido, aun antes de que cruzasen el umbral de su oficina. Ni el menor asomó de escándalo había empañado jamás el prestigio de la agencia de Brenda Blamey.

Capítulo 3

Richard y Brenda no habían estado juntos en el West End desde 1943, cuando se casaron. Ahora estaban divorciados. El lugar le pareció a Richard todavía más vulgar que en los años de guerra, cuando todos los traficantes del mundo parecían estar concentrados en Rainbow Corner para caer en masa sobre los soldados. Ahora Rainbow Corner había desaparecido, y con él el Mónico, mientras que el Trocadero iba a convertirse en bolera. Incluso el bar Cariton brillaba por su ausencia. Los establecimientos nuevos no le parecieron mejores que los antiguos: gran cantidad de restaurantes baratos (a veces no tan baratos), con proliferación de luces fluorescentes y tocadiscos automáticos. Había puestos donde se servían huevos con jamón, charcuterías, pizzerías, tiendas de carne congelada y máquinas automáticas con toda clase de bocadillos.

Mientras salían de Leicester Square en dirección a Piccadilly, Richard comentó:

—Cuanto más pronto derriben todo esto, mejor.

Y para sus adentros pensó: «Esto no es el corazón de Londres. Es el ano».

Y no es que sintiera nostalgia por el Piccadilly de los años de guerra: su luna de miel en el hotel Cosmic se lo hubiera impedido. Algunos años después se enteró de que el maître de aquel hotel había amasado una fortuna cobrando comisión a las prostitutas por permitirles sentarse en el bar. En cuanto al vendedor de periódicos apostado en la puerta, había también ganado mucho dinero vendiendo anticonceptivos a aquellas mismas chicas cuando salían con sus clientes y se le acercaban con el pretexto de comprar un periódico. También se enteró de que el director y el detective del hotel se habían dedicado al chantaje de amenazar con la expulsión a las parejas ilícitas si no les pagaban.

«Yo era un perfecto ingenuo —pensó—. Hubiera tenido que armar un escándalo y demandarles por su equivocación».

No dijo nada a Brenda de lo que estaba pensando; a ella no le gustaba recordar aquel desafortunado incidente. Prefería otros recuerdos felices de 1943, como cuando asistió, junto a la madre de Richard, a la recepción en el Salón Azul del Palacio de Buckingham y presenció con orgullo el momento de la condecoración por Servicios Distinguidos.

Brenda le recordó las revistas y obras de teatro de entonces. En el Adelphi hacían *Años de baile*, de Ivor Novello; en el Apollo, *Pista de aterrizaje*, de Rattigan (que Richard se negó a ver, prefiriendo a Max Miller, que trabajaba en el Palladium), y en el Duchess se representaba la obra de Noel Coward, *Espíritu inquieto*.

También asistieron a una recepción en honor del rey Pedro de Yugoslavia, durante la cual se produjo aquel incidente terrible cuando Richard, que se aburría, gritó: «¿Qué tiene ese tipo que no tenga Ivor Novello?». Y después se echó a reír a carcajadas, exhortando a todos para que contribuyeran al esfuerzo de la guerra, cuando apareció una gran pancarta dirigida a las amas de casa: «¡Llenad una bolsa de

ropa vieja. Contribuid con ropas, cuerdas y cordeles!». Larry Wellington, que les acompañaba, gritó: «¡Cómo! ¿Y qué hay de la chatarra?», y ambos intentaron una parodia del número de cabaret de Harry Champion.

Parecía difícil creer ahora que el hombre envejecido y hundido que caminaba a su lado hubiera tomado parte en situaciones como aquélla, y que su compañero de juerga se hubiera ahorcado en la prisión de Brixton. A pesar del calor, Brenda sintió un escalofrío. Se detuvo, poniendo su mano enguantada en el brazo de Richard.

—Querido —murmuró—, creo que voy a entrar aquí unos minutos. ¿Me acompañas?

Se refería a la iglesia de St. James, algo apartada de Piccadilly. Las moreras y las hortensias del cementerio estaban en flor.

Dick dijo que la esperaría. Brenda quería orar unos momentos, pero él, por muy apenado que estuviera por el fin violento de Larry, no se veía con ánimos de entrar. Hubiera sido una hipocresía. Sintió rencor hacia ella una vez más, injustificadamente, acusándola de hacer ostentación de una conducta más civilizada frente a la desgracia.

Se sentó en un banco y vio cómo cruzaba la fresca penumbra del atrio, cubriendo su cabello rubio con un pañuelo de gasa. Salió diez minutos más tarde tranquila y reconfortada. Llegó hasta él y le tomó del brazo.

—Vamos a cenar a mi club —dijo.

El sintió la tentación de decir que no quería ir a su maldito club, aquel gallinero con columnas de mármol lleno de mujeres profesionales dándose aires de suficiencia. Pero calló.

Al fin y al cabo, era imposible invitarla con diez chelines por todo capital.

Mientras cenaban, Brenda comentó:

—Alguien me dijo que trabajabas en un bar.

Hizo este comentario como al azar, sin el menor atisbo de crítica, pero él lo tomó como tal. No se le ocurrió preguntar la identidad de la persona que le había informado; no recordaba haber visto entrar en El Milagro Moteado a ningún amigo de los dos.

—Has usado el tiempo correcto —puntualizó—. «Trabajaba» en una cervecería. Me han despedido esta mañana.

—¿Te han despedido?

—Sí. Me sorprendieron probando el whisky de la casa.

—Richard, ¿qué vas a hacer?

De nuevo había un interés enorme en su voz y en sus ojos azules, pero él lo recibió como un reproche implícito. Se encogió de hombros.

—No tengo ni la menor idea. Lo que sí sé es que no me dejaré acorralar por «ellos» como hizo Larry.

—¿Ellos?

—Sí, «ellos», —contestó agriamente—. ¿No sabes a quién me refiero?

—Me temo que no, Richard.

—Pues a los mezquinos defensores de la conciencia social, a la gente que empujó a Larry Wellington al suicidio, a la gente que me hundió y vendió mis caballos para mandarlos a las carnicerías de Bélgica; también me refiero a los serviles funcionarios públicos, a los inspectores de Hacienda, a los guardianes de esta gran democracia, a los detectives privados de la feliz Inglaterra y a los empleados de la maloliente prisión de Brixton.

—Querido, te oigo muy bien. No es necesario que levantes la voz.

—Lo siento, pero estoy furioso.

—¿Es para usted el escalope, señor? —preguntó la camarera.

Las camareras del club llevaban grandes lazos en la cabeza y delantales blancos con volantes. Dick le sonrió, asintiendo. Brenda también sonrió.

—¿Quieres un poco más de vino, Richard?

Dick frunció el ceño, convencido de que Brenda había dicho aquella frase para insinuar que ya había bebido lo suficiente; de la media botella de Riesling, ella sólo había tomado un sorbo, para acompañarle. Se excusó también por la reducida carta de vinos.

—Pero si tú también bebes —contestó Dick.

—Querido, ya sabes que yo apenas lo hago.

—Recuerdo que una vez bebiste una gran cantidad de champaña.

—Es verdad, el día de nuestra boda. Y también recuerdo que me puse bastante achispada.

«Achispada, achispada», pensó él. Sólo Brenda podía usar una palabra como aquella, y volvió a servirse, molesto. Realmente no sabía la causa, pero le enervaban todos los gestos, todas las expresiones de aquella mujer... a la que en otro tiempo había adorado.

Ella no comprendía por qué un hombre como Richard había fracasado en su vida civil. Otros oficiales de escuadrón habían prosperado, llegando incluso a directores de empresa, y, sin embargo, en su juventud habían sido menos emprendedores que Richard, menos decididos, y ni la mitad de inteligentes que Larry Wellington e incluso que Johnny Dring-Porterhouse, aquella afable caricatura del aviador que siempre se refería a su avión con el apelativo de «la vieja».

—Richard, ¿qué ha sido de Banger?

—¿Dring-Porterhouse? Oí decir que se había casado con una viuda rica, y también que iba a dirigir una taberna inglesa en París. La verdad es que no comprendo cómo va a poder cumplir con ambas.

—¿Desde cuándo no habías comido decentemente? —le preguntó Brenda.

—Anoche tomé, en una taberna, un plato llamado pastel del pastor. Creo que me comí al pastor, o por lo menos su parte más dura.

Brenda rio espontáneamente, y, al hacerlo, mostró sus blancos dientes, mientras la camarera enseñaba a Dick la etiqueta de otra media botella.

—Muy bonita —aprobó Dick, sonriéndole—. Esta vez llene la copa de la señora,

por favor.

—Me achisparé de verdad —dijo Brenda.

—Mejor. Entonces te llevaré al hotel Cosmic y, como ya estamos casados, estoy seguro de que nos darán la cámara nupcial y colgarán del pomo de la puerta el letrero de «No molesten».

Ella no encontró graciosa la observación, y cambió rápidamente de tema, bajando mucho el tono de voz y apoyando los codos encima de la mesa.

—Perdona que lo mencione, Richard, pero supongo que las cosas están un poco peliagudas..., financieramente hablando. ¿Me equivoco?

En labios de Brenda las expresiones populares sonaban incongruentes, casi como una blasfemia en labios de una monja. Pero su intención era buena. No cabía duda.

—No estropeemos una comida excelente hablando de dinero. Es un tema algo sórdido.

—Pero es que me preocupa, Richard. Y lo único sórdido del dinero es no tenerlo. Yo tengo suerte, estoy ganando mucho.

—Pues que te siga la racha, querida.

Brindó con ella, sonriendo de un modo que emocionó a Brenda porque le había recordado la sonrisa que iluminaba su cara de muchacho cuando se asomaba a Control después de una misión, con los pulgares levantados, la máscara de oxígeno colgando del cuello, un fajo de mapas bajo el brazo y los cabellos en desorden. Después se unía a los miembros de otras tripulaciones para dar su informe a Inteligencia. Y el ruido de sus botas retumbaba por todo el pasillo, como si fueran pisadas de elefante. ¿Qué había sucedido? Ahora tenía frente a ella la misma persona, pero su aspecto era totalmente diferente, a excepción de aquella sonrisa.

—Que tu prosperidad sea larga, Brenda, en la lotería de los Matrimonios Felices.

—Gracias, Richard, pero me gustaría que me permitieras hacer algo por ti. Quiero decir que... no me parece justo que un hombre como tú esté en la ruina.

Él se rio, mientras volvía a llenar la copa y ella tapaba la suya con la mano. Conteste gesto, Dick se dio cuenta de que aún llevaba el anillo de compromiso que él le había comprado veinte años atrás; le llamaba «el anillo de Tommy Carey».

Con ocasión de un permiso de dos días había ido a Ascot y allí apostó, sin ningún motivo en particular, por todos los caballos de Tommy Carey. De los seis, ganaron cinco, y con aquel dinero compró el anillo para Brenda.

Ella siguió su mirada, y empezó a darle vueltas al anillo.

—Ojalá los matrimonios fueran tan duraderos como los brillantes —dijo quedamente.

—Has estado leyendo los anuncios —bromeó él.

Ella levantó la mano de modo que la iluminara la luz de un candelabro cercano, y el anillo despidió un haz de reflejos.

—¿Es egoísta por mi parte conservarlo? —preguntó.

—No, si te gusta.

—¡Gustarme! Me destrozaría el corazón desprenderme de él.

Fue agradable oír aquellas palabras, pero ella nunca había dado muestras de que le destrozase el corazón el hecho de desprenderse de Dick.

—Pero si no me dejas que te dé algún dinero te devuelvo el anillo. Debe valer un montón de dinero.

Hizo ademán de quitárselo, pero él le apretó fuertemente la mano para impedirselo. No estaba dispuesto a dejarle representar tan teatral escena de abnegación.

—Si te quitas el anillo, lo tiro por la ventana. O se lo doy a aquella chica, Daisy, o como se llame.

—No creo que sea tu tipo —sonrió Brenda.

Estuvo a punto de decir que tampoco lo era ella, que nunca lo había sido, y que jamás sería el tipo de ningún hombre. Era compasiva, buena, atenta, concienzuda, eficiente, y lo daría todo al hombre que amase; todo menos su cuerpo. No se decidió a lanzar tales acusaciones y se alegró. De todos modos, podía estar equivocado.

—Me lo quedo, pues —dijo ella—, si así lo deseas.

—Lo deseo.

—Me gustaría que me dejaras hacer algo por ti. De verdad, Richard, es absurdo que seas tan orgulloso. ¡Por favor! Me harías muy feliz.

Era una súplica, pero él se sentía más obstinado que orgulloso, y estaba decidido a negarle la satisfacción de hacer una buena obra y de experimentar la noble alegría de ayudarle.

—Es una felicidad a la que tendrás que renunciar.

Sabía que estaba ofendiéndola. Le oyó exhalar un suspiro.

—Está bien, Richard, si es tu última palabra.

—Es mi última palabra.

Daisy se acercó.

—¿Tarta de manzana o ensalada de frutas?

—No, sólo queso y unas galletas —dijo él.

—Ensalada de frutas para mí. Gracias, Daisy —repuso Brenda, y volvió a dirigirse a Dick—... Me temo que el menú de aquí no te ha ofrecido grandes atractivos, Richard.

«Ya empieza otra vez —pensó él— a hablar como una tía bondadosa que invita a un niño a un banquete como compensación de la bazofia del colegio». Sintió la tentación de exclamar: «Ha sido estupenda». Pero en su lugar dijo:

—Ha sido mi mejor comida en muchos meses, y la he saboreado doblemente por el hecho de compartirla contigo.

—Sabes decir cosas muy bonitas, Richard.

Esto significaba que solía decirlas desagradables, o así fue como él lo interpretó.

'—Ha sido maravilloso —dijo.

—Y emocionante.

—¿Emocionante?

—Sí. Me has demostrado que aún sientes afecto por mí. Cuando un hombre está muy apenado, como tú lo estás por lo de Larry, no busca consuelo en una persona que no le guste.

Tomaron café y coñac en la terraza que daba a Berkeley Square.

Dick señaló la plaza.

—Permiten la existencia de tiendas de automóviles en la plaza hermosa de Londres, y, en cambio, no me permiten construir una estructura de madera, completamente oculta tras los árboles y en mi propio terreno.

Ella le hizo una señal, indicando el asiento de su lado.

—Siéntate aquí, querido, y trata de olvidar.

—Lo intentaré, pero es muy difícil.

Fue calentando el coñac con su mano.

—Gracias por una velada tan encantadora, querida.

—Gracias a ti por acompañarme.

—Este panorama sería maravilloso a no ser por esta tienda y por los autobuses.

Ella inclinó la cabeza sobre su hombro.

—Han alejado a los ruiseñores.

—Con las atrocidades que hacen en la ciudad, lo extraño es que aún queden gorriones.

Tomó otro sorbo de coñac; después se levantó y, cojeando, fue hasta la balaustrada. En silencio iba mirando todo lo que estaba a su alrededor.

Murmuró:

—Anuncios de neón, autobuses y tiendas de coches en Berkeley Square. ¡Qué asco!

—La vida es una ironía —dijo Brenda—. Ayudaste a destruir ciudades en toda Europa sin sentir, según tus propias palabras, el menor remordimiento. Y ahora te pones furioso porque pasan algunas líneas de autobuses por Berkeley Square.

—Rectificación número uno —dijo él—: no ayudé a destruir ciudades por toda Europa.

—Está bien, por toda Alemania.

—Número dos: no me pongo furioso. Y tú eres la última persona que puede reprocharme no haber perdido el sueño por bombardear Alemania. Eras parte de la organización, como el resto de nosotros.

—Richard, sabes muy bien que no te lo reprocho. Me sentí la mujer más orgullosa del mundo el día en que fuimos al Palacio de Buckingham. Todo lo que hiciste fue por tu patria y por tu rey, y yo compartía tu gloria.

Dejó la copa de coñac sobre la balaustrada, y se volvió para mirar a Brenda; casi no podía creer lo que había dicho. Ella, una mujer inteligente, bella, bondadosa, dueña de un negocio productivo, y diciendo, pese a todo ello, palabras tan inocuas.

—Brenda —dijo—, hace más de veinte años que te conozco. Sin embargo, tú no

pareces conocerme en absoluto, a pesar de que durante este tiempo hemos estado casados.

—¿En qué aspecto no te conozco, Richard? —interrogó ella con el tono de alguien que parece convencido de saberlo todo.

—En primer lugar, *no* bombardeé ciudades alemanas por mi patria y por mi rey. Lo hice porque odiaba a los cochinos alemanes y todavía sigo odiándoles y volvería a hacerlo mañana mismo.

—¡Richard! —le interrumpió ella—, te ruego que no inicies una discusión racial.

Para él, estas palabras significaron: «¡Dejémonos de diatribas! ¡No me largues tu discurso preferido!».

—Esto no es una discusión racial. Te estoy hablando de mí mismo. Mi padre fue artillero de la Caballería Real en la guerra de 1914, y de él heredé dos cosas: la afición a los caballos y el odio a los alemanes. Solía decirme: «Dick, muchacho, el único alemán bueno es un alemán muerto». Y tenía razón.

—No se puede condenar a una nación entera, Richard.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —dijo, casi gritando—. Yo les condenaría a todos al infierno. No podrían expiar sus crímenes ni en un millón de años luz.

Y al decir esto, abrió los brazos, como para subrayar sus palabras, pero con este gesto empujó con una mano la copa de coñac, que se cayó de la balaustrada, rompiéndose en mil pedazos en la acera de Berkeley Square.

—Lo siento —murmuró.

—Richard, se está haciendo tarde.

—Muy bien, sé comprender una alusión.

—Será mejor que tomes un taxi —sonrió ella.

—Puede que tengas razón —dijo él, pero sabiendo que no tenía a donde ir, ningún lugar donde dormir desde que había dejado El Milagro Moteado. La única ventaja de aquel empleo era que le procuraba alojamiento, aunque se tratara de una buhardilla. Besó a Brenda en la mejilla. La amistosa cena había tocado a su fin—. Buenas noches, y gracias por esta agradable velada.

—Tenemos que vernos más a menudo —susurró ella.

—Sí, lo haremos.

Dick bajó por las escaleras de mármol, y salió a Berkeley Square. Cuando Brenda se asomó por la terraza, le vio cómo estaba reuniendo con el pie los fragmentos de cristal y los tiraba al arroyo.

Capítulo 4

El infierno es un lugar muy parecido a Londres. Las calles están empedradas de oro y todas las doncellas son bonitas. Es la moderna Babilonia, una abnegada enfermera y un antro gigantesco, y también un sumidero de proporciones anormales. Es el epítome de nuestros tiempos. Tiene todo cuanto la vida puede ofrecer, y cuando un hombre está cansado de Londres es que está cansado de la vida. Todo esto depende del punto de vista de cada uno; todas las opiniones anteriores, celebradas y estereotipadas, no son ni completamente ciertas ni completamente falsas.

Un aspecto de Londres es cierto. Para un hombre sin dinero es el lugar más solitario de la tierra. Es tan solitario como el Sahara, con la salvedad de que en Londres es imposible morir de sed; las fuentes de agua potable proliferan por doquier.

Richard Blamey aún no estaba totalmente deprimido. Era un hecho que no tenía cama, pero hacía una noche muy templada, había ingerido una cena aceptable y casi toda una botella de vino, seguida de coñac. Por consiguiente, se encontraba bien, no estaba desesperado y ni siquiera triste. Calculó que muchos hombres mejores que Dick Blamey vagaban aquella misma noche por las calles de Londres con menos de diez chelines en el bolsillo.

Ahora se arrepentía de no haber aceptado algo del dinero que Brenda le había ofrecido. Y no había sido por orgullo, sino por obstinación.

Bajó por Piccadilly en dirección al Circus. También podía encaminarse en la dirección opuesta, hacia el club de la RAF. No era socio, pero si preguntaba al portero del 128 quién había en aquellos momentos en el bar, seguramente encontraría alguien que podía prestarle cinco libras. Sin embargo, no se decidió a hacerlo; le molestaba pedir dinero a sus viejos amigos.

Piccadilly Circus de noche era sólo un poco más repelente que por la tarde. Recordó la canción de Zoë Gail's que salió durante la guerra: *Cuando las luces vuelvan a encenderse*, y pensó que hubiera sido infinitamente mejor que las luces hubieran seguido apagadas. Lo que alumbraban era totalmente mediocre. Pese a ello, mucha gente permanecía inmóvil junto a las barandillas de las aceras o alrededor de Eros, contemplando la iluminación nocturna como conejos paralizados ante los faros de un coche.

De las bodegas de Soho y sus alrededores habían surgido los puestos de *hot dogs*. Los carritos de helados seguían allí, al igual que los vendedores de palomitas de maíz y de cacahuets. En las esquinas se veía multitud de puestos de postales en color con vistas de Londres, parecidas a otras tantas piezas de mosaico. Los umbrales de las puertas, que durante los años de la guerra habían sido el reducto de las prostitutas, las cuales iluminaban sus piernas con linternas de pilas, ahora estaban ocupados por hombres que vendían juguetes mecánicos, o pequeños animales de cristal; también había jóvenes que ofrecían películas pornográficas.

Las calles adyacentes a Shaftesbury Avenue, la cual paradójicamente perpetúa el nombre de aquel gran reformador social, retumbaban con la música estridente de los discos y las voces que anunciaban a gritos los locales de *strip-tease*, en cuyas puertas se veían grandes fotografías de chicas vulgares exhibiéndose en las más absurdas y casi ridículas posturas. Ciertamente Londres había sufrido un buen baldeo desde los depravados años de la guerra.

Delante de una tienda de lencería, frente por frente al cuartelillo de bomberos, tenía lugar uno de los engaños más antiguos del mundo, el truco de las tres cartas, o «Encuentre a la Dama». El chanchullero atraía a la gente vociferando:

—¿Por qué pagar cien guineas para ser socio de Crockford, señoras y caballeros? Aquí todo lo que se necesita es el dinero para la apuesta. Vigilen atentamente mis movimientos y no podrán equivocarse. ¡Oh!, ¡buena suerte, señor!, ha ganado usted cinco libras. Dale el dinero, Charley.

Esta última observación iba dirigida a su cómplice, que por lo visto encontraba a la reina con sorprendente facilidad y estaba ganando mucho dinero.

Dick Blamey se quedó asombrado al ver el gran número de personas que ponían billetes de una libra en la mano de un estafador. Alguien cerca de él comentó:

—¿No es asombroso ver cómo lo consiguen?

—En efecto —dijo Dick—. Pero, ¿qué haces aquí?

Era Bob Rusk, que no parecía nada afectado por el hecho de haber perdido ciento sesenta libras en el transcurso de aquella misma mañana.

—Siento que hayamos tenido mala suerte —se disculpó.

Blamey se encogió de hombros.

—No fue culpa tuya, Bob.

—Lo sé, lo sé —contestó Rusk mientras caminaban juntos hacia Cambridge Circus—. Pero así y todo me siento..., bueno ya sabes...

Para expresar más adecuadamente sus sentimientos, el Bizcocho movió la cabeza de un lado a otro.

—Soy la última persona del mundo para dar un mal consejo a un compañero. Va en contra de mis principios.

—No me diste un mal consejo, Bob. El caballo ganó. Tú no eres el responsable de que lo descalificaran.

—Me alegra oírte decir eso, Dick. Realmente ganó, y ganó sin trampa. He estado hablando con mi agente, que se encontraba precisamente en la meta. Me ha dicho que «Beau Church» se ladeó un poco, pero fue en el último segundo y ya estaba apartado de «Little Charlotte».

—Estoy seguro de que es verdad.

—Yo también. Dice que hay mucho revuelo en las cuadras; todos habían apostado por él.

—No me extraña.

—Es culpa de los jueces; son la plaga de las carreras.

—Los jueces seguramente apostaron por «Little Charlotte».

Bob Rusk se rio, y dio a Blamey una palmada en el hombro.

—Me caes simpático, Dick. Sabes perder y tienes sentido del humor.

Estaban frente al teatro Palace, y el Bizcocho le indicó un tenderete.

—¿Te apetece un plato de anguilas en jalea?

—Muchas gracias —dijo Dick—, pero acabo de tomar una cena abundante.

—¿No te gustan las anguilas en jalea?

—No las he probado nunca.

—Son muy buenas para lo que tú ya sabes —insinuó - Bob Rusk.

—No lo dudo, pero tendré que dejarlas para otro día. Esta noche me sería imposible.

—En otra ocasión, entonces —dijo Rusk—. Ya nos veremos. Siempre ando por aquí.

Dick Blamey siguió caminando, todavía sin saber dónde dormiría.

No estaba preocupado. Tampoco estaba cansado. Tenía muchísimas cosas en qué pensar: en primer lugar le dolía no haber sido más amable con Brenda. Al fin y al cabo, ella había hecho lo imposible para serlo con él.

Caminó hasta High Holborn, y torció en Kingsway, pasando frente a Victory House, la sede provisional de los Tribunales de Quiebras, donde él, Larry y Johnny, entre otros muchos, se habían presentado voluntarios para las Reales Fuerzas Aéreas.

Era una ironía que los tres hubieran tenido que volver al mismo edificio para ser puestos en la picota.

Recordó que Larry nunca había compartido su odio hacia los alemanes; por lo menos, no en la misma medida que él. Larry solía decir: «Estos tipos de las botas no me preocupan ni la mitad que los pantalones rayados de nuestro propio país».

Larry tenía esta obsesión desde que la mezquindad burocrática había metido a su padre en la cárcel por no enviar a su hijo a la escuela. Y sin embargo, el joven Larry, que había viajado por todo el país con su padre, un encuadernador ambulante, había adquirido unos conocimientos mucho más extensos y positivos que los que se enseñaban corrientemente en los colegios.

Blamey no era hombre de obsesiones, pero abrigaba una decisión firme: jamás permitiría que le hicieran lo que habían hecho con Larry Wellington. Jamás se vería acorralado por la brigada de los pantalones rayados. Jamás le inducirían a convertirse en su propio verdugo.

Pese a la hora avanzada, un bullicioso grupo de jóvenes estaba congregado frente al edificio de la Televisión. Esperaban la aparición de los ídolos de aquel momento de la canción moderna. Un cordón de policías, cuyos servicios podían haber sido más útiles en otra parte, tenían mucho trabajo tratando de impedir que los chicos invadieran el edificio. Incluso había policía montada. Este edificio también tenía su historia: en un tiempo fue la sede del Ministerio del Aire.

—*Per ardua ad astra* —murmuró mientras el grupo de muchachos lo apartaba de

la acera, empujándole al arroyo—. «Por el esfuerzo hasta las estrellas».

—Eh, señor, ¿tiene fuego? —le interpeló un chico que lucía una vistosa camiseta, pantalones téjanos y botas de gaucho.

—¿Nunca dice por favor? —preguntó Blamey, mientras le daba la caja de cerillas.

El desmadejado espécimen de la juventud inglesa se encogió de hombros mientras encendía el cigarrillo. Entonces dijo: «Bah».

En la esquina estaba la iglesia particular de la RAF. A la luz de las farolas, los estandartes azules proyectaban su sombra contra la ventana. Una brisa suave mecía las hojas de los árboles, y era como si todos los jóvenes de aquellos escuadrones que habían dado sus vidas estuviesen murmurando al unísono.

¿Fue para que los niños, que ahora, eran aquella chusma frente al edificio de la Televisión, disfrutaran de una Inglaterra en paz por lo que habían muerto soldados como Guy Gibson? ¿Quedaban aún hombres como él en el país?

El tobillo de Blamey le empezó a dar aquellos extraños pinchazos. Había caminado demasiado rato. Miró a su alrededor mientras bajaba por Fleet Street. No quería ser visto por ningún periodista que, al reconocerle, le preguntase qué hacía de noche por aquellos barrios y que después publicase un artículo sobre el as de los aires, ahora sin techo que le cobijara.

En aquellos momentos, un fotógrafo salió corriendo de una de las agencias de publicidad, cargado con tantas cámaras y accesorios que parecía preparado para un safari. Llamó a un taxi y dijo: «Al edificio de la Televisión, rápido».

Cuando Blamey llegó a la cima de Ludgate Hill se sentía cansado. Cansado y perdido, como un avión averiado y sin rumbo que, en medio de una espesa niebla, intenta llegar a casa por medio de unos mandos que no funcionan, y llama a control: «¿Pueden orientarme, por favor, pueden orientarme?».

Si Se hubiera quedado en la RAF, ahora sería por lo menos jefe de base. De hecho, ya era comandante cuando presentó su dimisión. Pero al finalizar la guerra ya estaba harto, ya había visto lo suficiente. No obstante, ahora no tenía ni cama ni un techo donde cobijarse. Pensó en Brenda, que en aquellos momentos dormía en su club de Berkeley Square. Brenda era una mujer madura y refinada, que ganaba doscientas libras por semana con su agencia matrimonial. Cobraba cinco libras a sus clientes, sin incluir los extras, y conseguía un promedio de cuarenta clientes por semana. La mayoría de ellos, incluso los que tenían cuenta en el Banco, preferían pagar en efectivo.

Había empezado con un pequeño anuncio en una columna de un periódico londinense, y ahora lo hacía en varios periódicos locales del país. Blamey había leído alguno de estos anuncios, que daban una idea del peculiar sector de la raza humana con que Brenda tenía que tratar en su negocio.

Blamey pensó que sería una estupidez caminar toda la noche, aunque fuera una templada noche de verano; además el tobillo le molestaba bastante. Expuso su

problema a un joven policía que estaba en la puerta de Mansión House.

Incluso este local era ahora una ironía para él. La última vez que estuvo allí fue para asistir a una recepción que daba el alcalde de Londres.

El guardia le recomendó la residencia del Ejército de Salvación situada en Middlesex Street. Dick titubeó un momento, pero, ¿por qué no ir? Mejores hombres que él habían dormido con los Sallies. Una vez se enteró de que Larry Wellington había pasado una noche en la barcaza del Ejército de Salvación en el Sena, y tenía a su disposición una *suite* en el hotel Crillon.

La residencia se encontraba en la esquina, a pocos pasos del cabaret El Pobre Millonario, de Bishopsgate, donde la cena y el espectáculo costaban un mínimo de cuarenta y cinco chelines por cabeza; en contraposición, en el Ejército de Salvación podría obtener cama y desayuno por seis chelines.

Subió las escaleras de piedra hasta el último piso. En el descansillo había un dibujo gigantesco en colores, representando a un luchador que había salido despedido del ring. Bajo esta muestra de «arte deportivo» se leía en grandes letras: «RECUPERA TU PUESTO CON CRISTO».

Se detuvo ante el umbral del dormitorio del último piso; el hedor era insoportable. En la penumbra pudo distinguir unas setenta camas, separadas por un espacio no mayor de treinta centímetros. En alguna de estas camas, la punta encendida de un cigarrillo desobedecía la prohibición de fumar en el dormitorio. Algunos rostros, al ser iluminados por el fulgor de los cigarrillos, tomaban el aspecto demoníaco de las caras que recordaba haber visto, en su infancia, en las cajas de petardos.

Necesitó varios minutos para encontrar su cama. Se deslizó por el pasillo central con el billete de entrada en la mano, como si esperase que una acomodadora con un sombrerillo rojo y negro emergiera de las sombras y le guiase con la luz de su linterna.

Todas las camas estaban cubiertas con unas mantas grises a cuadros y la inscripción: «Ejército de Salvación». Fue tanteando por el estrecho corredor en busca de un lecho que no tuviera a nadie dentro.

Una vez localizada la cama se tendió en ella sin desnudarse; sólo se aflojó la corbata y los cordones de los zapatos. Lo hizo así porque al apartar la sábana vio en la almohada manchas del fijador de pelo del ocupante anterior.

Aunque todas las ventanas y claraboyas estaban abiertas, hacía más calor que en la cabina de un Hampden, y el hedor era peor. Lo que hacía casi insoportable la estancia eran, no obstante, los ruidos. No se trataba sólo de un ronquido, sino de todo un concierto de ronquidos, a los cuales se unían las voces quedas de los que hablaban, ya fuera despiertos o en sueños. De vez en cuando se oían ruidos peristálticos de una naturaleza todavía más desagradable.

A las cinco de la mañana, Dick Blamey ya no podía más. No había dormido en toda la noche y no era probable que ahora lo lograra.

Se sentó en la cama y ató los cordones de sus zapatos, lo cual requería cierta

habilidad porque había muy poco espacio entre su cama y la contigua. Una vez fuera, en Middlesex Street, respiró profundamente, llenando sus pulmones con la misma fruición que si llevara una mascarilla de oxígeno. Llevaba encima cuatro chelines, y con ellos tenía que bañarse y afeitarse. El lugar más idóneo para ambas cosas era la estación de Liverpool Street.

Frente a la estación, el vendedor de periódicos empezaba a instalar su tenderete. Bishopsgate se hallaba casi desierto. Sólo un taxi esperaba en la parada; un camión, al cambiar ruidosamente la marcha, rompió aquel silencio matutino. Como ya se habían apagado las farolas, una luz muy tenue reinaba en las calles. Contrastando con el azul perfecto del cielo de aquella mañana, la luna aún se podía ver, cada vez más pálida, hasta hacerse invisible. Un autobús se detuvo cerca de la comisaría y de él descendió un bullicioso grupo de empleadas de la limpieza, todas con pañuelos blancos en la cabeza y un cigarrillo apagado en los labios. Llevaban cestas para la compra y hablaban, chillando con tal estridencia, que podían oírse a mucha distancia.

Dick Blamey bajó las escaleras de la estación, que era en aquellos momentos una caverna de silencio y quietud. Sólo había allí un policía apostado en el puente que unía las plataformas y un empleado que barría los escombros de la noche anterior con una escoba gigantesca, depositándolos luego en grandes cubos de basura, rebosantes de los vasos procedentes de las máquinas automáticas de café.

Dick comprobó con alivio que el lavabo de caballeros estaba abierto, pues ciertas autoridades municipales sostenían que tales servicios públicos no eran necesarios antes de las ocho o las nueve de la mañana o después de las once de la noche.

Muy cerca había un letrero que advertía: «Cuidado con los rateros».

Un joven detective que había servido en la RAF durante la guerra contó en una ocasión a Blamey que estos letreros en los lugares públicos constituían la máxima ayuda para los rateros. La reacción natural de un hombre que lee una advertencia de esta clase es llevarse la mano al bolsillo que contiene su cartera u otros objetos de valor. De este modo, el ladrón que merodea por allí conoce exactamente el bolsillo que contiene lo que a él le interesa.

Le recordó el anuncio de todas las Bases de Operación de la RAF durante la guerra: *Antes de salir en un vuelo de operaciones, no se olvide de vaciar sus bolsillos.*

Cuando salió del lavabo sabía que llevaba encima cuatro chelines, pero estaba equivocado, pues al meter la mano en uno de los bolsillos exteriores de la chaqueta, sus dedos rozaron con algo más. Se trataba de cinco billetes de Una libra y tres billetes de cinco.

Richard Blamey contempló con incredulidad aquel dinero. ¿Cómo había llegado a su poder? Sabía que robaban a la gente en los dormitorios públicos, pero no que les pusieran dinero en los bolsillos.

Capítulo 5

Blamey tardó unos minutos en dar con la solución. La única persona que podía haber puesto aquel dinero en su bolsillo era Brenda, y debió ser en la terraza del club, cuando ella se le apoyó con dulzura. Recordó haber tenido en aquel momento la idea fugaz de que tal demostración de afecto era muy extraña en Brenda.

De todas maneras no podía enfadarse con ella. Es más, en el fondo se sentía satisfecho de que ella hubiese logrado burlar su tozudez. Ahora podía enfrentarse con el día, y con un estado de ánimo completamente distinto. Como si volviera a volar.

Lo primero que necesitaba hacer era tomar un baño. Después enviaría a buscar su ropa a El Milagro Moteado. Tenía que llevar la chaqueta y los pantalones a la tintorería inmediatamente, pues estaban como impregnados del hedor del dormitorio público, del mismo modo que el uniforme se impregnaba del olor de la cabina, haciéndose más penetrante en cada vuelo.

Pronto descubrió que en la inmensa metrópoli es casi imposible conseguir un baño a primera hora de la mañana. Los baños turcos estaban llenos, y los públicos no abrían hasta las nueve. Pidió en varios hoteles que le permitieran asearse allí, pero en todos se lo negaron. Tampoco encontró habitación en ningún hotel: todos estaban llenos. Tuvo la sospecha de que ello se debía a su aspecto. Iba sin afeitarse, había dormido vestido y por tanto su traje estaba totalmente arrugado; además, no llevaba equipaje. No le quedaba ni el recurso de darse un chapuzón en el Serpentine porque no tenía bañador. Sin embargo, no tuvo la menor dificultad en tomar unas copas en una cervecería de Covent Garden.

Cuando empezaron a cerrarse las cervecerías de Covent Garden, Dick Blamey se hallaba de excelente buen humor, en un estado de euforia alcohólica. Decidió hacerse limpiar los zapatos.

Dick Blamey, al observar a la gente que salía de la estación de Charing Cross para ir al trabajo, sintió lástima por todos y cada uno de ellos, porque en sus rostros se leía la fatiga de un viaje de cuarenta minutos en tren, hacinados en pequeños compartimientos rebosantes hasta los topes. Solamente las chicas demostraban cierta animación hablando de discos y de muchachos.

Los hombres, todos de gris, y algunos de ellos luciendo una rosa en el ojal, formaban como un inmenso rebaño que acudía todas las mañanas a la ciudad y regresaba todas las noches, sin conocer ni la exaltación de la victoria ni la desesperación de la derrota, viviendo siempre a base de hipotecar sus posesiones y sus vidas.

Al verlos Dick Blamey pensó que eran ellos los fracasados y no él.

«Estos son los esclavos —se dijo—, atados y encadenados a sus proyectos para después de la jubilación». Para ellos no había escapatoria. Así era su vida hoy, así sería mañana, y así continuaría hasta el fin. Esta remesa no incluía a los del sombrero hongo y el paraguas; siempre llegaban más tarde, como las tropas escogidas que son

enviadas al campo de batalla cuando el resto ya ha efectuado el despliegue. No se veía un solo *Times* entre los periódicos que la gente llevaba, y que estaban marcados con el número de la empresa para mayor comodidad de los repartidores. Cuando pasaban por la entrada y enseñaban sus tarjetas, se notaba que en las carteras llevaban más abonos para el almuerzo que billetes de Banco.

Cuando el limpiabotas dio por terminada la limpieza de un zapato, Dick Blamey cambió el pie, cuidando de no soltar los periódicos de la mañana que sostenía bajo el brazo. Abrió uno de ellos mientras le cepillaban vigorosamente el calzado.

En la primera página aparecían diversas fotos de lo ocurrido la noche anterior frente al edificio de la Televisión: la policía intentando detener a los muchachos enardecidos por la presencia de sus ídolos; agentes sin casco e impotentes ante el empuje de aquella multitud; algunas chicas sin zapatos, y otras desmayadas. En resumen, una prueba palpable de lo que es la civilización.

Dick fue a una cabina telefónica para llamar al club de Brenda y darle las gracias por el dinero.

Le informaron de que la señora Blamey ya había salido hacia su oficina.

Aquel día, Brenda Blamey se había vestido con un conjunto menos severo, un traje a rayas sin demasiado escote y el cabello recogido con una cinta, lo cual le prestaba un aspecto francamente juvenil y ciertamente atractivo.

Era la hora del almuerzo. Mónica, la recepcionista, había salido, y Brenda se hallaba en su despacho tomándose un vaso de leche y comiendo unas galletas cuando oyó pasos fuera, en recepción.

—¿Quién es? —preguntó.

Se abrió la puerta y un hombre apareció en el umbral, sonriendo.

—Buenas tardes —dijo.

Cerró la puerta tras de sí, y sin que Brenda le indicara que podía hacerlo, se sentó.

—¿Va usted a solucionar mi problema? —preguntó.

—Lo siento —respondió Brenda—. Ya encargué a mi secretaria que le dijera, cuando usted llamase de nuevo, que en estos momentos no hay nadie que responda a sus exigencias. ¿No se lo ha dicho?

El hombre se encogió de hombros.

—He esperado al otro lado de la calle hasta que la he visto salir. Era con usted con quien yo quería hablar.

Su sonrisa era afable y tranquila, como si estuviera muy seguro de sí mismo. Acercó su silla a la mesa del despacho, sobre la que había una pequeña caja blanca con una inscripción en plata y atada con un fino cordón de seda.

—¿Un pastel de boda? —inquirió él.

—Sí —repuso Brenda—. Recibimos a menudo estos pequeños obsequios de las parejas felices que hemos ayudado a unir.

—Me encantaría mandarle un trozo de mi propio pastel de boda —le dijo el hombre, ensanchando su sonrisa—. Pero no estaré interrumpiendo su almuerzo,

¿verdad?

Los ojos del individuo se dirigieron hacia una caja de caudales empotrada en la pared.

—Pues, a decir verdad, sí —afirmó ella con el mayor tacto posible.

—Me parece un poco frugal, si me permite decirlo. ¿Por qué no me acompaña a almorzar?

—Lo siento; no puedo dejar la oficina.

—Qué lástima. Pues bien, como estaba diciendo, me encantaría poderle enviar un trozo de mi pastel de boda.

Se rio de un modo que hizo sospechar a Brenda de que esta última observación ocultaba un doble sentido. Ella le respondió haciendo hincapié en sus palabras:

—Ya le he dicho que no podemos ayudarle.

—Pues yo creo que sí puede —le respondió él pausadamente.

—Se equivoca; y ahora le agradecería que se marchara. Quisiera terminar mi almuerzo.

—Me parece muy bien; continúe, por favor.

Alargó la mano y empezó a manipular los botones del aparato de radio.

—Es curioso el éxito que han obtenido estos chismes, ¿verdad? —observó, y acto seguido aumentó el volumen; en aquellos momentos se transmitía el programa «El descanso del obrero». Brenda se exasperó.

—¿Quiere hacer el favor de desconectar la radio y marcharse?

—Lo siento —se disculpó él, desconectando el aparato. Después miró en torno suyo y comentó—: Es muy agradable su oficina.

Brenda se convenció de que era inútil perder más tiempo. La educación no servía con este hombre. Se levantó, fue hacia la puerta y la abrió.

—Siento no poder serle útil —dijo—. Ahora tengo que almorzar.

Él se le acercó sonriendo.

—Se equivoca usted. Puede serme muy útil, porque...

—No le comprendo.

—Porque usted es mi tipo.

Se había ido colocando entre Brenda y la puerta; la cerró y quedó apoyado en ella.

—No diga ridiculeces —murmuró Brenda.

—Lo he dicho totalmente en serio.

Ella fue hasta la mesa del despacho y dijo con tanta naturalidad como pudo:

—Discúlpeme, ahora recuerdo que he de hacer una llamada.

En el momento de coger el auricular, el hombre se le aproximó y se lo arrancó de las manos.

—No hay necesidad de llamar a la policía.

Volvió a conectar la radio, cuya música apagó incluso el ruido del tráfico de Leicester Square.

Brenda intentó no perder la calma. Sabía que se encontraba ante un psicópata sexual. Trató de impedir que su mano temblara al volver a colgar el teléfono.

—¿Qué le hace pensar que iba a llamar a la policía?

Y para demostrar que no le tenía miedo, tomó un poco de leche, sin dejar de mirarle. El desconocido se encogió de hombros.

—Por intuición, supongo.

—Me parece que voy a aceptar su invitación —declaró Brenda—. Puede llevarme a almorzar.

Rogó para que el truco surtiera efecto, pues, una vez fuera del edificio, estaría a salvo. Lo peor que podía hacer era asustarse y gritar. Si lo hacía no la oiría nadie, ya que estaba sola y el volumen de la radio estaba al máximo. Tenía que conservar la calma. Era una mujer culta e inteligente, capaz de salir airoso de aquella situación.

—¿De verdad? —inquirió él—. ¿Vendrá a almorzar conmigo?

—Efectivamente.

—Estupendo. La llevaré al mejor restaurante del West End.

—Voy a lavarme las manos —dijo ella.

Al dirigirse hacia la puerta, él la cogió en sus brazos, sujetándole ambas manos en la espalda. Brenda se dobló hacia atrás, en un intento de apartar su rostro de la boca del hombre, lo cual excitó aún más a éste porque le ofreció el contacto con la parte más íntima de su cuerpo. Por la radio se oían las carcajadas de los obreros, que celebraban los chistes de un actor del norte del país.

Aquel hombre tenía fuerza. Cuanto más luchaba Brenda por desasirse, más la sujetaba.

—Yo creía que nos íbamos a almorzar —dijo ella intentando desesperadamente evitar aquella boca.

—Claro que iremos, pero después.

La besó, apretando de tal modo sus labios contra los de ella, que Brenda apenas podía respirar. No le quedaba otra alternativa que seguirle el juego, y esperar a que Mónica volviera de almorzar.

—Está bien —le dijo jadeante—. Sé lo que quiere. Pero aquí no, se lo ruego. Iremos a mi casa.

—Ya estamos en su casa. Esto es suyo, ¿no?

Intentando una nueva salida, Brenda simuló un desmayo. El la levantó con la misma facilidad que si fuera un niño, y la colocó en un sillón.

—No hay por qué preocuparse —murmuró—; no tema.

Brenda mantenía los ojos cerrados, intentando engañarle. El hombre le frotaba las manos para hacerla volver en sí. En el mismo momento en que se las soltó, le empujó con ambos pies, haciendo que se cayera hacia atrás; entonces corrió hacia la puerta, pero él la sujetó por un tobillo. Intentó gritar, pero sus cuerdas vocales estaban paralizadas, de tal manera que el sonido de su voz no se oyó ni en la habitación contigua.

Los dos estaban en el suelo. Brenda volvió la cabeza para que no pudiera besarla.

—Se lo suplico, váyase —gimió—. Coja el dinero de la caja fuerte, pero, por favor, váyase.

«Dios mío, no permitas que me ocurra nada. Dios mío, no puede ser, no puede sucederme esto a mí, y en el centro de Londres, y en pleno día. No puede ser, no puede ser. Esto sólo es posible por la noche y en los callejones de Notting Hill. ¡Oh!, Dios mío, ayúdame».

Brenda, sacando fuerzas de flaqueza, le dijo con la mayor seriedad posible:

—En esta caja hay el dinero suficiente para comprar a cualquier mujer del West End. Se lo suplico, tómelo y váyase.

—Yo no compro mujeres —dijo él—. Es a usted a quien yo quiero.

El teléfono de la oficina contigua empezó a sonar. «Si fuera Richard... ¡Dios mío!, haz que se extrañe de que nadie coja el teléfono y venga a ver qué ocurre... Dios mío».

El teléfono seguía llamando. Al final ella dijo:

—Por favor, déjeme contestar al teléfono. De otro modo, el que llama vendrá aquí.

El hombre se rio.

—El que llama no podrá entrar. He cerrado la puerta con llave.

Brenda hizo un último esfuerzo para desasirse, pero comprendió que todo era inútil. Por la expresión de sus ojos sabía que aquel hombre era un maníaco sexual y ahora ya había perdido todo el control. No sólo estaba dispuesto a violar, sino también a mutilar y a matar.

Con la caída de ambos al suelo el cortapapeles que se encontraba en el borde de la mesa había resbalado, cayéndose también. Ambos lo vieron al mismo tiempo. Pero el pequeño cuchillo se encontraba fuera del alcance de Brenda y, en cualquier caso, los brazos del hombre le impedían el menor movimiento. En la mirada de aquel demente leyó que no vacilaría en utilizar el arma si no podía llevar a cabo su propósito.

Brenda se dio cuenta de que no podía hacer otra cosa que someterse. Sus inútiles esfuerzos sólo conseguían prolongar aquel tormento, y podían empujar al demente a soluciones todavía peores.

«Quizá —pensó Brenda—, una vez satisfecho su deseo comprenda lo repugnante de su acción y se vaya».

—Está bien —accedió, con voz serena—. No me opondré.

El soltó una carcajada.

—Me gusta que se oponga.

Le había desatado la cinta del cabello con los dientes, y ahora la tenía sujeta en la boca. Con un brusco movimiento la arrojó a un rincón de la habitación.

—No me rompa el vestido —dijo ella fríamente—. Si lo desea, me lo quitaré.

Tenía que someterse. Todo era preferible antes que la muerte. Aquella situación era algo peor que las pesadillas sufridas en su adolescencia, y entonces no creía que

pudieran suceder en la realidad. Eran sucesos que se leían en los periódicos dominicales más sensacionalistas, o mejor dicho, que se procuraba no leer.

Cerró los ojos, mientras un temblor le recorría el cuerpo. Pronto terminaría todo. Entonces él se marcharía, y no sería peor que un dolor de muelas excepcionalmente intenso.

Intentó pensar en otras cosas. ¡Qué amarga era a veces la vida! ¡Con qué placer escucharía ahora cualquier ruido, una señal de algún otro ser humano! Pero lo único que se oía en la habitación eran las carcajadas emitidas por el aparato de radio.

Empezó a mover los labios en una plegaria muda: «Sí, aunque camine por el valle de la sombra mortal, no temeré ningún daño: porque Tú estas conmigo...».

En Leicester Square, frente al Odeón se anunciaba: «Asientos en todas las filas».

—Eres mi ideal de mujer —murmuraba en su paroxismo el agresor de Brenda Blamey—. Eres hermosa, hermosa. ¡Oh! eres una maravilla. Bellísima, bellísima...

Ella oía aquellas palabras como en la lejanía. Con los ojos cerrados, seguía moviendo los labios en muda plegaria: «No temerás ningún terror de la noche; ni tampoco la flecha que se dispara durante el día. Ni la pestilencia que camina en la oscuridad, ni la enfermedad que destruye en pleno día...».

Brenda, tras su oración, abrió los ojos y dijo con una voz clara y fría:

—Le ruego que se marche.

El hombre estaba a su lado, aún en el suelo y con el mentón apoyado en la mano. Le contestó sonriéndole:

—No tengo ganas de irme. Todavía no.

Casi sin voz, como una persona sumida en un trance, Brenda murmuró:

—Tiene que irse. Mi secretaria volverá de un momento a otro.

Él se rio.

—Ya le he dicho que he cerrado la puerta. No podrá entrar.

—Si es así, llamaré a la policía, y esto no le conviene, ¿verdad?

—Yo sé lo que me conviene.

Volvió a abrazarla. Ahora las lágrimas inundaban los ojos de Brenda mientras movía la cabeza de un lado para otro.

—¡Se lo ruego, se lo ruego, tenga piedad de mí!.

En sus intentos por librarse de su agresor vio otra vez el cortapapeles en el suelo, junto a la mesa, y con un repentino y convulsivo esfuerzo trató de alcanzarlo. El hombre sonrió.

—¡Oh! Te gustaría usarlo, ¿verdad? —preguntó, casi complacido.

Y sin ninguna clase de esfuerzo le cogió la muñeca y se apoderó del cortapapeles, al tiempo que con el otro brazo ahogaba su tentativa de gritar rodeándole la garganta con fuerza.

En Leicester Square, un vendedor de helados atraía a la clientela tocando un diminuto xilófono.

El psicópata no se inmutó al ver que Brenda perdía el sentido y que sus labios

adquirían un tono azulado. Su cuerpo aún estaba caliente entre sus brazos.

Unos minutos después se levantó, se arregló el traje y fue hacia la caja de caudales. Cuando hubo sacado todo el dinero, abrió el monedero de Brenda y lo vació. Después se arrodilló junto a ella, observó de cerca el anillo de brillantes, y se lo quitó. La mano de ella cayó inerte al suelo.

No le turbó en lo más mínimo el hecho de que los ojos azules de Brenda estuvieran fijos en él. Sabía que aquellos ojos ya no podían ver.

Bajó las escaleras, cerró la puerta tras de sí y se dirigió a un pequeño cine frente al cual hacía cola un grupo de gente, saboreando, algunos de ellos, unos helados. Estaban esperando para ver una película autorizada sólo para gente mayor. Los hombres llevaban la chaqueta al brazo y algunas mujeres se ajustaban el sostén. El hombre que en aquellos momentos cruzaba la calle iba comiendo un trozo de pastel de boda.

Diez minutos más tarde, Mónica volvió. Le sorprendió encontrar cerrada la puerta de entrada. Quizá la señora Blamey había preferido salir a almorzar a un restaurante. Recogió la llave en la librería de al lado, y mientras subía las escaleras oyó sonar el teléfono.

En el momento de coger el auricular se cortó la comunicación. Lo colgó de nuevo y llamó con los nudillos a la puerta de la oficina de Brenda.

—Señora Blamey, señora Blamey, he traído unos melocotones. ¿Le gustaría probar uno?

Mónica entreabrió primero un poco la puerta; acto seguido lo hizo de par en par. Se llevó una mano a la boca y, fuera de sí, bajo corriendo las escaleras. Una vez en la calle empezó a gritar.

Capítulo 6

Aquella misma tarde, Blamey pidió habitación en un hotel con vistas a Hyde Park. Antes había telefoneado a El Milagro Moteado para que una de las camareras, de serle posible, le hiciera un paquete con sus cosas y se las llevara al club Hounds en Shepherd Market.

Sabia que Bárbara le haría este pequeño servicio. Era una joven alegre, charlatana, de exuberantes senos y amable hasta la abnegación. Llevaba el pelo de un modo que ya no se estilaba, corto y muy rizado; en conjunto recordaba un poco a un travieso Peter Pan.

Llegó al Hounds poco después de las tres. Richard ya le tenía preparado un gin tonic doble.

La charla de Bárbara era rápida y entrecortada. La mayoría de la gente la llamaba Babs.

—¡Oooh! ¡Magnífico! —exclamó—; pero no está bien, no está nada bien.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Que me invite a una ginebra doble.

—Es una pequeña compensación por traerme la ropa hasta aquí —dijo Blamey, y la besó.

—No ha sido ninguna molestia.

El volvió a besarla.

—Esto lo convierte en un placer —añadió ella.

Dick había doblado un billete de una libra hasta reducir su tamaño al de un sello de correos, y lo depositó en la mano de Bárbara.

—¿A qué viene esto?

—Por el taxi, naturalmente.

Ella le devolvió el billete.

—¿Es que ha heredado alguna fortuna? Un taxi desde El Milagro no cuesta más de cinco chelines, propina incluida.

Dick volvió a darle el billete.

—No tengo monedas —dijo.

—¡Oh! ¡Por favor! —protestó ella, metiéndole el billete en un bolsillo de la chaqueta—. ¿Qué son cinco chelines entre amigos?

—El sueldo no te da para pagar mis taxis.

Le abrió el monedero, metió el billete en él, y lo cerró con ademán decidido.

—No se hable más del asunto. Bebamos un par de copas más y cambiemos de tema.

—Bueno, yo pagaré las copas.

—No eres de este club y no puedes pagarlas. Dime, ¿cómo van las cosas por El Milagro?

Babs hizo un gesto de disgusto.

—¿A que no lo adivina? En cuanto usted se fue, Félix llamó a la destilería y les dijo que mandaran a alguien inmediatamente porque había sorprendido robando a un empleado. ¿No es una vergüenza?

Dick Blamey se rio, pero Babs no consideraba el asunto como una broma.

—Creo que es realmente vergonzoso manchar así la reputación de una persona — y añadió—: Bueno, salud, querido.

—¡Salud! —repitió él—. Aunque no hay nada que celebrar.

—¡Oh! ¡Vamos! —le animó ella—. Puede encontrar otro empleo en cualquier parte.

Dick Blamey sonrió, y le rodeó la cintura con un brazo. Babs gastaba mucho en vestir; aquel día llevaba un traje de seda con guantes y zapatos del mismo género que debía haberle costado el sueldo de un mes. Naturalmente, en la cervecería no llevaba este conjunto, así que Dick Blamey podía jactarse de que la jovencita se había puesto sus mejores galas en su honor. También daba la coincidencia de que era su tarde libre.

—Dime, ¿tienes algo que hacer esta tarde? —preguntó él.

—Sí... —repuso Babs—. De momento estoy tomando unas estupendas copas con un hombre maravilloso.

Él sonrió contemplando su imagen en el espejo del bar y alisando sus escasos cabellos.

—Gracias por lo de maravilloso, pero me refería a si tienes algo que hacer después.

En las mejillas de Babs aparecieron dos graciosos hoyuelos. Sí, realmente eran hoyuelos, y él no pudo comprender por qué antes le habían parecido un defecto de su cutis.

—Nada, que yo sepa.

—¿Te gustaría acompañarme y tomar el té en Skindles o en otra parte, y después cenar en el Mitre?

—Sería fantástico, pero un poco caro, ¿no?

—No te preocupes por el dinero. Pero antes tendría que dejar la bolsa de la ropa en algún lugar. No quisiera que me tomaran por un viajante de medias, aunque, bien pensado, quizá no sería mala idea.

—¿Dónde se aloja? —preguntó ella.

—En ninguna parte.

—Pero tiene que vivir en algún sitio...

—Anoche dormí en la residencia del Ejército de Salvación.

—Tíreme de la otra^[2] —dijo ella, poniéndole una pierna en el regazo.

Él cogió el zapato forrado de seda y estampó un breve beso en el pie.

—¡Oh! ¡Qué atrevido es usted! —exclamó Babs.

—No te estaba tomando el pelo. Esta noche la he pasado realmente en un dormitorio del Ejército de Salvación.

—En tal caso, supongo que Skindles será un cambio agradable —comentó ella,

todavía sin creerle—. Las cosas no le van mal, ¿verdad?

—Pensé que sería una buena idea reservar una habitación para esta noche.

—Y hoy, ¿dónde se alojará? ¿En el Ritz o en el Claridge?

—Probaré en Bayswater. Tomaremos un taxi. Tú puedes esperarme en el parque mientras me cambio de ropa. No tardaré.

—Si cree que va a dejarme plantada en Hyde Park, se equivoca, señor Blamey —dijo ella—. ¿Quiere que alguien me aborde o qué?

—O qué —repitió él, sonriéndole—. Bien, vámonos. Me esperarás en la sala de televisión, o en la bolera, o en lo que haya en los hoteles de Bayswater.

Por segunda vez en la historia de su vida, Richard Blamey se dirigía a un hotel con riesgo de que fuera puesta en duda la honestidad de sus intenciones. Pero, como por ironía, todo se desarrolló de una forma totalmente contraria a lo ocurrido durante su luna de miel.

Bárbara se quedó a una discreta distancia mientras él pedía una habitación. No hubo ninguna clase de obstáculos.

Era una habitación muy bonita que daba al parque y que había quedado libre aquella misma mañana.

—Bien, la tomaré. ¿Cuál es su precio?

—Siete guineas, señor.

—¿Por semana? —inquirió Blamey con incredulidad.

El empleado sonrió y le dijo con amabilidad:

—Por noche, señor.

—¡Siete guineas por noche!

—Es una habitación muy bonita, señor. ¿Quiere verla?

El empleado hizo una señal al portero.

—Cowper, acompañe a los señores.

—Un momento —dijo Dick.

—Pero, querido, me gustaría verla —intervino Babs, mostrando sus hoyuelos con una sonrisa.

—Por aquí, señora —indicó el portero—. ¿Subo su bolsa, señor?

La habitación estaba en el primer piso. Era doble, naturalmente.

—No encontraría otra mejor en todo Bayswater Road, señor.

Babs se dirigió a la ventana y miró al exterior. La habitación daba al parque.

—¡Qué bonito! —observó.

—¿Se quedarán los señores?

—¿Qué opinas, querida?

—La encuentro fabulosa.

—Muy bien. Pasaremos aquí esta noche.

—¿Una sola noche, señor?

—Una sola noche.

—Muy bien, señor. Por favor, no se olvide después de firmar en el libro de

registro.

—No se preocupe, lo haré. ¡Ah!, ¿hay una tintorería por aquí cerca?

—Sí, señor. Si me da la prenda que desea que le limpien, la tendrá lista mañana al mediodía.

—Perfecto.

—Muy bien, señor. ¡Oh!, muchísimas gracias, señor.

El portero esbozó una inclinación antes de salir.

Dick Blamey miró a Bárbara, quien, con una mano sobre los labios, parecía contener la risa. Una vez se hubo marchado el portero, se acercó a Blamey y le rodeó el cuello con sus brazos.

—¿No es lo más gracioso del mundo, tú y yo abrazados, así? —dijo—. Es el destino. Eso debe ser, el destino.

Lo atrajo más hacia sí y sus bocas se unieron durante unos momentos.

—Me parece que ya no quiero ir a tomar el té —murmuró ella.

—Yo tampoco.

Volvieron a besarse. El tráfico de Bayswater Road parecía estar a un millón de kilómetros de distancia.

—Ibas a cambiarte —susurró ella.

—Sí, iba a cambiarme.

—¿Quieres que cierre los ojos?

—No, a menos que lo desees.

—Yo no puedo cambiarme porque no tengo más ropa que la puesta —dijo Babs—. ¿No es divertido? Pero no quiero arrugarme este traje, así que tendrás que aceptarme con el que llevaba cuando nací.

Se dirigió al armario con el vestido de seda en el brazo.

Eran casi las cinco cuando sonó el teléfono. Era el portero.

—El señor quería enviar algo a la tintorería, ¿no?

—Dejaré la chaqueta y los pantalones en la puerta. Ahora quiero echar la siesta.

—Muy bien, señor.

Babs rodeó a Dick con sus brazos mientras éste colgaba el teléfono.

—Es la siesta más maravillosa de mi vida —murmuró.

Él se levantó de la cama, colgó la chaqueta y los pantalones del pomo de la puerta y volvió. Oyeron cómo el portero se acercaba por el pasillo, y, una vez recogida la ropa, se alejaba.

—¿Por qué esta prisa en mandar el traje a la tintorería?

—Si hubieras dormido en una cama del Ejército de Salvación, tú también tendrías prisa en hacer lavar tu ropa.

El sol entraba a raudales por la ventana, cuyos cristales vibraban un poco a causa del estruendoso tráfico que circulaba por la Bayswater Road. Hacia Hyde Park se oían los ladridos de un perro faldero.

—Es curioso cómo ocurren estas cosas —dijo ella, mirándole a los ojos—. Tú y

yo juntos aquí.

—Sí.

—El destino, supongo.

—Me imagino que es la única explicación.

—¿Sabes? En todo el tiempo que hemos estado trabajando en el mismo sitio y dormido bajo el mismo techo, nunca me imaginé que estaríamos los dos juntos..., así.

—Bárbara, eres muy atractiva.

—No estarás arrepentido, ¿verdad?

—¿Arrepentido? ¿Cómo puedes pensar tal cosa?

—¿No creerás que soy una mujer fácil, o algo parecido?

—Claro que no.

—Tiene que ser un hombre que me guste, ¿sabes? No haría esto con cualquiera.

—Estoy seguro de ello.

—No me gustaría perderte. Nunca. Esto no lo había sentido por ningún hombre en toda mi vida.

—Bárbara, esto es muy halagador para mí.

—¡Y es cierto...!

—No dudo de tu sinceridad.

—Prefiero que me llames Bárbara en lugar de Babs. No me gusta que la gente me llame Babs. Creo que es un poco vulgar, ¿no opinas lo mismo?

—Pues, no sé...

—Es como llamarte a ti Dick. Richard es mucho más bonito.

—En realidad, no me importa gran cosa como me llame la gente.

—Pues tendría que importarte.

A él, en realidad, le molestaba la idea de que Babs le llamara Richard, y no con la versión más familiar de su nombre. Al usar el nombre y no el diminutivo, ella parecía aspirar a una intimidad que no tenía nada que ver con las relaciones físicas. Estaba muy bien que Brenda le llamase Richard, pero en labios de Babs Milligan sonaba como una impertinencia.

Recordó en aquel momento que había pensado en llamar de nuevo a Brenda para darle las gracias. Había telefoneado por la mañana, pero la recepcionista le había dicho que la señora Blamey estaba ocupada. Más tarde había ido a la oficina con la intención de invitarla a almorzar, pero había encontrado la puerta cerrada. La llamaría después al club. No le parecía bien hacerlo desde la habitación de aquel hotel, y, sobre todo, teniendo en cuenta que lo tenía que pagar con el dinero de Brenda. La idea le hizo experimentar una incómoda sensación de culpabilidad.

—¿Me prestas la bata para ir al cuarto de baño? —preguntó Babs.

—Cógela. Yo me vestiré y bajaré a firmar en el registro. En seguida vuelvo.

Había dos periódicos de la tarde sobre el mostrador de recepción, un ejemplar del *Evening News* y otro del *Evening Standard*. Blamey hizo un ademán de coger la pluma para firmar en el registro cuando unos titulares atrajeron su atención: «Mujer

asesinada en el West End». Y debajo, en letras más pequeñas: «Se busca a un hombre cojo».

Pensó que todo aquello era muy extraño. Siempre que se cometía un asesinato, se sospechaba de un hombre cojo, o con la mirada fija. Cogió la pluma, pero se le cayó de las manos. El otro periódico ampliaba algo más la noticia: «Mujer estrangulada en su agencia matrimonial».

Leyó el primer párrafo: «El cadáver de la señora Brenda Blamey, directora de una agencia matrimonial, ha sido hallado esta tarde en su oficina de Leicester Square».

Richard Blamey se asió con fuerza al borde del mostrador. Continuó leyendo: «El detective Tim Oxford, superintendente de la Brigada de Homicidios, que dirige la investigación, ha declarado que posiblemente se trate de un crimen perpetrado por un maníaco sexual. La señorita Mónica Barling, recepcionista de la Agencia Matrimonial Brenda Blamey, ha facilitado a los detectives la descripción de un individuo que vio frente al edificio cuando ella volvía de almorzar».

Seguía la descripción más o menos exacta del propio Richard Blamey.

—¿Quería usted el periódico, señor? —le preguntó un empleado.

—¿Eh?

—Que si quiere el periódico, señor.

—¡Ah!, sí, deme los dos.

—Son ocho peniques. Gracias. ¿Desea firmar ahora en el registro?

—¿Cómo?

—El libro de registro.

—¡Oh!, sí, claro.

Richard Blamey no pudo dar nunca una razón lógica de por qué firmó en el registro del hotel con un nombre falso. Lo hizo como el señor y la señora Benson.

Subió las escaleras y se dirigió a la habitación. Una vez allí se sentó sobre la cama, con la cabeza entre las manos, inmóvil, totalmente aturdido e incapaz de coordinar ninguna idea. Seguía en la misma posición diez minutos más tarde, cuándo Babs volvió del cuarto de baño.

—Querido, ¿qué te sucede? ¿No te encuentras bien?

No contestó. Ni siquiera levantó los ojos.

—Richard, soy yo, Bárbara. Te estoy hablando.

—Pues no hables.

—Richard. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Se sentó a su lado, sobre la cama.

—Rich, ¿qué sucede?, ¿qué tienes? —le apartó suavemente las manos de la cara, y cuando vio su expresión, se asustó. Estaba demudado—. Mírame, te lo ruego, mírame.

Lentamente, él giró la cabeza y la miró. Tenía la impresión de no conocer a aquella muchacha, de no haberla visto nunca antes.

Ella le tomó el rostro con sus manos.

—Te lo ruego, querido mío. Dime, ¿qué te sucede?

Con un gesto de desesperación, Babs se levantó de la cama y se encaminó hacia el armario.

—Supongo que será mejor que me vista.

Cuando volvió, vio los dos periódicos tirados sobre la alfombra, levantó uno de ellos con el pie, y leyó los grandes titulares. Después se agachó para recogerlo.

Babs leyó la noticia moviendo los labios, pero sin pronunciar una palabra. Al terminar, miró a Richard. Dejó caer el periódico y se arrodilló ante aquel hombre sin expresión en el rostro.

—No lo has hecho tú, ¿verdad?

Richard Blamey no contestó. Ella le interpeló a gritos:

—¡Di algo! Esta mujer del periódico te describe a ti, tu traje, todo. ¡Oh, santo cielo!

Empezó a pasearse por la habitación.

—Has mandado la ropa a la tintorería, a toda prisa. ¿Por qué? ¿Es que acaso eres tú el culpable?

El siguió callado, sin demostrar la menor atención por aquellas palabras, y con la mirada fijamente clavada en la pared que tenía delante.

—En estos casos siempre analizan algún rastro dejado por el asesino con pruebas de laboratorio. Lo leí una vez en el *Week-end*. Dime que no es ésta la razón por la que mandaste tu traje a la tintorería. Di meló o me volveré loca.

—Bárbara —dijo él en voz baja—, yo soy el que va a volverse loco.

Ella empezó a llorar.

—Lo siento —sollozó—, lo siento. Sólo quiero que me lo digas. Sé que no eres capaz de hacer una cosa así, pero te ruego que me lo digas.

—Será mejor que te vistas —dijo él, al tiempo que descolgaba el teléfono—. Oiga, ¿tienen licencia para vender alcohol en este hotel...? Lástima. Quería una botella de whisky. ¿Puede enviar a alguien a comprarla...? Gracias.

Cuando el botones trajo el whisky, Blamey llenó medio vaso y se lo bebió de un trago.

—Richard, ¿qué vas a hacer?

—Voy a buscar al hombre que lo ha hecho y a matarlo.

—Richard, estás fuera de ti. No sabes lo que dices. Tienes que llamar a la policía.

—¿Llamar a la policía? ¿Crees que estoy loco? Ellos piensan que lo he hecho yo.

Blamey se levantó y fue hacia ella.

—Piensan que he sido yo, necia muñeca mía. ¿Puedes meterte esto en tu preciosa cabecita?

—Richard, no soy una necia, y sé tan bien como tú que la policía cree que lo hiciste. El periódico casi lo afirma. Pero puedes probar fácilmente tu inocencia.

—Querida niña —dijo él—, sólo hay una persona que podría probar mi inocencia, y está muerta.

En aquellos momentos sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor. Cowper, el portero.

Dick Blamey abrió una rendija de la puerta, casi como si esperase a un grupo de detectives que utilizaran al portero como reclamo.

—El cambio del billete de cinco libras que me dio para el whisky, señor —dijo Cowper.

—¡Oh!, gracias. Tenga.

—Gracias, señor.

Dick Blamey cerró de nuevo la puerta.

—Acabo de darme cuenta de que este billete de cinco libras era uno de los que me dio Brenda anoche.

Babs Milligan le miró.

—¿Y con tanto dinero pasaste la noche en un dormitorio del Ejército de Salvación?

—Yo no sabía que me había dado el dinero. Pero ya veo que no me crees. La policía tampoco lo hará.

Las Reales Fuerzas Aéreas y la Flota del Aire solían describir a ciertos aviadores como «los tipos del trasero abierto». Esta expresión se dedicaba a los aviadores excepcionalmente audaces. Los pilotos menos dotados que intentaban emular sus proezas fracasaban casi siempre en sus intentos. Según el erudito señor Partridge, la frase «trasero abierto» tuvo su origen en el Real Cuerpo de Aviación, y procedía, en términos generales, de aquella *pièce de résistance* de los números de *vaudeville* conocida como «abrirse de piernas». Richard. Blamey, durante su carrera de aviador, fue conocido como uno de los «del trasero abierto».

Estos muchachos se caracterizaban también por su afición a desafiar a la autoridad. Entre los que lograron sobrevivir, los más se dedicaron a profesiones totalmente normales y la tónica de su vida fue tan monótona como la de cualquier otro. Pero Blamey no fue uno de éstos.

Como Larry Wellington, aborrecía a los lacayos que administraban las leyes vigentes en la Inglaterra de la posguerra, y a menudo recordaba a Larry ante uno de aquellos carteles siempre presentes en tiempo de guerra: «Tu Libertad está en Peligro. Defiéndela con Todas. Tus Fuerzas».

—Este cartel debería exhibirse por todo el país *después* de la guerra —había dicho Larry, más proféticamente de lo que ambos pudieran pensar por aquel entonces.

Capítulo 7

Se considera un axioma de la ley británica que el acusado es inocente hasta que se prueba su culpabilidad. En realidad, lo cierto es precisamente todo lo contrario, en especial si se trata de un caso de asesinato. El acusado es considerado culpable hasta que se demuestra su inocencia, y, por tanto, se le encierra inmediatamente hasta el momento del juicio. Dick Blamey sabía muy bien que le pasaría esto si se presentaba en la comisaría más próxima y decía: «Soy el ex marido de la mujer asesinada en Leicester Square».

Incluso en la anterior víspera, había dicho a Brenda que nunca se dejaría acorralar como le había sucedido a Larry. Ahora Brenda ya no existía, y él era el sospechoso de su muerte. Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que la policía ya no buscaría a nadie más; las circunstancias eran abrumadoras.

Necesitaba tiempo para pensar con serenidad. Había ingerido durante el día casi dos botellas de whisky, y ahora le era casi imposible hacerlo. Ni tan siquiera la horrible noticia de la muerte de Brenda le había despejado las ideas.

—Es preciso que tengas la cabeza despejada —le dijo Bárbara.

—La tengo perfectamente clara —le mintió él.

Continuó paseando por la habitación mientras Babs le seguía atentamente con la mirada, lo cual la obligaba a mover la cabeza como un espectador de un partido de tenis, sólo que aquello no era un juego.

—La querías, ¿verdad?

—Para el caso es indiferente la quisiera o la odiara —repuso él, tratando deliberadamente de mostrarse insensible y desechar cualquier recuerdo sentimental que tuviera de Brenda. De lo contrario, estaba seguro de perder el poco dominio de sí mismo que le quedaba.

—¿Quién supones que lo habrá hecho?

«¿Quién lo habrá hecho? —pensó—. ¡Qué pregunta tan estúpida! ¿Cuántos hombres figuraban en los archivos de la Agencia Matrimonial Brenda Blamey? Cientos, miles. Y podía haber sido cualquiera de ellos. ¿Investigaría la Brigada de Homicidios cada uno de los nombres de los archivos y de los cuestionarios?». Entonces recordó algo inquietante. Ayer mismo, él había rellenado uno de aquellos cuestionarios. Lo hizo para gastarle una broma a Brenda, pero después de lo sucedido, ¿quién lo consideraría como tal? Recordó también que Brenda lo había roto, pero tampoco era tan difícil recomponerlo.

Esto era exactamente lo que la policía acababa de hacer, y en aquel preciso momento el superintendente Tim Oxford estaba estudiando la fotocopia del cuestionario de Blamey.

Tim Oxford era conocido en Scotland Yard como el Funerario, un apodo que no dejaba de ser apropiado para el jefe de la Brigada de Homicidios. La corbata más chillona que llevaba era de un gris pálido, color que hacía juego con sus ojos. Nunca

levantaba la voz, nunca intentaba intimidar a un sospechoso. Era siempre cortés, incluso con los asesinos más diabólicos, y cuando interrogaba a los ciudadanos respetuosos de las leyes, su tono era casi deferente. Uno de sus subordinados había dicho una vez: «Cuando el jefe presenta una tarjeta de visita, la gente la mira como si esperase ver una tarjeta de luto, orlada de negro».

Leyó varias veces la fotocopia del cuestionario de Dick Blamey antes de requerir otra vez la presencia de la señorita Mónica Barling.

—Siéntese, señorita Barling —dijo, levantándose cuando la joven entró en sil despacho—. Siento tener que volver a molestarla. Sé que está usted pasando una experiencia muy desagradable.

Mónica Barling se había recobrado un poco y su aspecto era sereno. Realmente su ataque de histeria en la acera de Leicester Square debió de tener el mismo valor terapéutico que un fuerte sedante.

El superintendente le enseñó el cuestionario y le preguntó:

—¿Reconoce esto, señorita Barling?

—En efecto —repuso ella con calma, como si estuviera interpretando el papel de testigo en el Old Bailey—. Es una copia del cuestionario que llenó el señor Blamey cuando fue a visitar a la señora Blamey.

—¿Leyó usted el cuestionario antes de entregarlo a la señora Blamey?

—No. Nunca lo hago porque a los clientes les gusta que sus asuntos sean tratados confidencialmente.

—Comprendo. No obstante, mientras ha estado desempeñando su puesto, usted debe haber leído muchos de estos cuestionarios en ausencia del cliente.

—Sí. Tenía que leerlos en el caso de alguna consulta telefónica cuando la señora Blamey no estaba en la oficina.

—¿Y éste no lo leyó?

—No, porque la señora Blamey lo rompió.

—¿Le gustaría leerlo ahora?

Mónica Barling asintió, tomó un sorbo de té, y empezó a leer la fotocopia. Cuando hubo terminado, el superintendente reanudó su interrogatorio:

—¿Cree usted que las respuestas de este cuestionario fueron escritas en son de broma?

—Si se trata de una broma, es de muy mal gusto.

—¿No es el cuestionario normal de una persona que desea hallar un compañero con vistas al matrimonio?

—Por supuesto que no.

—¿Qué impresión le produjo el señor Blamey cuando entró en la oficina?

—Muy poco favorable.

—¿Qué fue lo que no le gustó de él?

—En primer lugar, que estaba un poco bebido.

—Si no recuerdo mal, dijo usted el otro día que poco después de la llegada del

señor Blamey, la señora Blamey le dio la tardé libre.

—En efecto. Oí que levantaban la voz, y al cabo de unos momentos la señora Blamey dijo que podía marcharme. Creo que quiso ahorrarme el bochorno de escuchar la pelea que habían iniciado.

—Cuando dice que oyó que levantaban la voz, ¿pudo oír alguna de las palabras pronunciadas?

—Tal vez debí decir que escuché sólo una voz. La del señor Blamey. La señora Blamey jamás lo hizo; ni aquel día ni en todo el tiempo que estuve con ella. Era la mujer más amable que he conocido.

—Estoy seguro de ello. Es un caso muy triste, muy triste —dijo el superintendente—. Triste y repugnante.

Mónica Barling se secó una lágrima de sus ojos.

—¿Puede recordar algo de lo que dijo él? —preguntó Oxford.

—Sí. Gritó: «¿Cómo puedes decir esto?». Oí estas palabras con mucha claridad.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—¿No tenía usted idea del motivo de la discusión?

—Ni la más remota.

—¿Usted no había visto nunca al señor Blamey?

—Nunca. Le he visto dos veces en toda mi vida. Ayer, y hoy, al volver de almorzar.

—¿Él la ha visto a usted?

—No. Lo vi alejándose de la oficina.

—¿No tiene la menor duda de que se trataba del señor Blamey?

—Ninguna en absoluto. Llevaba el mismo traje de ayer, y recuerdo que pensé: «¿Por qué habrá cerrado la puerta al salir?».

—Me ha prestado una gran ayuda, señorita Barling. Y, por favor, le ruego que no hable usted con ningún periodista. Sé que no es fácil.

—Puede confiar en mí, señor. No diré nada.

—Estoy seguro. Ahora uno de nuestros coches la acompañará a casa.

—Es muy amable. Muchas gracias.

Después de ordenar que acompañasen a Mónica Barling, el superintendente Tim Oxford subió a su coche y se dirigió a El Milagro Moteado. Hope-Forsythe le había telefoneado para decirle que se sentía inquieto por una de sus camareras, la cual había ido a encontrarse con Blamey aquella misma tarde.

—En mi opinión, se trata de un segundo Neville Heath —dijo Félix Hope-Forsythe—. ¿Quiere usted algo de beber, señor? —preguntó al superintendente Oxford.

—Un jerez —contestó Tim Oxford—. ¿Qué le debo?

—¡Ah!, no, señor. Le ruego que me permita invitarle.

—No querría ser descortés, pero preferiría pagar.

—Como quiera, señor, como quiera. Lo comprendo. Tenga, pruebe éste. Espero que sea de su agrado. Son dos chelines y seis peniques.

—Dijo usted por teléfono, señor Hope-Forsythe, que tenía motivos para temer por la seguridad de una de sus empleadas.

—Exacto. Una de mis camareras, Bárbara Milligan. Fue a llevarle la ropa que Blamey había dejado aquí. Yo traté de impedirselo, pero es libre, de raza blanca y mayor de edad. Lo que puedo asegurarle es que, si hubiera sabido lo que sé ahora, no le habría permitido salir.

—¿Por qué dice usted eso?

—Pues porque me parece claro que él es el hombre que buscan. La descripción le cuadra a la perfección.

La voz del superintendente era más seca que el jerez que le mojaba la lengua.

—La descripción de un hombre que fue visto abandonando el lugar del crimen se ha hecho pública porque deseamos interrogarle; eso es todo.

—¡Oh! Ya comprendo que no puedan decir que él es el culpable hasta que terminen sus investigaciones.

—Tengo entendido que Blamey fue empleado suyo hasta ayer. ¿Le despidió usted?

—Exacto. Le eché porque se bebía mi whisky.

—¿Hasta este momento había tenido usted algún motivo de queja contra él?

—No, ninguno importante. Aunque siempre tuve la impresión de que Blamey no podía olvidar que una vez fue un ídolo.

—¿Y en qué basaba esta impresión?

—En su actitud en general, supongo. Nada especial, ya me comprende.

—Me temo que no.

—Bien, pues, por ejemplo, hace unos quince días entró en el bar un grupo de alemanes (vienen muchos clientes extranjeros aquí) y, como es natural, pidieron cerveza de su país. Nosotros la tenemos, y Blamey se la sirvió. Cuando fue a la caja para ingresar el dinero, oí claramente que murmuraba: «Ojalá os ahogara a todos».

La cara de Hope-Forsythe expresó cierto resentimiento cuando vio que Tim Oxford se echaba a reír.

—Bien, señor Hope-Forsythe, si no tiene nada más que decirme, me voy. Se me presenta una noche muy ocupada.

El gerente de El Milagro Moteado quedó decepcionado. Pensó que el superintendente daba por terminada la entrevista de un modo demasiado repentino, casi como si la considerase una pérdida de tiempo.

—Nunca me lo perdonaré si le sucede algo a esa chica —dijo.

Oxford estuvo tentado de decirle que sólo era el jefe de la chica, y no su guardaespaldas. De todos modos, optó por tranquilizarle:

—Creo que quizá se preocupa usted demasiado, señor Hope-Forsythe —le dijo mientras se dirigía a la puerta.

Hope-Forsythe le vio salir, y entonces fue al otro extremo de la barra donde se hallaban sus clientes habituales. Todos le miraron inquisitivamente.

—Ese, lo crean o no, es el jefe de la Brigada de Homicidios —y pronunció estas palabras dándose una gran importancia—. Le mandé llamar para insinuarle la posibilidad de que Blamey cometa otro asesinato.

Capítulo 8

—Debes haber hecho varios kilómetros —dijo Bárbara Milligan. Estaba sentada en la cama con los pies debajo de los muslos, la espalda encorvada y el rostro pálido y desencajado.

—¿Qué?

—Digo que debes de haber andado varios kilómetros, arriba y abajo de la habitación. Yo ya esto mareada de tanto mirarte. Lo siento, pero creo que no puedo hacer nada que te sirva de alivio.

Él se pasó las manos por la cabeza.

—Escucha Bárbara, ¿no sería mejor que te fueras? No quiero verte envuelta en esto.

Fue cojeando hacia la ventana y se quedó allí, mirando el parque. Ella se acercó, situándose detrás suyo.

—Te hace sentirte peor el que estuvieras aquí conmigo, ¿verdad?

El negó con la cabeza.

—Lo que me hace sentirme peor es el hecho de que soy indirectamente responsable.

Ella le miró sin comprender lo que decía.

—Estás diciendo tonterías.

—No, Bárbara, lo digo en serio. Nunca debí permitirle que se metiera en esta clase de negocios.

—No veo cómo hubieras podido impedirselo.

—Tendría que haberle advertido sobre la gentuza que se vería obligada a tratar, enfermos mentales, dementes, obsesos. ¡Dios mío! ¿Por qué no se lo advertí? ¿Por qué?

Empezó a pasear otra vez por la habitación.

—No te tortures —le dijo Bárbara—. Esto puede ocurrirle a cualquier mujer que vaya a la esquina de su casa a echar una carta cuando ya es oscuro.

—¡Pero no fue así! —le contestó excitado—. ¡Era una tarde soleada y en el centro de Londres!

—Y alguien te vio frente a la casa poco después —observó ella—. Esto es lo que más me preocupa.

—¿Por qué, Bárbara?

—Porque la policía pensará que fuiste tú, a no ser que vayas y lo expliques todo. ¿No lo comprendes, Rich?

—En este caso habrá de ser la policía la que se ponga en contacto conmigo.

—No es una cuestión de ponerse en contacto; es, es...

—¡Es una cuestión de ser arrestado por asesinato! ¡Es esto lo que intentas decirme! ¿no?

Ella asintió.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a pedir que me suban otra botella de whisky.

—Rich, si pides más whisky, pensarán que tienen a un dipsomaniaco en el hotel.

—Tal vez sea verdad —dijo él—. Brenda era una mujer excelente, quizá demasiado para mí. Ayer mismo la estuve esperando mientras ella entraba a rezar en una iglesia de Piccadilly. Yo no he sido nunca muy creyente, y ahora todavía lo soy menos. ¿Qué clase de Todopoderoso es este que recompensa de este modo las plegarias de una mujer?

—Si fueras a la policía y les contaras esto, sabrían que estabas diciendo la verdad —dijo Bárbara.

—Seguro —replicó él—, seguro. Lo escribirían y me pedirían que lo firmase. Sería magnífico, un artículo estupendo para los periódicos.

De pronto, Babs empezó a sollozar, tendida boca abajo en la cama.

—Bárbara, por el amor de Dios, no llores.

Sus lágrimas le irritaron. ¿Por qué demonios tenía que llorar?

—No te enfades conmigo, Rich. Sé cómo debes sentirte, pero yo también tengo sentimientos y estoy deshecha por dentro, realmente deshecha.

Él se le aproximó, se sentó en la cama, y empezó a acariciarle con dulzura los bucles del cabello.

—No estoy enfadado contigo, Babs. Sólo lo estoy conmigo mismo.

—Es mejor no complicar las cosas, ¿no crees? —observó ella.

Dick cogió el teléfono de la mesilla de noche.

—Voy a pedir ahora mismo otra botella de whisky.

Ella le cogió la mano, y le suplicó:

—¡No lo hagas! Si bebes más, te emborracharás.

—Esta es precisamente mi intención —dijo él, volviendo a coger el teléfono—. Necesito olvidar. Quizá pueda pensar con más serenidad cuando despierte de la borrachera.

Ella puso una mano sobre el aparato y cortó la línea.

—Si necesitas más whisky iré yo a buscarlo —dijo—. De lo contrario empezarán a sospechar de nosotros.

—Buena frase —se burló Blamey.

Se tendió en la cama, fijó la vista en el techo, y después cerró los ojos. Tenía la cara brillante por el sudor. Babs fue hacia el tocador y se arregló el maquillaje frente al espejo biselado.

—¿Qué marca de whisky quieres?

Repitió la pregunta, y al no recibir respuesta, se volvió. Dick estaba profundamente dormido. Dejó el lápiz de labios y empezó a desatarle los cordones de los zapatos.

Capítulo 9

Estaba amaneciendo cuando Blamey abrió los ojos. Inmediatamente se dio cuenta de que alguien respiraba a su lado. Por una rendija de la cortina entraba un rayo de luz que iluminaba el traje de seda de una mujer, colocado dentro del armario, cuyas puertas estaban abiertas. En medio de aquella penumbra pudo ver también una botella de whisky vacía, depositada en un estante y dentro de una palangana.

La mujer que estaba a su lado le rodeó con sus brazos desnudos.

—¿Estás despierto, querido?

Conocía aquella voz.

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy mal.

—Has estado dando vueltas toda la noche.

—He tenido unas pesadillas espantosas.

Ella estrechó más su abrazo y apoyó su cabeza en el hombro de él haciéndole cosquillas en la barbilla sin afeitar con sus espesos y cortos bucles.

—Hueles a whisky.

—¿De verdad? Lo lamento.

—¡Oh! A mí no me molesta. Es un olor agradable y viril.

A pesar de la tenue luz reinante en la habitación pudo ver que ella sonreía, mostrando la blancura de sus dientes perfectos. Conocía aquella sonrisa... Por fin se dio cuenta de que estaba en la cama con Bárbara Milligan. De momento, no podía recordar las circunstancias precedentes, ni que hubiera deseado alguna vez que esta situación tuviera lugar.

La boca de ella estaba tan cerca, que distinguió un labio más pálido que el otro, como si hubiera empezado a desmaquillarse, o a pintarse, y hubiera abandonado la tarea antes de terminarla.

La luz fue aumentando. Entonces vio un sostén y unos portaligas negros colgados del respaldo de una silla; después la imagen de sí mismo y de la chica en el espejo de una de las puertas del armario.

Ella interrumpió aquel silencio:

—He pedido el té, pero aún tardarán en traerlo.

Él hubiera preferido café bien cargado, pero no importaba, le vendría bien igualmente.

—Piensas en todo —murmuró—. ¿Has pedido también un kilo de aspirinas?

—No, pero tengo algo de codeína en el bolso. Es más fuerte. ¿Quieres una tableta con un poco de agua?

—Mejor dos, o quizá tres.

Babs saltó de la cama en busca de la codeína y el agua. El, por el espejo, veía su silueta desnuda, mientras llenaba el vaso de agua.

Cuando volvió, encendió la lámpara de la mesilla. Estaba desnuda ante él con la mayor naturalidad. El suave vello de su cuerpo era del mismo color claro que los bucles de su cabeza.

Le puso las tabletas en la mano y le acercó el vaso de agua. Apagó la luz y volvió a meterse en la cama, arrimándose a él.

—Gracias —dijo Dick.

—De nada.

—Me parece que tengo una horrible resaca.

Con especial tono de voz, preguntó ella:

—¿Y nada más?

—¡Oh!, y una chica preciosa.

En aquel momento llamaron a la puerta. Babs salió de la cama y se cubrió con la bata de Dick.

—¿Quién es?

—El té, señora —contestó el portero.

—Un momento.

Fue hacia la puerta, anudándose el cinturón de la bata. Cuando cogió la bandeja, vio sobre ella dos periódicos doblados.

—He pensado que querrían el *Express* y el *Mail*, señora.

—¡Oh!, gracias.

Cerró la puerta, deseando que el portero no hubiese sido tan servicial. Los periódicos de la mañana era lo que menos quería en aquellos momentos.

Fue a la ventana y descorrió las cortinas. La habitación se llenó de sol, iluminando la simplicidad de los muebles. Una ligera neblina flotaba sobre los árboles de Hyde Park.

Oyó a Blamey que murmuraba: «Pobre, pobre Brenda. Encontraré al que lo hizo y le mataré».

—Dijiste eso mismo anoche.

—¿Sí? Pues lo vuelvo a decir hoy.

—¿No sería mejor que ayudaras a la policía a buscar al culpable?

El negó con la cabeza.

—¡Ellos creen que fui yo!

—Si vas y se lo explicas todo, comprenderán que están equivocados.

—Lo comprenderán sin que yo me entregue. He estado casado con Brenda durante veinte años.

—Rich, dime una cosa: ¿quién pidió el divorcio, tú o Brenda?

—Discutimos el asunto, pero fue ella quien lo pidió. ¿Por qué?

—No me consideres entrometida, pero, ¿qué motivos alegó?

—Crueldad, pero fue una comedia, naturalmente. Los abogados se inventaron cada una de las palabras de la evidencia.

—¿Cuál fue?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuál fue la evidencia? ¿Qué clase de crueldad? No creas que me meto donde no me importa; te lo estoy preguntando por una razón.

El dejó la taza de té, sin haberlo probado siquiera.

—Empiezo a comprender por qué lo preguntas. A mí aún no se me había ocurrido. Algunas partes de la demanda de Brenda me presentaban..., bueno, como una especie de sádico.

—¿Y tú no te defendiste?

—Claro que no. Los dos queríamos el divorcio. Ninguno de los dos quería esperar a conseguirlo por causas de deserción.

—¿Quieres decir que Brenda declaró bajo juramento que todo aquello era verdad? El asintió.

—Los abogados le dijeron que tenía que hacerlo si quería conseguir el divorcio. Estoy seguro de que ni siquiera comprendió la mitad de las declaraciones.

—Rich, tienes que ir a ver a esos abogados y obligarles a decir que nada era verdad, que se lo inventaron.

—Jamás consentirían en hacerlo. Les expulsarían del Colegio de Abogados.

—Idiota, ¿qué te importa que les expulsen del Colegio de Abogados? Sabes lo que van a hacer contigo, ¿no? A ti te expulsarán de la vida con ayuda de un verdugo. ¡Recobra tu maldito sentido común, por amor de Dios!

—Vamos, no te exaltes, Bárbara, no te exaltes.

—Esto es lo que te dirá el verdugo cuando te ponga la cuerda alrededor del cuello.

—Bárbara, te estás poniendo histérica. La pena de muerte va a ser abolida. El verdugo se quedará sin empleo.

—¡Magnífico, magnífico! —replicó ella—. El verdugo irá a engrosar la lista de los parados. ¿Donde crees que estarás tú entonces? Te estarás pudriendo en la cárcel, cumpliendo cadena perpetua. Ahí es donde estarás.

—¡Cálmate, Bárbara, cálmate!

Estaba tan furiosa contra él que le clavó las uñas en los brazos, desde el hombro hasta el codo, dejándole una raya amoratada salpicada de puntitos de sangre.

—¡Basta ya!

—¡No, no! No te dejaré en paz hasta que vayas a ver a esos abogados y les obligues a decir la verdad.

El dolor impulsó a Blamey a apartarse de las uñas de Babs, pero aquel movimiento hizo que aún le penetraran con más fuerza en la carne. Logró desasirse de ella y se acercó al espejo del armario para ver los arañazos que le había hecho.

—Supongo que te darás cuenta de que si me pillan tendré que explicar cómo ha sido esto.

—Les diré que fui yo —replicó ella—, y les explicaré por qué lo hice.

Se acercó a él con una botella de agua de colonia que llevaba siempre en el bolso.

Derramó unas gotas sobre su hombro para desinfectarle las heridas.

El escozor le hizo dar un respingo.

—Si puedo pedir prestada mi bata, me gustaría ir al cuarto de baño —dijo.

—¿Pido el desayuno mientras tanto? —preguntó ella.

—Yo no quiero, pero pídelo para ti si quieres.

—¿Desde cuándo no has comido?

—Desde anteayer. ¿Qué importa eso?

—¡Tienes que comer algo!

El buscaba algo en su bolsa.

—¿Me has traído la máquina de afeitar?

—Está aquí.

—Gracias.

—Siento haberme enfurecido.

—No te preocupes. Comprendo tu estado de ánimo.

—No te entretengas demasiado —dijo ella—. Creo que lo mejor sería que nos marchásemos de aquí. Tengo miedo. Más que miedo, terror.

Cuando él hubo cerrado la puerta del baño, Bárbara se metió de nuevo en la cama y sacó los dos periódicos de debajo de la almohada. El crimen de Leicester Square figuraba en la primera página de ambos, del *Express* y del *Mail*. Ambos mencionaban que la mujer asesinada había sido la esposa «del ex jefe de escuadrón Richard Blamey, DSO, DFC y abogado, y del cual había obtenido el divorcio». Los dos periódicos publicaban fotografías de Brenda y de la fachada de su oficina, tomada esta última desde Leicester Square.

Ninguno de los dos periódicos llevaba una fotografía de Richard, aunque ambos debían tenerla en sus archivos de la época de la guerra. Aquello quizá podía dar a entender que era considerado el único sospechoso.

Aún estaba leyendo uno de los periódicos cuando oyó a Richard. Volvió a ocultarlos debajo de la almohada.

—Dentro de diez minutos nos subirán café y tostadas —anunció.

Mientras él se vestía, Bárbara se puso la bata para ir, a su vez, al cuarto de baño. Cuando volvió, ya habían traído el desayuno, y Richard estaba leyendo uno de los periódicos.

—¿Por qué has escondido los periódicos bajo la almohada?

—Te has dejado la máquina de afeitar en el lavabo.

—Gracias.

Los periódicos de la mañana daban muchos más detalles del crimen que las versiones de los de la noche anterior. Richard leyó hasta la última palabra.

—¿Por qué has escondido los periódicos? —repitió.

Ella estaba sentada frente al tocador, abrochándose el sostén. Movié la cabeza con desaliento.

—Lo siento —dijo—. Quería ahorrarte un mal rato.

—Comprendo.

—Salgamos de aquí, Rich, y tomemos un café en cualquier otra parte.

—Muy bien —accedió él.

Descolgó el vestido de Bárbara y le ayudó a ponérselo.

—¡Ya! Estás preciosa.

—Quizá resulte un tanto sospechoso que yo salga vestida con el mismo traje de cuando llegamos.

—¡Eso no tiene importancia!

Ella se alisó la falda, dio un toque final a las solapas y recogió la bata de él, que metió, doblada, en la bolsa.

—Haces mi equipaje como si lo hubieras hecho toda tu vida —observó él.

—Y no me importaría seguir haciéndolo —replicó ella.

Él pensó que era más cortés no hacer ningún comentario, y se dirigió a la ventana. La niebla ya no envolvía los árboles de Hyde Park. Encendió un cigarrillo.

—¿Me das uno, por favor?

—Perdona.

Encendió otro y se lo dio. Después Babs cerró la bolsa.

—Bien. ¡Ya está! —dijo Bárbara—. Ya podemos irnos.

—Sí, será lo mejor.

Blamey cogió la bolsa y echó la última mirada a la habitación, mientras ella le quitaba un hilo de la solapa.

—Dejaré esta bolsa en Victoria. ¿Dónde quieres que te deje a ti, Bárbara?

«Me compara con su equipaje —pensó ella—, pero primero es su bolsa. ¿Tan poco significa para él? Aunque, en verdad, si una se entrega a un hombre sin que éste se lo pida, es de esperar que la trate de cualquier modo, como si fuera una maleta. Puede que sea injusta con él, teniendo en cuenta lo que está pasando. En realidad, el pobre está sobreponiéndose continuamente a su problema». Y fingió tomarlo a broma.

—Puesto que dejas la bolsa en Victoria, podrías dejarme a mí en la oficina de Objetos Perdidos.

Él se echó a reír al tiempo que le daba un pellizco. Salieron de la habitación y se dirigieron a las escaleras por el pasillo alfombrado.

—Tú no te perderás nunca, Bárbara.

—No estoy muy segura —dijo ella—. Me siento desfallecer.

Esperó en la puerta mientras él pagaba la factura.

Ansiaba demorar el momento de la despedida, y por ello cuando él salió le dijo:

—Me gustaría mucho dar un paseo por el parque.

—Es una buena idea.

La cogió del brazo para cruzar la calle.

—¡Oh! —exclamó ella, deteniéndose de improviso casi delante de un autobús de la línea 88—. ¿Y el traje que mandaste a la tintorería?

—He dicho al portero que volveré a buscarlo. No lo haré, naturalmente.

—Es una lástima. Los trajes buenos cuestan dinero.

—Este no era tan bueno. La chaqueta tenía los codos remendados y los pantalones estaban muy rozados.

—Pero te servía para trabajar en un bar.

—No creo que encuentre empleo en otro bar, cariño —le dijo él cuando entraban en el parque—. Quizá trabaje en Correos, o en una lavandería.

—No digas estas cosas, por favor.

Él se encogió de hombros mientras cambiaba de mano la bolsa.

—Déjame que te ayude a llevarla, Rich.

—No pesa. Puedo llevarla yo.

Bajo los árboles del parque vieron algunas formas acurrucadas de los que carecían de hogar y que dormían a la intemperie. Varios de ellos se habían construido como pequeños refugios con las tumbonas que había por allí.

—¿Nos sentamos un poco?

—Bien.

Se sentaron en un banco, frente al Serpentine.

No había nadie a su alrededor, pues los vagabundos preferían lugares más ocultos para su descanso. El único ruido que podía escucharse era el chapoteo y los graznidos de los patos en el borde del estanque, mientras que los cisnes se deslizaban por él silenciosos y arrogantes como «Rolls Royces» entre vulgares coches utilitarios. Un par de patos salieron del agua y se acercaron a ellos con su torpeza habitual.

—¿Verdad que son graciosos? —comentó Babs.

—Sí.

Ella entrelazó sus dedos con los de él, y su mano le transmitió una cálida sensación protectora.

—Rich, ¿qué vamos a hacer?

El deseaba que dejara de usar aquel diminutivo de su nombre, pero no se lo dijo para no lastimarla. Tampoco le gustó el modo de formular aquella pregunta: «¿Qué vamos a hacer?». Implicaba una duración de sus relaciones.

«Qué diablos verá en mí —pensó—. Casi le doblo la edad, tengo una calvicie incipiente, empiezo a tener barriga y cojea al andar. No tengo trabajo y muy pocas probabilidades de tenerlo, y es casi seguro que me pescarán y me acusarán del asesinato de Brenda».

Richard Blamey lo ignoraba, pero no hacía ni diez minutos que el portero del hotel, a quien había dado buena propina, acababa de telefonar a la policía:

—Es acerca del crimen de Leicester Square. Creo que es mi deber comunicarles que acaba de salir de este hotel un hombre que concuerda perfectamente con la descripción del sospechoso. Ha pasado aquí la noche con una cualquiera y ha enviado su ropa a la tintorería, servicio urgente.

Capítulo 10

En la Brigada de Homicidios solían decir que el Funerario siempre «se hacía con el cuerpo», refiriéndose al cuerpo del asesino, no al de la víctima. Tim Oxford no daba nunca la impresión de tener prisa. Trabajaba hasta muy tarde, se tomaba muy raramente un fin de semana libre y casi nunca levantaba la voz. No le gustaba dar por sentada la culpabilidad de un sospechoso cuando ésta era demasiado evidente. Por este motivo, dudaba en firmar la orden de arresto de Richard Anthony Ian Blamey.

Realmente no encontraba demasiado lógico que un hombre, aunque éste fuera un maníaco sexual, atacara de aquella manera a la mujer con la que había estado casado durante veinte años. Generalmente estos hombres mantienen relaciones normales con sus esposas y buscan sus víctimas entre otras mujeres. Mientras pensaba esto, había mandado a buscar los documentos del divorcio de Blamey con su esposa. Los leyó con los labios apretados. A todas luces, este Richard Anthony Ian Blamey era una persona extremadamente desagradable. El caso empezaba a perfilarse.

La misión de los abogados que se especializan en divorcios es presentar al demandado, ya sea el marido o la mujer, como una persona indeseable. Tienen que obrar así, sin el menor escrúpulo, si quieren conseguir su objetivo. Puede ser reprochable, pero se trata de una realidad, y la ley acepta cínicamente esta situación.

A veces, incluso el mismo demandante protesta porque las acusaciones le parecen excesivas y totalmente arbitrarias, pero se le responde que no es cuestión de andarse con delicadezas y que, en realidad, su cónyuge no saldrá perjudicado, puesto que no se permite a la Prensa publicar la evidencia. Lo que no se dice es que la Prensa sí puede publicar el sumario del juez, lo cual hace con gran entusiasmo cuando las observaciones de éste son bastante virulentas. Esto fue precisamente lo que sucedió en el caso de Blamey, en el cuál el juez Dwayne anunció: «No siento la menor vacilación al acceder a la demanda de esta señora. Tampoco me sorprende que el marido no haya creído conveniente presentar una defensa. Según parece, se trata de un individuo excepcionalmente depravado». Estas palabras aparecieron en la mayoría de los periódicos, publicadas con impunidad porque los insultos gratuitos e irresponsables proferidos por jueces en el tribunal que presiden no pueden ser tachados de libelo.

Mientras el superintendente Tim Oxford estudiaba los documentos, el sargento Reynolds entró para decirle que en Harrow Road había recibido la información de que un hombre cojo había pasado la noche con una mujer en un hotel de Bayswater Road, que había mandado su chaqueta y los pantalones a la tintorería con carácter de urgencia y que no había salido de la habitación hasta que se fue del hotel a primera hora de la mañana. El portero del hotel había dicho que la chaqueta y los pantalones coincidían perfectamente con las prendas que llevaba el hombre descrito por Mónica Barling. Este individuo había firmado en el registro del hotel con los nombres de «señor y señora Benson», y había dicho que volverían más tarde para recoger el traje

de la tintorería.

A medida que avanzaba la mañana, el *dossier* del crimen de Leicester Square se fue haciendo más voluminoso, y por consiguiente, más detectives, fueron asignados a distintos sectores de Londres. De los dormitorios del Ejército de Salvación, en Middlesex Street, E, 1, llegó la información de que un hombre llamado Richard Blamey había pasado allí la noche anterior al día del crimen. Vestía la chaqueta de montar con los codos remendados y los pantalones que se describían en los periódicos. No cabía la menor duda de que se trataba de Richard Blamey, ya que el Ejército de Salvación observaba estrictamente la regla de que todos sus huéspedes entregaran su documento de identidad.

El superintendente Oxford escribió otra nota: «El sujeto paga seis chelines por una cama en el dormitorio del Ejército de Salvación el lunes por la noche, el mismo día que ha sido despedido de su trabajo, lo cual quiere decir que no llevaba dinero encima. Al día siguiente, por la tarde, toma una habitación doble de siete guineas en un hotel de Bayswater, y paga con billetes de cinco libras». «¿De dónde —pensó el Funerario— podía haber sacado el dinero?».

Dio instrucciones para que analizaran en el laboratorio los billetes con que «Benson» había pagado el hotel, y así cerciorarse de que procedían del monedero de la víctima. Esto podía ser fácilmente determinado por partículas de cosméticos adheridas al papel de los billetes.

Poco después el gerente de El Milagro Moteado llamó por teléfono e insistió en que quería hablar personalmente con el superintendente Oxford. Le dijo que su camarera aún no había regresado y que temía que le hubiera sucedido algo. Oxford no pudo negar que Félix Hope-Forsythe ya le había advertido que Bárbara Milligan podía ser la siguiente víctima, y que no le había prestado demasiada atención cuando Forsythe expresó sus temores la tarde anterior. No obstante, el Funerario pudo terminar con los presentimientos del encargado de El Milagro Moteado. Tenía noticias fidedignas de que la camarera había pasado la noche en un hotel de Bayswater, y que había salido de allí aquella mañana. No, no podía facilitarle el nombre del hotel ni ninguna otra información. Si la joven había dejado su ropa en la cervecería, él, el superintendente, no tenía la menor duda de que volvería para recogerla. Las jovencitas abandonan a menudo su virtud, pero nunca su vestuario.

Aquella misma mañana, Bárbara habló con Richard de ir o no a recoger su ropa.

—No puedo volver a mi trabajo —le dijo—. Forsythe adivinará que he pasado la noche contigo e igualmente lo pensaría, aunque no fuese cierto. Su mentalidad es de esta clase.

Se hallaban cerca del más pequeño de los dos puentes bajo un sauce que mecía sus verdes, ramas en el agua. Dos cisnes se deslizaban por la superficie del lago. En contraste, un ridículo ser se acercaba corriendo con paso deportivo desde un embarcadero; llevaba un chándal azul pálido y zapatillas de lona. Su rubicundo rostro se parecía al de una jarra Toby, con la salvedad de unas espesas patillas y un bigote de

puntas extremadamente levantadas.

Bárbara se rio.

—Creía que ya no se veían tipos así. ¿De dónde se habrá escapado? ¿De Colney Hatch?

—Me recuerda al abuelo de alguien que yo conocía dijo Richard.

El hombre del mono, bastante gordinflón, jadeó un «¡buenos días!» al pasar junto a ellos, pero unos pasos más allá se detuvo en seco y dio media vuelta.

—¡Cielos! —profirió casi sin aliento—. ¡Si es el viejo Cascarrabias! ¿O no?

—¡Cielos! —repitió Richard—. ¡Johnny Dring-Porterhouse!

Bárbara se los quedó mirando mientras Johnny Dring-Porterhouse se acercaba a ellos con la mano tendida a Richard.

—¡Viejo diablo! ¿Qué estás haciendo aquí?, ¿pescando?

—Y tú, ¿qué estás haciendo? ¿Entrenándote para la Olimpiada de los Veteranos?

—El veterano serás tú —replicó Johnny—. Estoy en plena luna de miel, si te interesa saberlo.

Dick Blamey no pudo reprimir una carcajada. Su risa fue provocada tanto por el momentáneo alivio de su tensión como por el aspecto ridículo y la última observación de Johnny.

—Celebro ver que aún conservas tu sarcástico sentido del humor, Dick —respondió Johnny, un poco ofendido.

—Perdona, hombre. Me río porque estoy muy contento de verte.

Dick se dio cuenta de que Johnny repasaba a Bárbara con la mirada.

—¡Ah!, Bárbara —dijo—, te presento a un viejo amigo, Johnny Dring-Porterhouse. Johnny, ésta es Bárbara Milligan.

—Encantada de conocerle.

—¡El placer es mío, señorita Milligan! —contestó Johnny—. Por cierto que, en cuanto la vi a lo lejos, pensé que era una de esas modelos que fotografían en Vogue con el Serpentine como fondo, y que esta bolsa contenía las cámaras.

—¡Oh! —se derritió Bárbara—. ¡Qué halagador!

—Cuidado, Bárbara, ¡es un viejo lobo!

—Ya no, muchacho, ya no. Estoy en mi luna de miel, ¿sabes? De verdad.

—Felicidades. Me alegra ver que te ejercitas para estar a la altura.

Johnny rio, un poco turbado.

—Si lo dices por la indumentaria —se excusó—, debo aclararte que no esperaba encontrar a ningún amigo. Es culpa de Hetty. Dice que debo perder mi exceso de grasa, y yo creo que si ha sido tan buena como para casarse con un viejo carcamal como yo, lo menos que puedo hacer es complacerla, aunque esto signifique trotar por el parque todas las mañanas.

Volvió a reírse no sin menos turbación.

—Y no me importa que se metan conmigo por el camino; lo peor es que me entra un apetito tan descomunal, que, con lo que desayuno después, recupero todo lo

perdido. Oye, ¡tengo una idea! ¿Por qué no venís los dos a desayunar con nosotros? Hetty estará encantada. Le he hablado mucho de ti, Dick. —Cambió de tono para añadir—: A propósito, supongo que te habrás enterado de lo del pobre Larry.

—Sí —contestó Dick—, he leído lo del pobre Larry.

—Terrible, ¿verdad? En realidad, ésta es la razón de que Hetty y yo hayamos venido. Aunque parezca extraño, nuestra luna de miel es incidental.

—Aunque sea extraño, también es ésta la razón, por alejada que parezca, de que yo esté en Hyde Park á estas horas de la mañana.

Johnny quedó un poco perplejo, luego miró a Dick y a Bárbara.

—Escucha, insisto en que vengáis al Dorchester a desayunar.

—En otro momento, Johnny.

—No admito una negativa, Dick.

—¿Por qué no vas, Richard? —insistió Bárbara—. Yo tengo que ir a recoger mis cosas. —Y sonriendo a Johnny—: Usted me disculpará, ¿verdad?

—No, señorita Milligan, no la disculparé —repuso con fingida severidad—. Si usted se va, me remorderá la conciencia por haber interrumpido una hermosa amistad, o algo así. —Y volvió a mirar la bolsa, como tratando de adivinar la situación.

Mientras hablaban, y Johnny procuraba persuadirles de que aceptaran su invitación, pasaron dos policías a caballo. Venían de las cuadras que se encontraban detrás del puesto de policía de Hyde Park. Se alejaron al trote, sin dedicar al curioso trío más que una rápida mirada.

—¿Qué dices? —preguntó Johnny—. Quiero hablar contigo, Dick. Me sentía tan deprimido por lo del pobre Larry, que he intentado localizarte por todo Londres. Alguien me dijo que trabajabas en una cervecería.

—También alguien me dijo que tú tenías una, en París.

—No la abro hasta el próximo mes, viejo. Esta es una de las cosas de las que quería hablarte. ¿Te gustaría trabajar conmigo?

—Mi francés deja mucho que desear.

—Escucha, majadero, la cervecería será para los turistas ingleses, no para los franchutes. La única dificultad de lenguaje que seguramente tendrás será entender los acentos de Coronation Street. ¡Eh! ¿Qué me contestas?

—¿Dónde puedo ponerme en contacto contigo?

—Estaremos en el Dorchester hasta el fin de semana.

—Muy bien, ya te llamaré.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Dring-Porterhouse, y, uniendo la acción a la palabra, se dirigió al banco y cogió la bolsa de Richard—. Venid los dos. Estamos a cinco minutos de distancia.

—Gracias, Johnny, pero no puedo. De verdad que no puedo.

Johnny se cruzó de brazos y le miró fijamente, ahora más irritado que perplejo.

—Dime, ¿qué significa esto? No te he visto hace siglos y me despachas así. ¿Es

que te he ofendido en algo?

—Richard —interrumpió Bárbara—. Vamos, ¡desembucha! ¿Qué te pasa?

—¿No leíste los periódicos anoche?

—No, no pude. Hetty y yo nos sentíamos tan deprimidos con lo del pobre Larry (no sé cómo, pero la conversación siempre acababa girando en torno suyo), que decidimos ir al centro para darnos un buen garbeo, e intentar olvidarle. No, no leí los periódicos anoche. ¿Por qué?

—¿Y esta mañana tampoco?

—No, tampoco. Pero ¿por qué?

—¿Te, acuerdas de Brenda?

—Claro que me acuerdo de Brenda. Todos los de nuestro grupo se acuerdan de ella. ¿Cómo olvidarla? Sentí mucho que vuestro matrimonio acabara mal.

—Bueno, pues Brenda fue...

—¿Brenda fue qué?

—Fue asesinada ayer.

—La cara rolliza de Johnny Dring-Porterhouse pareció coger el reflejo de las alas blancas de los cisnes que flotaban en el lago.

—¡Oh, no! ¡Dios mío, no!

—Es cierto, Johnny.

—¡Oh, Dios!, ¿qué clase de mundo es éste? —Rodeó con un brazo los hombros de Blamey—. Vamos —añadió en un tono de voz amistoso—, es preciso que vengas a ver a Hetty.

—Espera un momento —dijo Richard—. No te lo he contado todo.

—¿Qué más puedes decirme?, como no sea el nombre de quien lo hizo. Tengo entre mis cosas un revólver americano del 45. Dime quién es el culpable y te juro que le salto la tapa de los sesos.

—Según parece, la policía cree que lo hice yo.

—Johnny le miró atónito mientras dejaba caer la bolsa al suelo.

—¿Que creen que lo hiciste tú? No había oído una barbaridad tan grande en toda mi vida.

—Pues así es, Johnny.

Johnny recogió la bolsa, sacudiendo la cabeza.

—Venid al hotel. Tenemos que hablar de todo esto.

Bárbara dirigió a Dring-Porterhouse una mirada de inmensa gratitud. Ya no le parecía una figura ridícula, un sujeto escapado del manicomio, sino un ser humano en quien se podía confiar.

—Yo me marchó, si no le importa —titubeó—. Esto es tan... íntimo, que sólo les estorbaría.

—No, usted también viene. Está bien claro que es algo más que una amiga.

El portero del Dorchester no levantó siquiera una ceja bajo su sombrero de copa con escarapela cuando vio entrar al señor Dring-Porterhouse, luciendo su chándal y

cargado con una bolsa, en compañía de un hombre cojo y de una chica con un vestido de seda, zapatos forrados de encaje y un sombrero de pétalos de flores, aunque fueran sólo las ocho de la mañana.

Capítulo 11

—¡Hetty! ¡Hetty! —llamó Johnny en cuanto hubo abierto la puerta de la *suite*.

Bárbara se quedó rezagada detrás de Richard, pero Johnny le dio un amistoso empujón.

—Vamos —le dijo—, no sea tímida.

Repitió su llamada:

—¡Hetty! ¡Adivina quién está aquí! —y volviéndose hacia Richard y Bárbara, les invitó—: Poneos cómodos mientras averiguo qué está haciendo el ama de la casa.

Entonces se oyó la voz de Hetty, desde uno de los dos cuartos de baño.

—¿Eres tú, querido?

—¡Sí, soy yo! —contestó él—. Con un séquito.

—¿Con qué?

Hetty apareció al mismo tiempo que formulaba esta pregunta. Llevaba lo que se suele llamar un *peignoir*, de voluminosas mangas y faldas de amplio vuelo, orlado de visón, que arrastraba por la alfombra.

Su segundo matrimonio parecía haberle otorgado una segunda floración de su juventud. Su aspecto era el de una mujer que acababa de salir de la peluquería. El pelo, antes plateado, tenía ahora reflejos azules. Los ojos le brillaban, y costaba creer que había sido modelo en los tiempos en que aún se utilizaba la palabra maniquí. No dio la impresión de estar en absoluto incómoda ante la irrupción de aquellas dos personas totalmente desconocidas, y a aquellas horas de la mañana.

—¡Oh! ¡Hola! —exclamó.

—Hetty, querida, ¿verdad que me has oído hablar de Dick Blamey? Pues es éste. Y esta deslumbrante señorita es su amiga, Bárbara Milligan.

—Encantada de conocerla —dijo Bárbara—. Espero que no seamos inoportunos.

—Johnny nos ha secuestrado —se disculpó Dick.

—Siéntense, por favor —les invitó Hetty.

Bárbara se sentó en el borde de una silla, con la sonrisa de cuando uno se sabe un intruso.

—¡Qué vestido tan bonito!

Bárbara estiró unas arrugas invisibles de su falda.

—¿Le gusta?

—Es precioso, querida. Shantung, ¿verdad?

Bárbara asintió, satisfecha y agradecida a aquella mujer madura que intentaba ayudarle a vencer su timidez. Hetty dijo a Johnny:

—Desaparece, cariño, y ponte un traje de persona mayor.

—Está bien —obedeció Johnny—. No tardo ni un minuto.

—Y no olvides pesarte cuando te hayas duchado —le recomendó ella.

—¡Roger! —la apostrofó Johnny.

Hetty advirtió la sonrisa que intercambiaron Bárbara y Richard, y sonrió a su vez.

—A veces creo que me he casado con un colegial algo crecidito para su edad —comentó, sonriendo con una innegable satisfacción—. Bueno, esto es una sorpresa muy agradable. Díganme, ¿cómo han encontrado a Johnny?

—Ha sido Johnny quien nos ha encontrado a nosotros, y corriendo —explicó Richard— por la orilla del Serpentine.

—¡Oh! ¿De verdad estaba corriendo? A veces sospecho que me engaña y que va a los baños turcos.

Se acercó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué quieres para desayunar?

—Todo lo que haya —dijo la voz de Johnny—. Estoy hambriento.

—Ahora engordará unos cuantos kilos —comentó Hetty, dirigiéndose a ellos—. Naturalmente, los dos se quedarán a desayunar, ¿verdad?

—Es usted muy amable, señora Dring... —empezó Bárbara.

—Por favor, no gaste saliva diciendo mi nuevo nombre, querida —protestó Hetty—. Es demasiado largo. Cuando oigo a la gente llamándome señora Dring-Porterhouse, me siento como una parrillada mixta. Llámeme sólo Hetty.

—Es usted muy amable, Hetty, pero creo que ahora debo irme —dijo Bárbara.

—Tonterías —repuso Hetty, mirando a Richard—. ¿Es cierto que tiene que irse?

—No, que yo sepa.

—Asunto concluido, pues.

Hetty pidió desayuno para cuatro. Richard se levantó y fue a la ventana. Más allá de los plátanos y los tilos, cerca de los olmos y de los sicómoros de la parte del Serpentine que da a Knighisbridge, una división de caballería estaba ensayando un paso al son de la música. Los cascos centelleaban a la luz del sol y las plumas de los cascos se movían con cadencia.

Bárbara se aproximó a él.

—Desde aquí parecen soldados de juguete, ¿verdad? —le susurró, y añadió acto seguido—: Creo que no está bien que yo me quede.

—Bonito panorama, ¿verdad? —comentó Hetty.

—Muy bonito —asintió Bárbara.

Desde allí no se veían los cubos de basura, ni las botellas de Coca-Cola tiradas en los parterres de rosas que bordean el Dell; ni los vagabundos bajo sus tiendas de campaña improvisadas. Desde aquella altura, el suelo se veía verde y acogedor, como si en él no pudieran alojarse las lágrimas y el esfuerzo, la miseria y el crimen. Por lo menos, no en este lado del parque.

—Usted conocía a Larry, claro —dijo Hetty.

—Sí, conocía a Larry —repitió Richard.

—Amaba tanto la vida —murmuró Hetty—. Era la última persona de este mundo a quien hubiera creído capaz de hacer una cosa así.

—Siempre lo hacen las personas de quien menos se espera. Pero tenga en cuenta que lo encerraron en un lugar en donde a cualquiera se le puede ocurrir esta idea.

—Johnny dice que no ha sido un suicidio, sino un asesinato cometido por esos de Carey Street y sus compinches.

—No anda muy equivocado.

En aquel momento reapareció Johnny Dring-Porterhouse. Lucía unos pantalones de franela de un gris sobrio y clerical, y una chaqueta deportiva de Tweed Harris que parecía un desecho de la indumentaria teatral del difunto señor Max Miller.

—¡Creo haberte dicho que te pusieras ropa de persona mayor! —protestó Hetty—. Pareces un personaje del muelle de Blackpool.

—Esta ropa es de adulto —replicó Johnny—. A decir verdad, es el primer atuendo de conquistador que he tenido.

Dick se echó a reír.

—¡Pues es verdad! Lo llevabas cuando íbamos a Lincoln en el vagón del amor, y solías fascinar a las chicas del Ejército de Tierra.

Johnny se sobresaltó, temiendo que Dick hiciera picantes revelaciones sobre su vida pasada, las cuales le pondrían en un aprieto frente a su actual cónyuge.

—¡Vagón del amor! —repitió Hetty—. ¿Tendréis la bondad de explicarme qué es eso de vagón del amor?

—Era el camión que llevaba a los aviadores a Lincoln.

—¿Para recoger a las chicas del Ejército de Tierra?

—Dábamos a la operación el nombre de reconocimiento de objetivos de oportunidad —aclaró Dick.

—Eres un bastardo —rio Johnny—. ¡Me estás delatando!

—Otro día me contarás tu éxito con las chicas del Ejército de Tierra, cariño —dijo Hetty, fingiendo enfado—. ¡Adelante!

Entró el camarero con el carrito del desayuno. Johnny se frotó las manos con satisfacción.

Doblados sobre la bandeja inferior del carrito, estaban los periódicos de la mañana.

Hetty, mientras servía el café, dijo:

—Johnny y yo estábamos preocupados por Larry; en realidad vinimos aquí para ver qué le pasaba, en vista de que no contestaba a nuestras cartas. ¿Azúcar, querida?

—No, gracias —repuso Bárbara.

—Ha sido un golpe tremendo —continuó Hetty.

—Dick está sufriendo uno todavía peor —le interrumpió Johnny, y alargó la mano para coger la azucarera.

—Cariño, ¡tú no tomas azúcar!

Johnny se encogió de hombros.

—Está bien, no tomo azúcar.

—¿Qué quieres decir con eso de que Dick está sufriendo un golpe todavía peor? ¿Puede haber algo peor?

—¿Recuerdas que en algunas ocasiones te había hablado de Brenda?

—¿Brenda? Espera..., ¿no se casó con uno de vosotros?

Johnny señaló a Dick.

—Con él. Cuéntale tú el resto, Dick.

—Lo siento, pero no puedo.

—¡Pero si me lo contaste tú, Johnny! Os divorciasteis, ¿no? —preguntó Hetty a Dick—. Bueno, es lamentable, pero incluso las personas más encantadoras suelen divorciarse.

—Yo no me refería al divorcio, cariño —dijo Johnny.

Una vez que hubo llenado todas las tazas, Hetty se sentó y tomó un sorbo de zumo de pomelo.

—Bien, no te referías a su divorcio; ¿a qué entonces?

—Johnny está intentando explicarle que... —Dick Blamey cogió los periódicos y añadió—: Está en las primeras páginas.

Hetty cogió un periódico y repasó los titulares. En seguida empezó a leer las dos columnas del artículo, separadas por una gran fotografía de Brenda Blamey. A los pocos momentos dejó caer el periódico sobre sus rodillas.

—¡Dios mío!, ¿cómo pueden suceder estas cosas? ¡Le ruego que me perdone! ¡Cuánto he charlado! Perdona, no lo sabía. Johnny, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Cariño, no lo he sabido hasta que Dick me lo ha indicado.

Hetty se levantó y encendió un cigarrillo.

—Está visto que las malas noticias siempre vienen juntas. Primero Larry, y ahora esto. ¿No es horrible?

—Dick está convencido de que la policía sospecha de él —dijo Johnny.

—¿Qué?

—Cariño, no soy capaz de repetirlo —contestó Johnny—. Ya me has oído.

Hetty empezó a toser, y apagó el cigarrillo.

—No estoy acostumbrada a oír estas cosas. Dick, puesto que Johnny no habla con coherencia, explíquemelo usted. ¿Quién supone que lo hizo?

—La policía cree que fui yo.

—¡Oh, qué absurdo!

—Le sugiero que lea todo el artículo.

Hetty cogió de nuevo el periódico y se puso a leer. Todos la miraban mientras leía el artículo entero. El café se enfriaba, y el desayuno seguía intacto.

—Dice que la policía quiere interrogar a un hombre de estatura mediana, que viste una chaqueta de montar con codos remendados y que camina cojeando. ¿Y qué?

—Hetty dejó otra vez el periódico y repitió la pregunta—. ¿Y qué?

—Es posible que usted no lo haya notado, Hetty, pero yo sufro de un ligero cojeo —dijo Dick Blamey.

—Pero no lleva una chaqueta de montar con los codos remendados.

—La llevaba ayer.

—¿Y qué más?

—Que ayer fui a ver a Brenda. Debió ser poco después de... de lo sucedido. Encontré cerrada la puerta de la calle y me marché. La secretaria me vio en aquel momento y afirma que yo salía del edificio, después de cerrar la puerta. Probablemente está convencida de que es la verdad.

—¿Y lo es?

—Naturalmente que no.

—Entonces, ¿de qué se preocupa?

—Me preocupa el hecho de que puedan creerla a ella y no a mí.

—En este caso, amigo mío, yo me presentaría a Scotland Yard, y sin pérdida de tiempo.

—Lo mismo que le he estado aconsejando yo —intervino Bárbara.

—No es tan sencillo —dijo Dick, levantándose de la mesa y empezando a pasear por la habitación—. Hay otras circunstancias que pueden hacerme aparecer como sospechoso ante la policía.

La frente generalmente lisa de Hetty se arrugó.

—¿Qué está intentando, Dick? ¿Ser su propio fiscal? —se volvió hacia Johnny—. Cariño, ponte inmediatamente un conjunto respetable para que no les parezcas un auténtico payaso y vete con Dick a Scotland Yard en un taxi. Esto es absolutamente ridículo.

Johnny se levantó. Todos se quedaron mirando a Dick.

—¿Qué dices a eso, Dick?

—Que no voy.

—Tienes que ir —dijo Bárbara.

—No iré.

—Vamos, vamos, Dick —intervino Johnny en tono conciliador—. Nos bastarán unos minutos para dejar a estos bastardos con un palmo de narices.

—No quiero ir, Johnny.

—Pues irás.

—No iré, y es mi última palabra.

Bárbara y Hetty guardaron silencio mientras los dos hombres discutían.

—Siempre fuiste un condenado tozudo —le echó en cara Johnny, tratando deliberadamente de provocarle—, pero nunca supuse que fueras un cobarde.

—Si enfrentarme a los hechos me hace un cobarde, entonces soy un cobarde.

—¿Qué quieres decir con eso de enfrentarte a los hechos? El único hecho importante es que te atribuyen un crimen que no has cometido. Y por eso tenemos que ir a ver a esos imbéciles de Scotland Yard y aclarar sus retorcidas mentes.

—Si esto hubiera sucedido una semana antes, estaría de acuerdo contigo —replicó Dick—. En realidad ya hubiera ido anoche mismo, con sólo enterarme de la noticia.

Johnny Dring-Porterhouse encendió un cigarrillo tras ofrecer otro a Dick, el cual lo rehusó.

—No lo entiendo —dijo Johnny—. ¿Qué diferencia hay entre esta semana y la pasada? No hubieras sido menos culpable entonces que ahora.

—La diferencia está en Larry Wellington.

Johnny dio un furioso tirón al blanco manillar de su bicicleta de gimnasia.

—Mira, a todos nos ha afectado mucho la muerte del pobre Larry, pero no veo qué relación tiene ésta con tu decisión de no recurrir a la ley. Los policías no son todos idiotas, ¿sabes?

—Lo sé perfectamente.

—Entonces, vamos. Cogemos un taxi para ir a Scotland Yard. Tengo una idea: antes tomaremos un trago, que a mí ya me está haciendo falta.

—No, gracias. No quiero ir, Johnny.

—Pues si tú no quieres beber, no lo hagas, pero te voy a llevar a rastras con tu pata coja hasta Scotland Yard, aunque sea lo último que haga.

—Yo en tu lugar, Banger, limitaría mis ejercicios físicos a corretear por el parque.

—Escucha, Dick, dime una cosa antes de que te rompa el hueso de la nariz. ¿Qué tiene que ver el pobre Larry con tu negativa de presentarte a la policía?

—Si sólo fuera cuestión de presentarme, no tendría ningún inconveniente, pero la cosa no terminará ahí. ¿No comprendes que soy el único sospechoso?

—Muy bien, muy bien —respondió casi exasperado Johnny—, eres el único sospechoso, pero la acusación no puede probarse.

—Ni siquiera de eso estoy seguro. Les creo capaces de todo. Y aun suponiendo que carezcan de pruebas, me encerrarán igualmente, y ya sabes qué significa esto: una celda en Brixton, húmeda, lóbrega y maloliente, el lugar que llevó a Larry a quitarse la vida. No, Johnny, hace una semana esto no me hubiera importado, pero hoy, sí. Y no se trata solamente de Larry, no te preocupes, yo no haría lo mismo que él, pero ¿tienes idea del efecto que esta situación produciría en mi actual estado de ánimo? Estoy esforzándome por conservar mi cordura, trato de actuar con normalidad, de reírme de los chistes, de no pensar en lo ocurrido a Brenda, pero si me encierran en una de las celdas de Brixton durante las veinticuatro horas del día, acusado de matar a la mujer que he querido, te juro por Dios que me volveré loco, furioso.

—Te comprendo —murmuró Johnny, y se fue hacia la ventana haciendo sonar las monedas en su bolsillo.

—Por favor, Hetty, sírreme algo de beber —dijo Johnny, sin volverse.

Hetty estaba a punto de romper a llorar.

—¿No es un poco temprano para empezar a beber, cariño? —le preguntó.

—¡Oh! Por el amor de Dios, ¡deja ya de sermonearme! —chilló Johnny—. Dame algo de beber o me lo sirvo yo mismo.

—¡Johnny! —exclamó ella.

—Está bien, lo siento, pero ahora un trago me hace verdadera falta.

—Creo que sería mejor que Bárbara y yo nos fuéramos —sugirió Dick Blamey, al

tiempo que conducía a Bárbara hacia la puerta. Pero Hetty se les interpuso.

—Lo lamento, Hetty —insistió Dick—. No teníamos que haber venido. En realidad lo hicimos porque Johnny insistió. Sé que su intención era buena, pero no podéis hacer nada ninguno de los dos.

Hetty parecía muy acongojada.

—Dick, te lo ruego, no os vayáis.

Bárbara sollozaba apoyada en el hombro de Richard. Este se encogió, lleno de desaliento.

—Bueno, nos quedaremos.

A los pocos momentos, el camarero vino a recoger el carrito del desayuno, pero al verlo intacto, dirigió una mirada inquisitiva a Hetty.

—¿No ha sido de su gusto el desayuno, señora?

—Es culpa nuestra, no del desayuno —explicó Hetty—. Todos tenemos una terrible resaca.

El camarero sonrió mientras se llevaba el carrito.

Cuando hubo cerrado la puerta, Hetty dijo llena de irritación:

—¿Por qué he de disculparme por no haber probado su comida? —se volvió hacia Bárbara, que seguía llorando—. Querida, ¿y si fueras a mi habitación y descansaras un rato? Te sentirás mucho mejor.

—Gracias, creo que tienes razón.

Hetty acompañó a Bárbara y se quedó con ella unos minutos, durante los cuales ninguno de los dos hombres habló. Hetty volvió con una actitud de forzada alegría.

—Bien, señor Dring-Porterhouse, ¿no me había pedido algo de beber?

—En efecto.

—¿Tú también, Dick?

—Gracias, pero creo que si bebiera una gota de agua, volvería a emborracharme.

Hetty sirvió una copa a Johnny.

—¡Salud! —dijo éste.

—Ya lo oyes —comentó Hetty—. Empieza a ensayar su español para la taberna de París.

—Se me había olvidado, cariño; antes le sugerí a Dick que trabajase conmigo en París. Necesitaré a alguien de confianza, ¿no? ¿Tú qué opinas?

—Me parece una cosa estupenda —repuso Hetty—, pero lo que me preocupa es el momento presente y el apuro en que está metido Dick.

—Escucha, yo podría ir a ver a ese superintendente —sugirió Johnny—, y explicarle la situación; decirle que Dick no sólo está dispuesto, sino incluso impaciente por ayudar en lo que sea, y que consentirá en presentarse ante él... con la condición de que se comporten correctamente y no le encierren en una celda.

—¡Oh, no seas absurdo! —dijo Hetty.

Johnny, en ademán de desesperación, dobló el brazo, con la palma de la mano hacia arriba y los dedos extendidos.

—¿Tú comprendes lo que quiero decir, Dick? —después, dirigiéndose a Hetty, le chilló—: ¡Era sólo una sugerencia, cariño!

—Muy bien, perfecto, olvídala —replicó Hetty.

—Escuchadme —dijo Dick—, se supone que estáis en vuestra luna de miel. No tenéis necesidad de complicaros en un horrible asunto como éste. Tengo que enfrentarme yo solo con la situación. Nadie, ni vosotros, puede ayudarme.

Johnny carraspeó.

—Dick, ¿te acuerdas de los viejos tiempos, cuando nos elegían para una misión peligrosa? A veces lo hacían veinticuatro horas después de otra de la que habíamos vuelto considerándonos endiabladamente afortunados. Entonces teníamos que esperar una hora, e incluso dos, antes de que nos dieran la orden de despegue.

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué?

—¿No crees que aquel rato siempre era el peor? Al menos para mí, sí lo era. Tenía necesidad de ir al lavabo cada cinco minutos. Pero, una vez a bordo y en vuelo hacia el objetivo, ya me sentía bien. ¿No te ocurría lo mismo a ti?

—Por supuesto, pero ¿por qué me lo recuerdas ahora?

—Porque, ¿no te parece que ésta es una situación similar? Tú estás en tensión, imaginándote cosas que posiblemente no resulten tan horribles como crees. ¿Por qué no te haces a la idea, despegas y vas a ver a ese Oxford? Seguro que te sentirás increíblemente mejor.

—Estás hablando como si no vieras más allá de tus narices, Johnny. Ese paralelismo no existe. Cuando esperábamos la orden de despegue para una misión, sabíamos perfectamente lo que teníamos que temer. En la situación actual carecemos de la menor, pista, y no voy a exponerme a que me encierren en una celda.

—Pero, Dick, muchacho, estás actuando como si fueras culpable.

—Johnny, están convencidos de que lo soy.

—Estar convencidos es una cosa, y probarlo es otra.

—Sí, claro —dijo Dick—. Pero la prisión es segura. Sabes muy bien que no hay fianza que valga cuando hay una acusación de asesinato.

—Dick tiene razón al no querer presentarse —declaró Hetty—. ¿Qué te pasa, Johnny? Hace pocos minutos estabas de acuerdo en que era mejor que no fuera, y ahora está diciendo lo contrario.

—Bueno, bueno, ¡estoy equivocado otra vez! ¿Qué quieres que haga entonces? ¿Que les escriba una carta?

Hetty puso sobre la mesa su copa de champaña vacía.

—Pues, te diré, no sería mala idea —respondió.

Capítulo 12

El superintendente Tim Oxford continuaba reacio a firmar la orden de arresto de Blamey, No le cabía la menor duda de que si introducía todos los hechos conocidos en una computadora, la máquina pronunciaría un veredicto de culpabilidad. Pero Tim Oxford no era una computadora, sino un oficial inteligente y concienzudo.

Lo que más le preocupaba eran los documentos del caso de Richard Blamey y la señora Blamey.

Ella había conseguido el divorcio y el juez había calificado a Blamey como un sujeto totalmente depravado. Sin embargo, transcurridos apenas dos años después del caso, la señora Blamey había invitado a cenar a aquel individuo indeseable.

Este hecho, en opinión de Tim Oxford, constituía el talón de Aquiles gracias al cual podía refutarse la acusación de asesinato. En este punto se hallaba en completo desacuerdo con sus colegas. Incluso el comisionado y el fiscal supremo disentían de su opinión, y la carta de Blamey no hizo sino corroborar sus sospechas; se trataba de un nuevo Neville Heath.

—Si este hombre es inocente, ¿por qué tiene miedo de venir a declarar? Contésteme a esto.

—Dice en su carta qué...

—¡Oh! Ya sé. Dice en su carta que sabe que será acusado de asesinato, y aunque de momento quedara probada su inocencia en el juicio, siente una aversión especial por verse confinado en una celda. Es una lástima, porque eso es precisamente lo que va a ocurrirle.

—Dice que en una celda se volvería loco.

—Bien, entonces podrá aducir perturbación mental en el juicio.

—¿En su opinión, señor, Blamey es el culpable?

—Por lo menos, todo en él me parece sospechoso. Si es que usted no tiene otro candidato más convincente en perspectiva.

—En lo que se refiere a Blamey, señor, se ha comprobado que pasó la noche con la camarera de El Milagro Moteado. Mandé allí a un agente para que la interrogara cuando fuese a recoger su ropa. No había sufrido ningún daño, por lo menos de imputabilidad criminal.

—Esto no prueba nada —dijo el comisionado—. Después de matar a Margery Gardner, Heath pasó la noche en un hotel de Worthing con una chica, sin hacerle nada. La siguiente ya no tuvo tanta suerte.

Tim Oxford apretó los labios. El nuevo comisionado le estaba resultando antipático. ¿Estaría tratando, como el encargado de El Milagro Moteado, de alardear de sus conocimientos de criminología sólo porque había leído unos cuantos casos ocurridos con anterioridad? ¿Por qué limitarse a Neville Heath? ¿Por qué no remontarse a Smith, y las Novias en el Baño? Sacar a relucir los archivos sobre Neil Crean y Jack *el Destripador*...

De todas formas no dijo nada, aunque le irritaban aquellas suposiciones que él calificaba como procedentes de la Escuela de Verano de la investigación criminal; aquella manía de establecer paralelismos entre un caso y otro.

—¿Dónde dejó a Blamey esta chica, la camarera?

—Según ella, en la puerta del hotel.

—¿No ha dicho nada de adonde pensaba dirigirse él?

—Nada absolutamente, señor.

—¿Ha dejado su empleo?

—Sí, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Dijo que se iba a vivir con una hermana que tiene en Stockwell, hasta que encontrara otra colocación.

—¿Y ha ido allí?

—No, señor.

—Entonces ¿es que ha mentado.

—Puede haber cambiado de parecer.

El comisionado emitió un gruñido que sólo podía significar desagrado y desaprobación por el modo como se llevaba el caso. Tim Oxford pensó: «¿Quién se cree que es en realidad este sir Henry Nueva-Escoba? Está haciéndome perder el tiempo, preguntándome cosas que yo ya me he preguntado a mí mismo docenas de veces y para las cuales siempre encuentro una respuesta distinta. He llevado veintitrés casos de asesinato desde que asumí el mando de la Brigada, y veinte de ellos los he resuelto encontrando al culpable, lo cual no es un mal promedio. ¿Qué sabe del juego este funcionario civil?».

—¿Cree posible que haya vuelto con Blamey?

—Podría ser, señor.

Pero Bárbara Milligan no había vuelto al lado de Richard Blamey. Con dinero prestado por Johnny Dring-Porterhouse, Dick se había ido a París y vivía allí en un apartamento. Johnny y Hetty pensaban reunirse con él la semana siguiente. Había sido idea de Hetty.

—Después de todo —había dicho ésta—, no hay razón para que no puedas salir del país. No se trata de una huida. ¿Por qué permanecer aquí y correr el peligro de ser arrestado por algo que no has hecho?

—Hetty tiene razón —convino Johnny—. Has escrito al superintendente y le has contado la verdad. Mañana por la mañana recibirá la carta, y si, pese a todo, decide arrestarte, tú ya no estarás aquí. Cuando averigüen qué estás en París y empiecen los trámites de extradición, esos inútiles pueden ya haber dado con el verdadero culpable. ¡Quién sabe, hasta es posible que haya otra víctima!

—¡Oh, no por Dios! —exclamó Hetty.

—Estos crímenes suelen repetirse —dijo Johnny— y como Dick ya no estará en el país, no les quedará otra solución que buscar otro sospechoso, ¿no creéis?

—Tengo tan mala suerte últimamente —comentó Dick— que asesinarán a cualquier otra chica dos horas después de que yo haya bajado del avión.

—¿Y tú, Bárbara? —había preguntado Hetty—. ¿Qué vas a hacer, querida?

—No habrá problemas —dijo Bárbara—. Iré a recoger mis cosas y viviré con mi hermana un par de días. Ahora será mejor que me vaya.

Como Dick no hizo ningún esfuerzo por retenerla, Hetty tampoco intentó disuadirla.

—Es una buena chica —comentó una vez se hubo marchado Bárbara—, pero no te conviene. —Y añadió—: ¿Conoces a Jenny Page?

—¿Jenny Page? Sí, la conocí en Sandown, hará uno o dos años. Salía con Larry.

—Ponte en contacto con ella cuando llegues a París —le aconsejó Hetty.

—Jenny vino con nosotros —explicó Johnny—. Porque Hetty, llevada por su alma samaritana, la había convencido para que volviera a salir con Larry.

—No sé cómo —dijo Hetty—, pero por lo visto tengo la suerte de influir a veces beneficiosamente en la vida de los demás.

—Pero en este caso... —replicó Johnny—. Cuando nos enteramos de lo de Larry, la pobre Jenny sufrió tal impresión, que tuvimos que llamar a un médico para que la calmara.

—En cuanto se recobró decidió volver inmediatamente a París y a su trabajo. Londres le recordaba demasiado a Larry —añadió Hetty—. Los dos le queráis mucho y habéis recibido un rudo golpe con su muerte.

—Lo mejor que podríais hacer es salir juntos y distraeros lo máximo posible —dijo Johnny.

—Creo que ahora lo más urgente es poner a Dick en un avión, y sin pérdida de tiempo —sugirió Hetty.

—De acuerdo —se avino Johnny, y fue al teléfono.

—Espero que sea una decisión acertada —musitó Dick.

—¡Claro que lo es!

Una vez hubo llamado Johnny, dijo a Dick:

—Te he reservado el billete a nombre de Richard Anthony, por si hubieran dado ya la orden de arresto. Nunca se sabe.

—No, nunca se sabe —repitió Dick—. Gracias, Johnny. Gracias a los dos. Procuraré recordar mi nombre supuesto. Me siento realmente un criminal.

—¡Oh! Intenta olvidar, Dick —dijo Hetty con voz cálida y maternal—. No tardarán en descubrir que están cometiendo un lamentable error.

—A veces —comentó Johnny—: esos hombres a los que Dick se refería antes no comprenden que han cometido un error irreparable hasta que es demasiado tarde. Pero jamás lo admiten.

—¡Oh, Johnny! —protestó Hetty— No seas un pájaro de mal agüero.

Capítulo 13

Bárbara Milligan estaba esperando el autobús de Stockwell cuando un hombre se le acercó. Bárbara tenía los ojos llorosos y no sentía el menor deseo de llegar, sin previo aviso, a casa de su puritana hermana.

—¿Qué haces aquí, Babs? —preguntó el hombre.

—Esperando el autobús.

—¡No me digas que has dejado tu empleo!

Ella asintió.

—Bueno, tampoco era gran cosa, ¿verdad?

—A mí me gustaba.

—¿Adonde vas ahora?

—A casa de mi hermana, en Stockwell. No puedo pasearme por todo Londres con esta maleta mientras busco otro empleo con alojamiento incluido.

—Una chica como tú no tarda en encontrarlo.

Ella se encogió de hombros, como si no fuera asunto suyo.

—Aquí está mi autobús.

—No tengas tanta prisa, Babs. Ven a almorzar conmigo.

—Gracias, pero no podría tragar un solo bocado. De verdad.

Pero él ya había cogido su maleta de plástico y el autobús se alejaba.

—Vamos, Babs. Te invito a un buen almuerzo. Podrás decirme qué te ocurre, y te sentirás mejor. Es posible que pueda ayudarte.

—¿En qué?

—En encontrar una habitación y un empleo.

La cogió por el brazo y la alejó suavemente de la parada del autobús.

—Estoy preocupado por ti, Babs.

—¿Por qué ha de estarlo?

—No sé, porque sí. Porque mereces algo más que servir jarras de cerveza.

Subían por Haymarket, en dirección a Piccadilly Circus. El cambió de lado para ofrecerle la parte interior de la acera.

—¿Qué te parece si entramos en Scott? ¿Te gusta la langosta?

—No puedo comer nada, de verdad.

—Pues, en este caso, beberemos algo.

—¿Le importa que sea un coñac?

—Lo que quieras, lo que más te apetezca —señaló el lado opuesto de la calle—. Iremos a Rayner, a la bodega; estaremos más tranquilos.

En el bar había tanta gente como en una casa de apuestas; la clientela era en su mayor parte obreros que cambiaban bonos por un bocadillo. Los que no encontraban asiento estaban de pie, en grupos, vociferando y manteniendo a duras penas en equilibrio los platos sobre las jarras de cerveza. El hombre iba detrás de Bárbara, cuya estrecha falda de seda se ceñía a sus caderas como una segunda piel. Bajaron a

la bodega.

—Siéntate allí —dijo él.

Había menos gente que arriba, y la iluminación era tenue. El hombre colocó la maleta debajo de la mesa y fue a buscar las bebidas.

—¿Quieres algo para mezclarlo con el coñac? —le preguntó a medio camino.

—Una cerveza de jengibre, por favor. Me ayudará a sentar el estómago.

Bárbara sabía qué tomaría él: un vaso grande de ginebra con tónica. Se la había servido ella misma en muchas ocasiones.

El hombre dejó los vasos sobre la mesa y se sentó a su lado. A los pocos minutos ya le acariciaba la rodilla. Ella estiró hacia abajo la falda, que se le había subido, El hombre le sirvió la cerveza, y Bárbara bebió un buen trago.

—¿Te sientes mejor?

—Lo estaré dentro de un momento.

—Estás preocupada por algo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—No eres la de siempre.

—¿Y cómo soy siempre?

—Alegre, animada, risueña..., así es como te veíamos los clientes cuando estabas en la barra. ¿Qué te preocupa, Babs?

—Nada, que no estoy de buen humor, eso es todo.

—Estás preocupada por tu trabajo, y por un sitio donde dormir. Pues bien, no lo estés.

—¿Qué quiere decir?

El encendió una cerilla al ver que sacaba un cigarrillo, y sus rizos castaños brillaron suavemente a la luz de la pequeña llama.

—Una chica como tú no ha de tener grandes dificultades en encontrar un trabajo mejor.

—¿Qué clase de trabajo?

—Podrías emplearte en el bar de un club, o algo por el estilo.

—¡En un club del West End! —exclamó exhalando una columna de humo—. No, gracias. Están llenos de granujas baratos. Todos te cuentan que fueron el cerebro del gran robo del tren.

El rio entre dientes mientras volvía a acariciarle las rodillas, esta vez un poco más arriba y con mayor insistencia.

—El *barman* de El Milagro Moteado —empezó—, el que despidieron por robar el whisky...

—No robaba el whisky —le interrumpió Babs.

—¡Oh! Conque te es simpático, ¿eh?

—¿Por qué lo dice?

—Porque has salido en su defensa.

—No he salido en defensa de nadie, pero la justicia es la justicia en todas partes.

—Pues no te tomes tanto interés por él. ¡Vaya un sinvergüenza que ha resultado!

—¿A qué se refiere?

—¿Es que no lees los periódicos? Ha matado a su mujer. Uno de esos crímenes pasionales, terribles. Sólo de pensarlo le entran a uno escalofríos.

—Entonces es mejor no hacerlo, ¿no cree?

—Verás, se hace difícil olvidarlo cuando te enteras de que el hombre que te ha estado sirviendo ginebra con tónica todas las mañanas es uno de esos maníacos sexuales. ¡Qué horror! Hubiera preferido beber con un homosexual.

—Yo no creo que haya sido él.

—Pues la policía piensa lo contrario. ¿Qué te hace suponer que no ha sido él?

—Lo sé, simplemente. He trabajado con él y estoy segura de que no es de esa clase de hombres.

—Te equivocas en esto. Nunca se les conoce. Esos maníacos sexuales tienen un aspecto tan normal como cualquier otra persona.

—Muchísimas gracias por el coñac. Ahora tengo que irme.

—No te vayas, Babs. Tómate otro. Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—Primero traeré las bebidas.

—Un sencillo esta vez. Tengo suficiente cerveza.

Cuando él volvió, y puso los vasos sobre la mesa, ella protestó:

—Le he dicho claramente que sólo quería un sencillo.

—Deberías conocerme mejor, Babs —sonrió él—. ¿Me has visto alguna vez pedir una bebida que no fuese doble?

—Me parece que no.

—Bueno, ¿qué podemos hacer contigo?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que dónde podría encontrarte un buen empleo y un alojamiento decente.

—Ya le he dicho que voy a casa de mi hermana.

—No creo que te entusiasme meterte en Stockwell. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Debo irme al norte unos días, por un asunto de negocios. Te puedo prestar mi piso hasta que vuelva.

—Pues no sé qué decir. No quiero molestarle.

—¡Molestarme! ¿Por qué dices cosas tan absurdas? ¡Molestarme! El piso está vacío: ¿por qué no aprovecharlo? Es cómodo y nadie te importunará. En fin, tú tienes la palabra. Te lo ofrezco de corazón.

—¿Dónde vive?

—En Endell Street. Ya sabes, Covent Garden.

—Es céntrico, desde luego.

Él se rio.

—Más céntrico que Stockwell. Escucha, ¿por qué no vamos y le echas una

ojeada? Luego puedes hacer lo que quieras, claro; que lo aceptes o no, no es asunto mío. No te costará un solo penique, y encontrarás de todo: té, mantequilla, café, huevos... Y el lechero deja medio litro de leche en la puerta todos los días.

Bárbara se rio al oírle enumerar las provisiones.

—Por lo menos, no me moriré de hambre, ¿verdad?

El piso del hombre estaba en el último rellano de un viejo edificio, en un pasaje que daba a Endell Street. Las demás viviendas eran oficinas de fruteros al por mayor y otros comerciantes, Cuyas transacciones se llevaban a cabo generalmente por las mañanas, de modo que a media tarde el edificio quedaba desierto.

—Lo lamento, pero no hay ascensor —dijo él—. Ve delante. Es el último piso.

La siguió por la escalera, llevando su maleta y con la mirada fija en los movimientos del trasero enfundado en la falda de seda.

Al llegar al último rellano, se detuvo detrás de ella y le entregó la llave.

—Toma, abre la puerta tú. Conviene que te vayas acostumbrando a usar la llave de tu piso.

Entraron, y mientras ella miraba a su alrededor, él dejó la maleta en el suelo y esperó a que diera su aprobación. Era una habitación amplia, con un diván adosado a la pared, un armario, un par de sillones, y dos puertas que daban, respectivamente, a una cocina diminuta y a un reducido cuarto de baño.

—Es más bonito que el cuchitril que tenía en El Milagro Moteado.

—Lo que más me gusta es cerrar la puerta por las noches y saber que no hay ni un alma en toda la casa.

Ella entró en la cocina.

—¡Nevra y todo!

—Es pequeña, pero suficiente para mis necesidades. Y aquí está el cuarto de baño.

—Sólo hay una cuestión —dijo ella, mirando al hombre fijamente—. ¿No se ofenderá si le hago una pregunta?

—Adelante, pregunta lo que quieras.

—Bueno, lo que quiero decir es: no será a cambio de algo, ¿verdad? Sé que hay más de un modo de pagar el alquiler, pero yo no soy de esas chicas.

—Un momento, Babs. ¿Te parezco yo un tipo así?

—No, claro. Pero los hombres son hombres en todo el mundo.

Él se echó a reír.

—¿No es lo que quieren las mujeres?

—No siempre.

—Bien, me has pedido que no me ofenda, y no voy a ofenderme, pero te diré una cosa, Babs: si cualquier otra chica me hubiera hecho una insinuación así, la hubiese echado escaleras abajo, y a continuación su maleta. Un hombre trata de hacer un favor, y éste es el agradecimiento que recibe.

Se encogió de hombros y fue a estirarse sobre el diván, apoyando la cabeza sobre

las manos.

—Haz lo que quieras, Babs. Quédate o vete.

—Lo siento —se disculpó ella mientras se acercaba al diván—. No era mi intención ser desconfiada. ¿Me perdona?

Él le tomó la mano.

—Claro que sí.

La atrajo hacia sí con suavidad, y ella se encontró sentada a su lado.

—No soy una desagradecida. Sé apreciar a las personas bondadosas —y le dio un rápido beso, o, por lo menos, intentó que fuera rápido, pero él le rodeó la cintura con un brazo, mientras mantenía cogida aún su mano.

—Dame un beso de verdad.

—¿Así?

Él le soltó la mano para acariciar sus bucles.

—Tu cabello es como un racimo de uvas maduras.

—¡Pues no las aplastes! —replicó ella, apartando la cabeza.

—¿Sabes una cosa? Eres mi tipo.

Y con rapidez la tendió sobre el diván mientras él se incorporaba. Ella movió la cabeza enérgicamente.

—No, no, no. Por favor.

—Eres mi tipo.

—Por favor, ahora no. Ya te he dicho que no estoy de humor.

—¿Qué importa eso? Eres hermosa.

Intentó gritar, pero él se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo metió en la boca. Muy pronto, Babs dejó de luchar.

El vestido de seda cayó al suelo como una tenue nube, seguido del sostén de encaje negro, las bragas y el portaligas.

El hombre empezó a bajarle las medias. Ella no se movía. Sus ojos miraban al techo con la expresión vidriosa de una muñeca. Un reguero de sangre se había coagulado en la comisura de los labios. Unos momentos después, su rostro se bañó de lágrimas, pero las lágrimas no eran suyas. Bárbara no volvería a llorar jamás.

Capítulo 14

Durante una conversación con el *maître* del Dorchester, Hetty dispuso que el almuerzo les fuera servido en la *suite*.

—Esto no ha sido un almuerzo —declaró Dick más tarde—. Ha sido un banquete.

—Tenía que hacer algo espectacular para obligarte a comer —explicó Hetty—. No podemos lograr que nadie resucite ni remediar lo que está hecho alimentándonos de galletas adelgazantes y agua de Vichy. Me comprendes, ¿verdad, Dick?

—Te comprendo.

Johnny dijo lánguidamente:

—Hetty cree que todas las desgracias del mundo pueden resolverse encargando una comida de diez libras por cabeza y derramando lágrimas de cocodrilo sobre el caviar.

Hetty se quedó estupefacta. Con el rostro desencajado, se levantó de un salto, a punto de llorar. La puerta de su dormitorio se cerró con estrépito.

—Johnny, lo que has dicho ha sido detestable —manifestó Dick.

Johnny se sentó pesadamente, derramando su copa de oporto.

—¿No estás de acuerdo?

—No; opino que ha sido un comentario bastante inoportuno y desagradable.

—¿Qué derecho tienes tú a sermonearme?

—Esto no disculpa tu conducta de ahora con Hetty. Te guste o no, ella sólo pretendía mejorar mi estado de ánimo.

—Conque ¿no apruebas mi modo de tratar a mi esposa? Pues déjame decirte algo: si encontraran asesinada a mi ex esposa no me verían paseando por Hyde Park con una prostituta a la mañana siguiente.

—Johnny, fuiste tú quien nos invitó a venir aquí. Y la chica no es una prostituta, para usar tu arcaica expresión.

—Pues tú la has tratado como si lo fuera; ni siquiera te has molestado en acompañarla hasta el taxi.

—Siento que mi caballerosidad no esté a la altura de la tuya, Johnny.

—Si lo estuviera, Brenda quizá aún viviría/

—Tranquilo, Johnny. No vayas demasiado lejos.

—¿Hasta dónde puedo llegar?

—Hasta la habitación de Hetty para decirle que me voy y que le estoy muy agradecido por todo.

—¿Por qué no vas tú mismo? Cógela de la mano, compadécete de ella. Tu matrimonio fue un éxito tal, que debes saber cómo comportarte en estos casos.

—Escucha, Johnny, lo malo de ti es que no sabes beber. Despideme de Hetty y dale las gracias.

—Se las darás tú mismo porque aún no te vas. Te llevaremos al aeropuerto.

—No iré si tú conduces.

—No seas idiota. En mi estado actual no podría conducir ni una bicicleta. He pedido un coche de alquiler.

Johnny cerró los ojos y ladeó la cabeza.

Un instante después estaba roncando.

Dick llamó a la puerta de Hetty. Esta se hallaba sentada ante el tocador maquillándose. Se volvió al oírle entrar. Tenía en su mano derecha, preparado como proyectil, un tarro de crema de Elizabeth Arden.

—¡Oh, eres tú! —dijo—. Si hubiera sido Johnny se lo hubiese tirado a la cabeza.

—Está dormido.

—¡Vaya con este hombre! Hace sólo una semana que nos hemos casado y ya empieza a lanzarme insultos.

—Yo, en tu lugar, no tomaría a Johnny demasiado en serio cuando ha bebido unas copas de más. Tendrías que haber oído algunas de las cosas que acaba de decirme. Pero cuando despierte no recordará ni una palabra.

Hetty empezó a hendir el aire con su espejo de mano.

—¡Ese chiste de mal gusto sobre las lágrimas en el caviar! —exclamó—. Sí, hemos comido caviar, ¿y qué? No hemos celebrado ningún carnaval, con *confetti* y sombreros de papel. ¡Oh, qué hombre! ¡Me dan ganas de abofetearle!

Dick se rio.

—Hetty, querida, ha sido un almuerzo delicioso, y en cuanto al caviar, Johnny ha sido el primero en repetir.

—¡Ah, sí! ¡Vaya cerdo!

—Lo dices porque estás furiosa.

—Es posible.

Ninguno de los dos habló durante unos minutos; mientras, Hetty continuó maquillándose; sostenía el espejo desde diversos ángulos, contemplándose solemnemente, y aplicándose la crema en el rostro con la otra mano. Oyeron cómo recogía el camarero las cosas del almuerzo, en el salón, y cómo se llevaba después el carrito y cerraba la puerta tras de sí.

Hetty se levantó, se alisó la falda, y echó una mirada a su reloj de pulsera, de platino y brillantes. Se lo acercó a los labios y le dio un beso.

—Creo que deberíamos llevarte al aeropuerto lo más rápidamente posible.

—Está bien, voy a despertar al viejo Johnny.

—El viejo Johnny ya está despierto —anunció Johnny desde el umbral, con una sonrisa—. Y se siente muy enfermo y muy desgraciado.

—Pues deja de sentirte desgraciado. Más vale que seas útil y preguntes si ha llegado el coche —replicó Hetty.

Sonó el teléfono.

—Ya ha debido llegar —dijo Johnny.

—Tomaré la precaución de salir por la puerta de atrás —anunció Dick—. Me recogéis al final de Oíd Park Lañe.

—Roger —musitó Johnny, tras descolgar el teléfono.

Diez minutos después estaban en camino hacia el aeropuerto de Londres, donde Johnny y Hetty contemplaron aliviados cómo despegaba el «Caravelle» de la Air France que Dick había tomado.

Al día siguiente, el superintendente Oxford ordenaba la detención de Richard Anthony Ian Blamey, acusado de asesinato.

Capítulo 15

Deshacerse del cuerpo de Bárbara Milligan no presentó ningún problema insuperable al hombre que vivía en el pasaje de Endell Street. Lo tenía todo calculado.

Quiso la casualidad que aquel año hubiera una gran abundancia de patatas. Conocía todas las intrigas del mercado, y sabía que el camión cubierto de lona y estacionado al final del pasaje contenía sacos de patatas que iban a ser devueltos al condado de Lincoln porque el propietario no podía aceptar un precio que apenas cubría el gasto de la gasolina.

En el pasaje había carretillas de mano y unos cuantos sacos vacíos.

Esperó a que las tabernas y los teatros cerraran. Las luces del mercado aún no estaban encendidas. Dos policías hicieron lentamente la ronda del pasaje, vigilando que todas las puertas estuvieran cerradas. Una vez se hubieron alejado, el hombre bajó las escaleras llevando a Bárbara sobre sus espaldas, como un saco de patatas. Ya en la calle, puso el cuerpo en una carretilla y lo empujó hasta el camión estacionado a sólo unos pasos de distancia. Le costó unos instantes depositar el cuerpo en la parte de atrás del camión. Subió él también para colocar el cadáver en el fondo, y evitar así que se viera esta carga adicional. Aunque era muy fuerte, esta parte de la operación le llevó casi diez minutos. Trabajaba a oscuras, ya que había bajado la lona.

Al finalizar, quedó satisfecho: había introducido el cuerpo entre una madera que sostenía la lona y uno de los sacos. Pero entonces se dio cuenta de que el saco que contenía a Bárbara no poseía la misma forma que los demás, de modo que abrió uno y pasó parte de las patatas al saco del cadáver.

Al abrir este último, aparecieron dos pies blancos, como si hubieran vuelto de pronto a la vida. Empezó a meter puñados de patatas, colocándolas entre las piernas y alrededor de ellas. Calculó que pasarían días o quizá semanas antes de que descargaran el camión en cualquier otra parte del país, para vender la mercancía como alimento para los cerdos o para algún proceso industrial.

Respirando con algo más de regularidad, trepó a gatas sobre la superficie irregular de los sacos, y, después de tomar la precaución de mirar al exterior por una rendija de la lona, bajó del camión y se llevó la carretilla.

En pocos segundos volvió a su piso en el pasaje, aquel rincón, aún no demolido del viejo Londres, iluminado solamente por una lámpara adosada a la pared de un almacén, y a lo largo de la cual aun estaban unos postes para atar los caballos.

Cerró la puerta y fue a cortar una rodaja de limón, con el fin de prepararse una ginebra con tónica.

Pensó que bien se merecía un trago. Mientras lo saboreaba se fijó en la ropa de la chica. Seguía tirada en el suelo, junto al diván. Allí estaba el vestido de seda, las bragas y el sostén de encaje negro, el portaligas, las medias sin costura, el sombrero de pétalos y los zapatos forrados de seda.

Su primera idea había sido hacer un paquete con todo ello y esconderlo junto con

el cadáver, pero después la desechó. La ropa podía facilitar la identificación, aunque, en realidad, ésta no le inspiraba ningún temor.

Además, aquella ropa era bastante bonita. «Hubiera sido una lástima meterla en un viejo saco de patatas», pensó mientras acariciaba el suave tejido y lo acercaba al rostro, para aspirar su aroma. Se llevó a los labios todas las piezas de ropa, una por una. Sería emocionante traer aquí a cualquier otra chica y obligarla a ponérselas.

Aún no era medianoche, pero los esfuerzos realizados le habían despertado el apetito. Decidió ir hasta el puesto de anguilas en jalea situado cerca de Cambridge Circus.

Estaba a punto de comer una segunda ración de este nutritivo alimento, cuando recordó algo que le inquietó: había dado a la chica su llave, pero no podía recordar si ella se la había devuelto. Tampoco recordaba haberla visto en el bolso cuando sacó del mismo el poco dinero que contenía, una suma mayor, no obstante, de la que esperaba. Por lo visto, acababa de sacar cinco libras de su cuenta en el Banco. Aún no había examinado el contenido de la maleta.

Pero la cuestión de la llave le preocupaba. Decidió renunciar a la segunda ración de anguilas. El dueño del puesto se sorprendió al verle dejar el plato.

—No estarán malas, ¿verdad?

—Están deliciosas —repuso Bob Rusk, lamiéndose los labios—. Pero temo que otra ración me indigestaría. Déselas al primer vagabundo que pase.

—Ni hablar de eso —replicó el tendero—. No quiero adquirir la reputación de un hombre que regala anguilas. Todo el hampa de Londres vendría a importunarme —añadió mientras vaciaba el plato en el cubo reservado para los residuos del té.

Bob Rusk (conocido más familiarmente como el Bizcocho) volvió sobre sus pasos en dirección a Endell Street; caminaba algo más aprisa que de costumbre. Cuando llegó a su casa, empleó casi media hora en revolverlo todo buscando la llave. Pero no la encontró. Entonces recordó que, mientras tenía a la chica sobre el diván, ella, antes de quedar inmóvil, le había golpeado con el puño cerrado, lo cual había aumentado su voluptuosidad. Se acordó también de que era el puño derecho, y de que aún lo mantenía cerrado cuando él le sacó el pañuelo de la boca e incluso al meterla en el saco. Sólo le quedaba una solución: volver al camión y comprobar si la llave seguía entre sus dedos crispados.

No había más remedio: tenía que regresar al camión y buscar la llave. Debía evitar el riesgo de que cayera en otras manos.

Tenía la certeza casi absoluta de que nadie miraría el interior del camión ni siquiera cuando éste llegase a su destino.

Empezaban ya a encenderse algunas luces alrededor del mercado cuando Bob Rusk, tras salir del pasaje, se encaminó hacia el camión, estacionado un poco más allá de la lámpara del almacén. Los primeros camiones de la noche marchaban ya en dirección a Floral Street y Southampton Street, desde donde torcerían por Russell Street y Maiden Lane hacia las calles de Bow y Bedford. Comenzaron a sonar

ruidosamente sobre el empedrado las ruedas de hierro de las carretillas, que los mozos conducían con estrépito arriba y abajo de las aceras.

El hombre, agazapado en el camión, oía estos ruidos como de lejos. Tanteaba los sacos, buscaba a ciegas, como un fotógrafo que disparase su cámara en el interior de una bolsa.

Encontró las dos piernas frías, y siguió palpando a tientas hasta tocar los dedos de una mano. La mano estaba abierta, y los dedos separados como en actitud de defensa. Comprendió que se trataba de la izquierda. Buscó en el otro lado del cuerpo hasta localizar la derecha, fuertemente cerrada. Intentó separar los dedos, duros como una soga enrollada. El sudor le cubrió la frente, y empezó a chorrearle por la cara. La mano no se abría.

—Debe ser la rigidez de la muerte —murmuró.

Sólo podía hacer una cosa: romperle los dedos, pero en aquella posición no tenía la fuerza necesaria. Tenía que sacarla del saco.

Entonces oyó voces y un motor que se ponía en marcha. El camión empezó a vibrar, dio unas sacudidas y arrancó. El hombre, aún en el interior, cayó boca abajo sobre los sacos de patatas, maldiciendo su suerte, mientras se balanceaba de un lado a otro con el movimiento del vehículo y sentía la necesidad de estornudar porque el polvo de las patatas se le introducía en la nariz.

Tenía ante sí la perspectiva de un viaje muy incómodo. El haber revuelto antes los sacos, para hacer sitio a uno más, había desordenado el montón colocado expertamente, y cuando el vehículo fue ganando velocidad, su posición se hizo tan inestable como si estuviera en un campo sacudido por los temblores de un terremoto.

A través de una rendija de la lona pudo ver los faros de otros camiones que circulaban aparentemente a gran velocidad y en dirección opuesta, hacia Londres. Desaparecían de su vista con rapidez.

Se puso un dedo bajo la nariz para detener un estornudo. Entonces, el polvo de los sacos se introdujo hasta su garganta y le entraron ganas de toser.

Cada sacudida del vehículo hacía temblar un pie blanco que asomaba por la abertura del saco, a pocos centímetros de su cara, y que le apuntaba como acusándole. Cuando un tumbo más violento hizo salir al otro pie, el hombre los agarró con ambas manos para evitar que se movieran. Las uñas estaban pintadas con esmalte rosa pálido, y repentinamente empezó a besarlas. En seguida sus lágrimas bañaron los pies de la muchacha muerta, pero las lágrimas no eran por ella, sino por sí mismo.

Los sacos se estaban separando unos de otros, y temió que uno se soltara y cayese a la carretera, lo cual haría que el conductor del vehículo siguiente tocara la bocina y avisara al del suyo para que se detuviera. En tal caso, le descubrirían sin remedio.

Pero, por otra parte, ¿se molestaría el conductor en parar por un saco de patatas que no valía un penique? Además, acababa de ocurrírsele una idea: sacar el cuerpo del saco, extraer la llave del puño cerrado y, después, cuando la carretera estuviese desierta, tirar a la chica del camión.

El impacto de aquel cuerpo ligero sobre la carretera no haría el ruido suficiente como para que el conductor lo oyera. Además el cadáver estaba completamente desnudo, por lo que la identificación no sería inmediata. Y en cualquier caso, esta cuestión no le preocupaba. El crimen sería atribuido, exactamente igual que el otro, al ex jefe de escuadrón Richard Blamey. Y siempre cabía la posibilidad de que el siguiente vehículo pasara sobre el cuerpo, haciendo la identificación todavía más difícil.

Más pronto o más tarde, el conductor se detendría para tomar una taza de té o comer algo en uno de los cafés que menudeaban a lo largo de la carretera. Entonces él, Robert Ralph Rusk, conocido en el West End como el Bizcocho, entraría como si tal cosa en el mismo café, donde no sería difícil encontrar a alguien que le llevase a Londres, o preferiblemente a cualquier otra ciudad por un par de días.

Fue a gatas hasta el otro extremo del saco, lo agarró firmemente por ambos lados e intentó levantarlo, pero era como si el cadáver se empeñase en impedirse, dispuesto a no abandonar su mortaja. El camión se detuvo con una sacudida tan repentina, que le hizo caer de bruces. El cadáver estaba debajo de él, y nuevamente vio dos pies blancos apuntándole a la cara.

El motor paró. Oyó cómo descendía el chófer de su asiento y cómo cerraba la portezuela de un golpe; entonces llegó hasta él el sonido de un disco de jazz, procedente, sin duda, de un café de la carretera.

Ahora que el vehículo estaba parado, sacarla del saco no representaba ningún problema. Decidió intentar la operación a la inversa, tirando del saco como una mujer tira de su vestido, doblándolo hacia arriba y sacándolo por la cabeza. Tardó quince minutos en lograrlo.

Al final, el cuerpo de la chica sufrió la profanación definitiva, al yacer, en la marmórea desnudez de la muerte, sobre un montón de sacos de patatas.

La muerte no le había cerrado los ojos, que miraban con un desprecio glacial.

En el oscuro interior del camión, la blancura lívida de su cuerpo despertó en él deseos que le hicieron olvidar su primordial objetivo de abrirle la mano. Tenía otras ideas. La música de jazz sonaba a mil kilómetros de distancia. Tocaron varios discos más antes de que el hombre empezase de nuevo a forzar los dedos crispados de la mano de Bárbara Milligan. Tuvo que hacer tanta fuerza que rompió dos de ellos al presionarlos hacia atrás. En aquella mano encontró la llave de su piso.

Oyó cómo aumentaba el volumen de la música al abrirse la puerta del café; acto seguido unos pasos se aproximaron al vehículo. «¿Por qué molestarse —pensó— en tirarla del camión? ¿Por qué no taparla con el saco y marcharse antes de que el chófer emprendiera el viaje?». Así lo hizo, y momentos después se encontraba frente a la puerta iluminada de un café, con un anuncio de «Pepsi-Cola» en el umbral. Vio cómo desaparecían los pilotos del camión. Rio entre dientes. Alguien iba a sufrir un susto mayúsculo cuando descargaran aquellas patatas.

Escupió sobre la llave, como si fuera un amuleto, y empujó la puerta del café. La

música del tocadiscos era como un himno triunfal. Pidió huevos con tocino ahumado, salchichas y patatas fritas, pan con mantequilla y una taza de té.

Capítulo 16

Richard Blamey no reconoció en seguida a la joven que iba a su encuentro, en el café Cascades del Bois. Parecía la hermana mayor de la chica que viera en las carreras de Sandown en compañía de Larry Wellftigton. Pero se trataba de la misma persona, puesto que ella sí le había reconocido.

Jenny llevaba una blusa de blonda amarilla, sin mangas, y una falda de volantes. Cubría sus bucles rojizos un diminuto sombrero de terciopelo verde, que hacía juego con los guantes y los zapatos. Su aspecto era delicioso, digno de la casa de modas parisiense que representaba, pero parecía haber perdido el esplendor de la juventud.

—¡Hola! —saludó ella—. Lamento no haber podido verle ayer tarde, pero es que tuve un día agotador.

—No se preocupe. También yo estaba exhausto, entre unas cosas y otras.

Ella dijo que tomaría vodka con hielo y un poco de St. Raphael. Después preguntó:

—¿Como está Hetty?

—Maravillosa, realmente maravillosa.

—¿Y Johnny?

—Está bien.

—Espero que no le haya molestado que le citase aquí —preguntó ella—; es el único lugar donde no es probable que me tope con algún conocido. No me siento muy sociable estos días.

—Lo comprendo muy bien.

Richard le encendió un cigarrillo, y ella prosiguió:

—La muerte de Larry también debe haber sido un duro golpe para usted, y el hecho de que pocas horas después sufriera un golpe mil veces peor es como para volver loco a cualquiera.

—¿Así que ya sabe usted lo de Brenda?

—Hetty me lo ha comunicado, esta mañana. Yo no lo había leído en los periódicos de aquí, pero esto no es sorprendente, ya que nunca los leo. ¿Qué significa eso de que la policía inglesa le relacione con lo sucedido a Brenda? —añadió mirándole pensativa.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Hetty?

—Sí —asintió la joven.

—En realidad —explicó Richard, mientras sonreía con amargura—, estoy huyendo de una acusación de asesinato.

—Es horrible. No sabía que el asunto fuera tan grave. Hetty me ha dicho también que usted iba con una chica.

—Realmente, Hetty es una mujer adorable, pero no ha sacado partido de su vocación: tendría que escribir los ecos de sociedad. Oiga, Jenny, ¿puedo invitarla a cenar?

—No, no puede. Le invito yo. Poseo una bonita cuenta corriente.

—Pues no la gaste conmigo. No se inquiete, tengo dinero; me lo ha prestado Johnny. Se lo devolveré cuando cobre mi primer sueldo, ya que me ha ofrecido un empleo. Supongo que Hetty también le habrá contado esto.

—Sí. No está muy entusiasmada con la idea de esta taberna.

—Pero Johnny, sí.

—Dick, ¿cómo se llamaba la chica que iba con usted el otro día, la camarera?

—Esa pregunta no me gusta mucho.

—Se la hago por una buena razón.

—Escuche —dijo él, con un tono de voz algo brusco—: incluso aunque recordase su nombre, ¿cree usted que se lo diría?

—Dick —replicó ella con serenidad, mientras apagaba el cigarrillo—. Usted era amigo de Larry, y por este motivo es amigo mío, pero si me supone personalmente interesada por cualquier camarera con quien le apetezca, acostarse, comete un craso error. ¿Se llamaba Bárbara Milligan?

—Me imagino que Hetty también le ha hablado de ella.

—Sí, y me ha dicho que ha sido hallado el cadáver de Bárbara Milligan.

—¡No lo creo!

—Está en todos los diarios vespertinos de Londres.

—¿Cómo lo sabe?

—Me limito a repetir lo que Hetty me ha dicho por teléfono.

—¿Cómo sabe ella que se trata de la misma chica?

—Lo sabe porque la policía ha ido a interrogarla al hotel.

El movió la cabeza.

—Es un error, es un error, un error de identificación. No es cierto, no puede ser cierto. Hetty debe haberse equivocado. La chica habrá desaparecido, o algo así.

Jenny encendió otro cigarrillo y no replicó. Al cabo de un rato, Dick murmuró:

—Bueno, si es cierto, no podrán acusarme a mí esta vez.

Entonces se acordó de los arañazos que tenía en el brazo.

En Inglaterra, en aquel mismo momento, el médico forense del condado de Lincoln estaba extrayendo trozos de piel de las uñas de la muchacha muerta, Bárbara Jean Milligan.

En el bar El Milagro Moteado, el gerente invocaba al Supremo Hacedor como testigo de que él ya había advertido a la policía de que esto podía suceder.

—Si me hubiesen hecho caso, la chica estaría viva, en lugar de yacer en una sala de autopsias —manifestaba a los periodistas—. El jefe de la Brigada de Homicidios estuvo aquí en persona.

Llamó a Bob Rusk, que se encontraba al otro extremo del bar.

—Bob, ¿no es cierto que la otra noche estuvo aquí el superintendente Oxford?

—Es cierto —corroboró Bob Rusk.

—¿Y no se lo dije? ¿No se lo advertí?

—Pongamos las cosas en claro, señor Hope-Forsythe —dijo Jack Wallace, un periodista escocés algo flemático—; ¿qué le dijo usted, exactamente, al superintendente?

—Que mi camarera había ido al encuentro de ese maníaco sexual, el hombre despedido por mí el día anterior, y que me sentía muy preocupado por ella.

—Pero, ¿sabía usted entonces que se trataba de un maníaco sexual?

Félix Hope-Forsythe intercambió una mirada con Bob Rusk, como para indicarle que la estupidez de algunos periodistas sólo podía ser superada por la ineptitud de la policía.

—No creerá usted que le hubiese dado el empleo, de haber sabido que era un maníaco sexual, ¿verdad? —preguntó con desdén—. Especialmente teniendo en cuenta que las camareras duermen bajo el mismo techo.

—¿Cuándo, exactamente, descubrió usted que era un maníaco sexual? ¿Quién se lo dijo?

—Amigo mío —replicó el encargado de la cervecería—, al día siguiente de despedirle de mi establecimiento su ex mujer fue hallada muerta, brutalmente violada, y su caja de caudales, vacía. La policía publicó su descripción, ¿no está usted enterado?

—La policía describió a un hombre a quien deseaba interrogar. No facilitó ningún nombre.

Félix Hope-Forsythe suspiró. Realmente le extrañaba que algunos de estos tipos desempeñasen una profesión.

—En lo que a mí se refiere, amigo mío, no hacía ninguna falta que le nombrasen. La descripción correspondía con toda exactitud al hombre que había despedido el día anterior.

—¿Qué dijo el superintendente Oxford cuando usted le expresó sus temores de que su camarera podría sufrir algún daño estando con Blamey?

—¡Ah!, celebro que me haga esta pregunta. ¿Sabe qué me dijo? Le costará creerlo. Comentó: «Bueno, esperemos que haya suerte». —Hope-Forsythe se volvió de nuevo hacia Bob Rusk para que éste confirmara sus palabras—. Te lo conté así mismo, ¿verdad, Bob?

—Efectivamente, asintió Bob Rusk.

—Pues ya están enterados —declaró Hope-Forsythe con algo de énfasis—. Les he dicho la pura verdad. Este caso viene a demostrar la deficiencia de nuestra policía, y si ustedes, los periodistas, no hacen algo al respecto, estarán faltando a su deber.

—Usted también faltará a su deber si no vuelve a llenar estos vasos —replicó uno de los reporteros.

Bob Rusk soltó una carcajada.

—Son un montón de cínicos, ¿verdad?

—¿Quiere usted beber con este montón de cínicos? —inquirió el reportero.

—No, gracias —rehusó Bob Rusk—, tengo que irme.

—Está usted invitado.

—Otra vez será —dijo el Bizcocho—. Hasta pronto.

Como otros monstruos disfrazados de seres humanos, Rusk era muy meticuloso en algunos aspectos. Deseaba deshacerse del bolso de Bárbara Milligan (un bolso de plástico, muy barato), pero se resistía a tirarlo al arroyo o a una alcantarilla. De modo que lo depositó en una de las papeleras amarillas de la City de Westminster.

Había visto a menudo a las mendigas rebuscando en estas papeleras con la esperanza de encontrar una ganga, y aunque desprovistas de toda traza de femineidad, no dejaban de ser mujeres. Le complacía pensar que el bolso de plástico de su víctima podía ser de utilidad a alguna de aquellas infelices, totalmente marginadas de la sociedad.

Dejó incluso algunos peniques en su interior, así como varios accesorios de maquillaje, un paquete de Kleenex, un peine y un frasquito de acetona. Sabía que esto último le vendría bien a alguna mendiga emprendedora como base de una bebida estimulante.

También tenía en su poder el diario de la joven, cuyas páginas no eran mucho mayores que una caja de cerillas. Bárbara había sido de esas chicas a quienes les gusta llevar un diario, por breve que sea. Rusk se había divertido hojeándolo y leyendo algunas frases.

La penúltima anotación decía así: «Medio día libre. He visto a Rich Blamey. Noche con él». La última frase decía simplemente: «¿Querrá Rich quedarse conmigo, o no?». Rusk pensó que estas últimas frases podían ser de interés para la policía, y decidió abandonar el diario dentro del bolso.

Personalmente, el asunto le tenía sin cuidado. Blamey cargaría con toda la culpa, lo cual no dejaba de tener su gracia. Rusk se sentía muy satisfecho de sí mismo. Otro hombre hubiese perdido la calma la noche anterior, pero el Bizcocho no. Pensó que el apodo más apropiado para él sería el Pepino, por su frescura. En todos los años que llevaba dedicado a aquella diversión, nadie le había sorprendido, ni sospechado nada de él. Claro que la otra noche se arriesgó más de la cuenta; era la primera vez que viajaba con su víctima. Pero bien está lo que bien acaba, como dicen los clásicos.

Capítulo 17

Cualquier colegial sabe que el condado de Lincoln es llano. Sin embargo, hay unas cuantas colinas, y justamente al subir la cuesta de una de ellas, el cuerpo de Bárbara Milligan empezó a rodar hacia atrás.

Ya había amanecido cuando un coche patrulla de la policía del condado aminoró la marcha en un cruce para ceder el paso a un camión. El conductor dijo a su compañero:

—Bert, ¿has visto lo mismo que yo?

—¿Ese montón de sacos? ¿Qué tiene de particular?

—Bueno, no te burles, pero podría jurar que he visto un par de pies asomando bajo la lona.

Efectivamente, Bert se burló.

—Quizá los vendedores de patatas están perdiendo tanto dinero, que ayudan a los enterradores.

—Sea lo que sea, creo que haríamos bien en echar un vistazo.

Dio media vuelta y pisó a fondo el acelerador. Trescientos metros más allá alcanzaron al camión.

—¡Dios mío! —exclamó Bert.

Ahora asomaban dos piernas desnudas bajo la lona del camión. El conductor del coche patrulla tocó la sirena, y el camionero frenó tan bruscamente, que el cuerpo de Bárbara Milligan salió disparado y fue a parar casi bajo las ruedas del coche de la policía.

El chófer del camión sacó la cabeza por la ventanilla y miró hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Baja y lo verás, muchacho —repuso el conductor del coche patrulla.

El camionero saltó a la carretera y se dirigió adonde estaban los policías. Era un chico joven. Cuando vio el cuerpo desnudo en la calzada, se tambaleó y hubiera caído sin sentido de no sostenerle los dos policías.

—Tranquilo, muchacho —dijo uno de ellos.

El rostro generalmente rubicundo del muchacho se había tornado gris como el asfalto de la carretera.

—Yo... yo no la había visto en mi vida —tartamudeó.

Unas horas después, el cuerpo fue identificado como el de Bárbara Jean Milligan, y el conductor del camión, eximido de toda complicidad.

La identificación resultó fácil porque un joven y dinámico policía había encontrado el bolso de Bárbara con el diario. Una de esas páginas, la reservada a señas personales, facilitó el trabajo de la policía. La descripción de la joven, enviada a todo el país por teletipo, se basaba en detalles suministrados por la propia víctima.

En la última página del diario había varios números de teléfono, y el último anotado por Bárbara era el de Hetty Dring-Porterhouse, a quien había prometido llamar.

Hetty admitió que la joven asesinada había estado en la *suite* con Richard Blamey. Sí, habían acompañado a Blamey al aeropuerto, donde había cogido un avión con destino a París; pero la chica había abandonado el hotel varias horas antes. Se había ido sola, y Dick Blamey no se movió de la *suite* hasta que salieron hacia el aeropuerto, de modo que no había posibilidad de implicarle en la muerte de la joven.

En su ansiedad por subrayar este hecho, Hetty lo repitió demasiadas veces, debido a lo cuál los detectives concibieron lógicamente la sospecha de que estaba intentando proporcionar una coartada a Blamey. La víctima había sido asesinada antes de que Blamey saliera hacia París; este hecho estaba comprobado sin ninguna duda. Pero, por otro lado, estaba la palabra de Hetty y de su marido de que Blamey no había abandonado su *suite* hasta que salieron juntos hacia el aeropuerto de Londres.

En cualquier caso, ¿por qué la reserva del billete fue hecha a nombre de Richard Anthony? Johnny Dring-Porterhouse encontró difícil dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta.

Aquella misma tarde se iniciaron los trámites de extradición.

En Scotland Yard tuvo lugar otra reunión entre el comisionado y el superintendente Oxford. El comisionado no trató de ocultar su disgusto, y casi insinuó que esta segunda tragedia era culpa del jefe de la Brigada de Homicidios. No había tenido suficiente rapidez de acción, y la demora había resultado fatal.

De haberse firmado antes la orden de detención de Richard Blamey, esta segunda tragedia hubiera podido evitarse. El, el comisionado, acababa de recibir la orden de presentarse en el Ministerio del Interior, donde seguramente tendría que soportar una severa reprimenda.

No tenía la menor idea de qué palabras podría emplear, dadas las circunstancias, para defender la dilación y la reprochable cautela de la Brigada de Homicidios al no actuar con mayor celeridad.

El superintendente Oxford le ofreció su dimisión, lo cual enfureció todavía más al comisionado.

—En lugar de perder el tiempo interrogando a los inocentes clientes de una agencia matrimonial, tendría que haberse concentrado en localizar al ex marido de la víctima.

—Gracias por el consejo, señor —dijo el Funerario—. No tengo a mano una estadística de los hombres cojos que viven en el área de Londres, pero puedo decirle que hemos recibido ciento veintidós llamadas telefónicas de sendos habitantes de esta ciudad que están seguros de haber visto al hombre que queríamos interrogar. Hemos tenido que investigar cada una de estas llamadas.

—No es necesario que me explique la parte rutinaria de su trabajo. Teníamos que haber actuado más enérgicamente desde el principio y detener a Blamey sin pérdida

de tiempo.

—Esta misma mañana, señor, usted intentaba hacer comparaciones entre este caso y el de Heath...

—No hacía comparaciones; me limitaba a señalar las similitudes en la conducta de estos dos hombres.

—Me gustaría recordarle, señor, que Heath entró voluntariamente en la comisaría de Bournemouth poco después de haber asesinado a Brenda Marshall.

—Nos interesa Blamey, no Heath. Será mejor que tenga a dos agentes dispuestos para volar a París por si la orden de extradición de Richard llega esta noche.

Pero la orden de extradición de Richard Anthony Ian Blamey no llegó a Scotland Yard hasta varios días después.

Para entonces, Dick ya se había trasladado a la habitación de huéspedes del piso de Jenny Page.

Fue la propia Jenny quien se lo sugirió.

Ambos sabían que era sólo cuestión de tiempo.

En tales circunstancias, lo importante era no dar facilidades a la policía para que lo encontrase. Cuanto más tiempo permaneciera en libertad, más posibilidades habría de que surgiera alguna pista sobre la identidad del verdadero criminal. Acaso se trataba de vanas esperanzas, pero no podían hacer nada mejor.

Naturalmente, un día u otro la policía acabaría por encontrarle en el piso de Jenny, pero de momento, allí se sentía más seguro que en cualquier otra parte. Si todas las fuerzas de la policía metropolitana habían sido incapaces de dar con él en Londres, era poco probable que un par de agentes ingleses le localizasen en París, a menos que contaran con la ayuda de sus colegas franceses. Sin duda recibirían esta ayuda al cabo de unos días, pero Dick no creía que la policía francesa concediera prioridad a su caso. Por lo menos, esperaba que no fuera así.

Jenny trabajaba durante todo el día. El apenas salía a la calle. No era un momento propicio para saborear los placeres de la alegre ciudad, ya que un simple paseo podía significar su detención. Por consiguiente, se pasaba las horas frente al televisor.

Pero, una noche, vio su propio fantasma en la pantalla, una fotografía suya de hacía más de veinte años, en la que aparecía vestido de uniforme. El locutor informó a los telespectadores franceses de que se buscaba a este súbdito inglés por doble asesinato, y que cualquier persona que le reconociera debía llamar a la policía local. Aquella emisión estaba organizada por la Interpol.

Richard Blamey se consoló pensando que ningún extraño podría reconocerle con sólo la ayuda de aquella foto borrosa. Sin embargo, desconectó el televisor, impulsado por la absurda sensación de que el locutor podía verle.

Jenny estaba aterrada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Me parece que volveré a Londres.

—Pero si vuelves a Inglaterra, es casi seguro que te detendrán.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque es el único lugar donde no me buscarán. Saben que estoy fuera del país, y que sería una locura volver. Así que voy a hacerlo.

—Pero, Dick, no puedes seguir huyendo el resto de tu vida, y por culpa de algo que no has hecho.

—Muy bien. ¿Qué alternativa tengo? ¿Presentarme sumisamente para que me juzguen? Intentemos olvidar cuál sería el veredicto. Fuera lo que fuera, me meterían en una celda de Brixton, por lo menos mientras durase el juicio, y a esto no me resigno. Por evitarlo, sería capaz de matar de verdad.

—¿A quién matarías?

—Al primer policía que intentase arrestarme.

—Dick, ¿no crees que estás diciendo tonterías?

Jenny echó una mirada a la botella de whisky; estaba casi vacía, y recordaba haberla visto llena por la mañana. El sorprendió su mirada.

—Sí, he bebido mucho. Cuando he visto mi cara de chiquillo sonriéndome desde la pantalla, me he impresionado tanto, que no he dejado de beber.

—Eso no importa. Tengo otra botella en el comedor. Será mejor que la abras, porque a mí me está haciendo mucha falta un buen trago.

El quitó el tapón de aluminio de la botella y vertió una generosa dosis en dos de los vasos Waterford de Jenny.

—Yo quiero soda en el mío, hasta el borde —dijo ella—. Dick, por el amor de Dios, ¡no irás a bebértelo solo!

El asintió.

—Sí. Prefiero morir de una borrachera que ahorcado en una celda de Brixton.

—Por favor, no digas eso.

Jenny paseó por la habitación durante unos momentos. Encendió la televisión, pero en seguida la apagó.

—Gracias —murmuró él—. No resistiría volver a ver mi cara en la pantalla.

—Dick, no me gusta la idea de que vuelvas a Londres.

—¡No puedo quedarme aquí! Más pronto o más tarde, me encontrarán sólo con investigar las direcciones de los amigos de Hetty. Además, no es justo que te implique en esto. Ante la ley, estás ocultando a un criminal.

—Prefiero no discutir por detalles que no tienen importancia.

—Bueno, además tengo otra razón para irme. Empiezo a notar que esta situación te afecta los nervios.

—Dick, hace un momento has dicho una estupidez: que matarías al policía que intentase arrestarte. No lo decías en serio, ¿verdad?

—Jenny, en mi vida he hablado más en serio.

—Sólo por curiosidad, ¿cómo le matarías?

—Eso no importa.

—Supongamos que ahora llaman a la puerta, y que yo voy a abrir, y entra un grupo de policías ingleses y franceses. No podrías matarlos a todos.

—Te aseguro que haría lo posible.

—Dick, ¿quieres darme ese revólver?

—¿Qué dices?

—Que me des el revólver que encontraste en la *suite* de Johnny. Es suyo, ¿verdad?

Dick se encogió de hombros y sacó de su bolsillo el revólver americano de Johnny. En realidad era un bulto incómodo. Lo dejó sobre la mesa.

—Espero que no esté cargado.

—Pues sí lo está.

—Entonces, ¡por el amor de Dios, descárgalo!

El volvió a encogerse de hombros, tomó el revólver, sacó las balas y se las metió en el bolsillo.

—Una de éstas podría matar a un elefante.

—Dick, ¿te has vuelto loco?

—¿Cómo sabías que tenía este juguete de Johnny?

—Por el bulto que hacía en tu trasero, querido.

Dick pasó junto a Jenny, y fue hasta la puerta del apartamento. En el umbral se volvió para mirarla.

—¿Adonde vas, Dick?

—Al hogar —dijo él—. Al dulce hogar.

Abrió la puerta, la cerró tras de sí, y empezó a bajar las escaleras. Ella vaciló unos segundos, pero en seguida echó a correr tras él, llamándole a gritos; la calle estaba desierta, a excepción del gendarme de la esquina. Lentamente, Jenny volvió a subir las escaleras con el corazón tan vacío como la misma calle.

Capítulo 18

Si Richard Blamey no hubiera estado tan borracho aquella noche, al llegar a Inglaterra quizá hubiese sido arrestado. Con la cabeza clara, hubiera recurrido a subterfugios sospechosos.

Cuando llegó a la Terminal Aérea de Londres Oeste se hallaba en un estado de seminconsciencia alcohólica, puesto que había bebido, sin parar en el avión de la Air France. El oficial de Inmigración echó una mirada rápida al pasaporte de aquel borracho idiotizado, deseoso de perderle de vista.

Evidentemente, en Inglaterra no le buscaban; lo hacían en París. ¡Qué fácil estaba resultando todo! Se rio para sus adentros: los ladrones, del tren y él podían pasearse impunemente. ¡Adelante, Blamey, adelante sin miedo! Se divirtió inventándose un artículo:

«Pese a la persecución de la policía de cinco continentes, el jefe de escuadrón Blamey ha demostrado una tenacidad y pericia extraordinarias, y un valor que sobrepasa los límites del deber al volver una y otra vez a la escena del crimen. Sus dotes de mando constituyen un ejemplo aleccionador para todos sus camaradas asesinos».

Llegó a la Terminal de Londres Oeste a primeras horas de la madrugada, y decidió pasar allí el resto de la noche. Los sillones eran muy cómodos, había muchos viajeros que también dormían allí. Además estaba más seguro en el aeropuerto que en cualquier hotel celoso de su buen nombre, donde mirarían con suspicacia a un huésped sin equipaje. Por otro lado, aquí estaría más cómodo que en un banco o en una tumbona del parque. Se despertó muy de mañana, fue caminando hasta Hyde Park Córner, y allí subió a un autobús de la línea nueve, recordando que las tabernas de Covent Garden abrían más temprano que las otras. Tenía la impresión de que hacía miles de años que no iba a beber a este barrio. Se apeó del autobús en el Strand y caminó por Southampton Street, pasando por el lado de dos policías que ni siquiera le miraron.

El *barman* de la primera taberna en donde entró le preguntó si trabajaba en el mercado. Como la respuesta incoherente de Blamey no le pareció satisfactoria, se negó a servirle nada alcohólico. Había sido más fácil la última vez, la noche en que durmió con el Ejército de Salvación.

La embriaguez le inspiró la idea de comprar una caja de flores a uno de los mayoristas. Con ella daría la impresión de ser un vendedor de flores, aunque no muy sobrio. Las flores eran baratas; una caja de varias docenas le costó treinta chelines, lo cual venía a resultar menos de tres peniques por capullo. Reflexionó que el negocio de los floristas al por menor debía ser muy remunerador, ya que un solo capullo se vendía a un chelín en las tiendas.

Alguien le dio una palmada en el hombro, diciendo:

—¡Hola! ¿Quién iba a pensar que te encontrabas aquí?

Era la voz jovial de Bob Rusk *el Bizcocho*.

Su aspecto era optimista, como de costumbre. Sus zapatos lustrosos demostraban que habían sido frotados a conciencia. Las puntas de su pañuelo eran de una blancura immaculada. Sus labios gruesos dibujaban una amplia sonrisa.

—Yo tampoco esperaba encontrarte —replicó Blamey—. ¿Qué te trae por aquí a primeras horas de la madrugada?

—Yo podría hacerte la misma pregunta —dijo el Bizcocho, riendo entre dientes—. El caso es que no podía dormir, y, como hace una mañana tan espléndida, decidí salir de paseo y desayunar en uno de estos cafés. ¿Quieres acompañarme?

—N-n-no, gracias.

Rusk miró en torno suyo con aire de conspirador. Bajó la voz para decir:

—Estás metido en un buen lío, ¿verdad?

—Sí, supongo que puede llamarse lío.

—No te preocupes, amigo. No diré a nadie que te he visto.

—Gracias.

Pasaron dos policías por la acera opuesta, y Dick levantó la caja de flores para que no pudieran verle la cara.

—Todo esto es absurdo, naturalmente.

Rusk hablaba en un tono de severa y omnisciente autoridad; incluso disminuyó cortésmente el paso para ocultar aún más a Dick.

—¿Qué es lo absurdo? —preguntó Dick.

—Atribuirte estos asesinatos. Cualquiera que tenga un ápice de sentido común sabría que no eres un maníaco sexual.

—Gracias. La lástima es que resulta difícil probarlo.

—En eso tienes razón. Ya dicen que unos tienen la fama y otros cardan la lana.

Dick asintió.

—Estoy con el agua al cuello y no sé cómo salirme.

—Fue un gran acierto marcharte, pero... —Rusk se acercó más a Blamey y le cogió por el brazo—, ¿por qué has vuelto? ¿Quieres que te hagan un lavado de cerebro?

Blamey se encogió de hombros.

—Dicen que el criminal siempre vuelve a la escena del crimen —murmuró amargamente—. Lo cierto es que me buscaban en París, incluso salió mi fotografía por televisión. Seguramente no se les ocurrirá pensar que he vuelto por propia iniciativa.

Bob Rusk hizo un gesto de aprobación casi involuntario. Miró a los dos policías, que seguían en la esquina, como si contemplase plácidamente el ajetreo del mercado.

—Vámonos de aquí —dijo el Bizcocho—. Ese par de sabuesos me ponen los pelos de punta.

Llevó a Blamey en dirección opuesta.

—Tienes el aspecto de no haber comido en una semana. ¿Por qué no vamos a

desayunar algo sólido?

—Me sería imposible tragar nada.

—Esto significa que necesitas un trago.

—Hace días que no necesito otra cosa.

—No me extraña, pero me molesta la idea de tener tan cerca a esos policías. Además, nunca sabes a quién puedes encontrarte. Estamos demasiado a tiro de Bow Street, y algunos periodistas tienen la costumbre de entrar en estas tabernas cuando cierra el Club de la Prensa.

—Al diablo con ellos —dijo Dick—. Necesito un trago.

El Bizcocho le apretó el brazo.

—¿Por qué no tomar precauciones? Mi piso está a la vuelta de la esquina. ¿Qué te parece si vamos y bebemos allí, ya que lo necesitas tanto? Te invito encantado.

—Eres muy amable, Bob.

—¡Amable! —repitió Bob Rusk—. La amabilidad no entra en esto. Se trata solamente del humanitarismo más elemental. No soy uno de esos tipos que desvían la vista cuando la sociedad intenta crucificar a un inocente.

El angosto pasaje bullía de carretillas rebosantes de sacos. Subieron las escaleras hasta el piso del Bizcocho. Una vez allí, Dick miró a su alrededor, impresionado por la comodidad del ambiente, inesperada en aquel mísero edificio.

—Esta es mi guarida —dijo Rusk, cerrando la puerta—. Ponte cómodo. Si quieres bañarte y afeitarte, todo está a tu disposición.

—Gracias, puede que lo haga dentro de un rato.

—¿Quieres un trago mientras tanto? —sugirió el otro—. Whisky, supongo.

—Supones bien, pero, mira, tengo media botella en el bolsillo.

—Guárdatela, muchacho. ¿No te importará que yo sólo beba una tónica? Es algo temprano para mí.

Sirvió primero a Dick una generosa dosis de whisky, después fue a la cocina, de donde volvió con una jarra de agua.

—Bien, buena suerte, Dick.

—Gracias, la necesito.

El Bizcocho asintió, con aire pensativo.

—Tienes razón, la necesitas. ¡Y tanto que la necesitas! De momento, lo más urgente es hallar un escondite donde ocultarte unas cuantas semanas, hasta que pase la tormenta.

Inquieto, Dick se levantó y empezó a pasear por la habitación; sus movimientos bruscos provocaron un ligero tintineo en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Llevas dados o algo partido en el bolsillo, Dick?

—¿Dados? ¡Ah!, ¿quieres decir esto?

Rio de un modo extraño, sacando un puñado de balas:

—¡Caramba! —exclamó Bob Rusk—. ¿Tienes también algo con que dispararlas?

—Por desgracia, no. Una dama me lo quitó.

—¿Cómo?

—Una amiga vio el maldito revólver asomando por el bolsillo de los pantalones y me convenció para que se lo entregara. Ahora siento haber obedecido.

Rusk movió la cabeza en un gesto de duda.

—No sé. Quizá ella tuviera razón. No, Dick, tenemos que planear algo.

—Bob, no quiero verte mezclado en esto.

—Pero si ya lo estoy. Eres mi amigo, ¿no? ¿Sabes una cosa, Dick? Creo que eres el individuo menos afortunado de este mundo.

—Es bastante parecido a lo que opino yo.

—Tu única esperanza reside en mantenerte fuera del alcance de la ley hasta que el demente que mató a tu mujer decida matar a otra. Suelen hacerlo, ¿sabes?

Dick Blamey asintió.

—Lo sé, lo sé. Pero tengo la impresión de que, si en este mismo momento se cometiera un crimen similar en Wigan, llegarían a imputármelo a mí.

—Ahora que lo pienso —dijo Rusk—, tengo que ir al norte en viaje de negocios por unos días. ¿Por qué no te quedas aquí mientras tanto?

—Es una buena idea.

—Es más que una idea, compañero, es una solución. Ni siquiera tendrás que salir a la calle. Hay bastante comida para cuando te entre el apetito.

—Bob, no sé por qué has de hacer esto por mí.

—No tiene importancia.

—¿No será que acabas de inventar este viaje de negocios con el único fin de procurarme un escondite?

—¡Vamos, no seas ridículo! ¡Claro que no! De hecho, uno de los motivos por los que he salido tan temprano esta mañana es porque tengo que coger el tren de las nueve y media para Manchester.

El Bizcocho rebuscó con impaciencia en sus bolsillos.

—Ahora que recuerdo, tengo una llave de repuesto por si quieres salir a tomar un poco el aire. Aunque no te lo aconsejo.

—Gracias —Dick se metió la llave en un bolsillo y añadió—: Lo mejor será respirar delante de la ventana abierta. ¿Te importa que beba otro trago?

—Adelante.

—¿Quieres beber un poco más de agua tónica?

—No, gracias, he de ir a ver a uno o dos tipos del mercado. Información, ¿sabes? Volveré después para hacer la maleta. Entre tanto, acomódate. Báñate, afeítate y bebe hasta reventar, si ése es tu gusto.

—Estoy haciendo lo posible.

—No me sorprende.

Rusk se dirigió a la puerta.

—Bueno, ¡hasta luego!

—Gracias —dijo Dick—, aunque esta palabra me parece insuficiente.

—No tiene ninguna importancia —repuso alegremente Rusk—. ¡Hasta la vista, compañero!

—Hasta la vista.

Rusk cerró la puerta y bajó las escaleras, silbando quedamente.

Aspiró con fuerza mientras sorteaba cestas de fresas, cajas de melocotones colocados sobre algodón, racimos de uvas doradas y purpúreas descansando sobre montones de serrín, y cajas de cartón llenas de rosas que ostentaban nombres tan evocadores como «Paz», «Baccarat», «Prima Ballerina» y «Elizabeth de Glamis».

Se sentía tan satisfecho de sí mismo que estuvo a punto de entonar un aria al pasar frente a la puerta de entrada de los artistas de la ópera.

Atravesó la calle y entró en la comisaría de Bow Street.

Capítulo 19

Al ver el teléfono junto al diván, Blamey sintió la tentación de llamar a Hetty y a Johnny antes de que se marcharan a París, para darles las gracias por todo. Sin embargo, pese a que la tentación era muy fuerte, sabía que llamarles representaba un peligro que no podía correr.

Desató el cordel que ataba la caja de flores. Pensó que era una lástima dejar que se mustiaran. Como tenía que pasar allí algunos días, no estaría de más añadir un toque de color al ambiente.

Empezó a abrir puertas y cajones en busca de algún jarrón o cualquier otro recipiente donde colocar las flores. No encontró nada apropiado ni en el armario de la cocina ni en el cuarto de baño. Los vasos y la jarra de agua no eran lo bastante grandes. Nunca pudo explicarse después por qué intentó buscar un florero en los cajones de una cómoda.

En el último cajón algo atrajo su atención mientras los labios se distendían en una sonrisa. A lo mejor se recibían visitas en este piso de soltero. ¡Vaya con el zorro de Bob Rusk! ¡Quién lo hubiera pensado de él! Un vestido de mujer, de un bonito color amarillento, estaba cuidadosamente doblado en el cajón. Encima estaba la ropa interior negra. Y en el fondo, envueltos en papel de seda, un par de zapatos que hacían juego con el color del vestido.

Si cabe en lo posible que una sonrisa se congele, la que acababa de aflorar al rostro de Richard Blamey se congeló como si se hubiera derramado una lluvia de hielo sobre su cabeza. Acababa de reconocer cada una de las piezas de ropa de aquel cajón. No podía haber la menor duda. Dick había visto a Bárbara Milligan despojarse de ellas la tarde que estuvieron juntos en el hotel de Bayswater.

Sacó aquellas prendas del cajón y las extendió sobre el diván. Cuanto más las miraba, mas convencido estaba de que no cabía ninguna posibilidad de error.

Se volvió lentamente al oír girar una llave en la cerradura. La puerta se abrió de golpe. Esperaba ver a Bob Rusk y se arrepintió amargamente de haber dejado el revólver en París. Pero estaba dispuesto a matarle igualmente, aunque fuera con sus propias manos.

No fue Bob Rusk quien apareció en el umbral, sino un hombre corpulento, que llevaba un perro alsaciano atado a una cadena. Detrás del hombre y del perro había por lo menos cuatro hombres más.

—Venga con nosotros sin ofrecer resistencia y no le haremos ningún daño —dijo el hombre corpulento.

—¿Qué significa esto? —preguntó Blamey.

—Está usted arrestado —repuso el hombre, soltando al perro, que de un salto derribó a Blamey, quedándose después encima de él, con las fauces abiertas.

—¿Era necesario hacer esto? —vociferó Blamey.

—Con bastardos como tú, sí —dijo uno de los otros policías, al tiempo que le

ponía las esposas.

Entonces le levantaron. Dick no pudo proferir una sola palabra, y se limitó a mirar sus muñecas esposadas, mientras todos le rodeaban y le registraban los bolsillos.

Encontraron las balas.

—¡Muy bien! ¿Dónde está el revólver?

Blamey no contestó; seguía contemplándose las muñecas. Un golpe en los riñones le impulsó hacia adelante, pero no sintió dolor alguno.

Al final del pasaje esperaba un coche de la policía para llevarle a la comisaría de Bow Street, que estaba a menos de doscientos metros de distancia. En la acera se había formado un grupo de trabajadores del mercado, y los mozos miraban subidos a sus carretillas, como malhechores en la picota. Había también unas cuantas mujeres de la limpieza, con pañuelos en la cabeza y cigarrillos pegados a los labios. Ni siquiera se sacaron los cigarrillos para abuchear al hombre esposado que salía rodeado de agentes. Su aspecto era tan insignificante... Un hombre de mediana edad, que cojeaba un poco y era estrecho de hombros. ¿Sería posible que fuera él el maníaco sexual que había cometido aquellos crímenes?

Los fotógrafos captaron la escena para la posteridad, porque el Bizcocho les había avisado después de hablar con la policía; pensó que bien se merecía una comisión por su trabajo.

Un agente llevaba bajo el brazo un paquete de ropa femenina y unos zapatos de tacón alto en la mano, por lo que corrió el rumor de que había sido descubierto otro cadáver.

En Bow Street no lograron hacer hablar a Dick Blamey. Intimidaciones, amenazas, razonamientos, nada pudo lograr que dijera una sola frase coherente.

—¿Dónde has escondido el revólver? —hicieron sonar las balas ante su nariz—. ¿De dónde las has sacado?

—¿No contestas nunca cuando te preguntan?

—¿O es que no tienes educación?

—Pero sabes hablar, y mucho, cuando quieres convencer a una chica, ¿verdad?

—¿Qué has estado haciendo desde que te fuiste de la cervecería?

Blamey movía la cabeza y se encogía de hombros, como un enano que sintiera frío.

—¿De qué has vivido en los últimos días?

—¿Del dinero que cogiste del bolso de tu ex esposa después de matarla?

—¿O de los ahorros de la chica de la cervecería?

—¿Por qué has vuelto de París?

—Pensabas que tu vuelta nos despistaría, ¿verdad?

—¿De qué vivías en París? ¿Tenías un empleo?

Blamey frunció el ceño y volvió a encogerse de hombros, sin mirar a ninguno de sus inquisidores. Por fin dijo:

—¿Empleo?

—Sí, ya sabes, un empleo —dijo uno de los hombres, recalcando las palabras, como si hablara a un retrasado mental o a alguien que no conociera el idioma—. Ya sabes, un empleo, un trabajo. ¿Trabajabas con tus manos?

—Ya lo creo que lo ha hecho —dijo otro.

El que le hablaba haciendo tanto hincapié en sus palabras continuó:

—¿De dónde has sacado el dinero? ¿Qué clase de trabajo hacías, si es que trabajabas?

Blamey volvió a fruncir el ceño, como tratando de concentrarse. Empezó a asentir con la cabeza.

—¡Ah, sí! Un empleo. Claro que tuve un empleo.

—¿Cuál era?

—¿Sabe qué dijo ese jefe de escuadrón de pacotilla?

—No lo sé. Dímelo.

—Preguntó si había intervenido en el repugnante asunto de Dresden.

El policía le miró como escudriñándole:

—¿Qué repugnante asunto de Dresden?

—¿Qué aspecto de él le interesa saber?

—¿Eliminaste a alguien en Dresden?

—¿Eliminar?

—¿Mataste a alguien en Dresden?

—Claro, claro. ¿Qué se imagina? La intención ya era ésa.

—¿Cómo se llamaba ella?

—¿Que cómo se llamaba? No sea tonto. ¿Cómo puedo saber sus nombres?

—¿Sus nombres? —el policía, tras dirigir una rápida mirada a sus colegas, volvió a preguntar a Blamey—. ¿Mataste a más de una en Dresden?

—¿Más de una? Mi querido amigo, maté a cientos de miles.

El agente suspiró profundamente. Aquel bastardo estaba fingiendo. Pretendía hacerles creer que era un demente para poder alegar perturbación mental en el juicio. Así sería enviado a Broadmoor y quedaría libre en un par de años. El truco era viejo. De todos modos, era mejor preguntar a la Interpol si habían tenido lugar crímenes ejecutados por algún maníaco sexual últimamente en Dresden.

En aquel instante, el superintendente Oxford llegaba de Scotland Yard. Hizo salir a todos de la habitación, a excepción de su ayudante y de Blamey.

—Buenos días. Mi nombre es Oxford. Quizá recuerde usted que me escribió una carta.

Blamey no contestó.

—Por desgracia, yo no pude contestarle porque se olvidó de poner el remite. Sin embargo, puesto que ahora está aquí, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Fue un trozo de pastel, como decíamos en los viejos tiempos —musitó Blamey.

—¿Cómo?

—El mayor trozo de pastel que ha visto en su vida, iluminado por las más bonitas velas —se rio durante algunos segundos—. Yo era el jefe de los que tiraban las velas. ¿Le gustaría cambiarse a mi profesión?

De pronto se fijó en el cuaderno de notas que el sargento Reynolds tenía en la mano.

—Escríballo, compañero. Richard Blamey, profesión: primer lanzador de velas.

El detective sargento Reynolds lo escribió.

—Apúntelo bien, compañero. Entonces, cuando volvimos, el sol resplandecía sobre la catedral de Lincoln, y Brenda (es mi esposa) decía: «Adelante, Zeta Cebra», igual que si volviéramos de una noche de juerga. Lo cual era cierto, naturalmente. ¡Habíamos pasado una noche de juerga en Dresden!

Se interrumpió y empezó a reírse a carcajadas.

—Destruimos una ciudad de mil años para instaurar la paz en un mundo que ahora escribe libros en contra nuestra, como si fuéramos *nosotros* los criminales de guerra. Los niños me empujaban en las aceras y las mujeres me abucheaban por las calles.

Blamey hablaba comiéndose algunas sílabas. Se tambaleó ligeramente y apoyó un codo sobre la mesa. Después sostuvo la barbilla en su mano y comenzó a palpar sus bolsillos.

—Me han robado. Avise a la policía.

—¿Qué ha perdido?

—Tenía media botella de whisky.

—Se ha bebido mucho más de media —murmuró Reynolds.

—¿Dónde está mi media botella de whisky? —gritó Dick.

—Está guardada —repuso el superintendente.

—Quiero mi whisky.

—Muy bien, se lo daremos. Entre tanto, ¿le gustaría una taza de café?

—No quiero café, quiero mi whisky. ¿Qué clase de antro es éste?

—Es la comisaría de Bow Street, amigo mío.

—Conque Bow Street, ¿eh? Entonces, ¿por qué no están los caballos y los jinetes sobre el bar?

Tim Oxford se levantó.

—Reynolds, llame al médico de la división. No podemos acusar a este hombre mientras siga en este estado. No comprende una sola palabra de lo que se le dice.

Dick se levantó torpemente y puso una mano en el hombro de Tim Oxford.

—Amigo, he comprendido todo lo que me ha dicho. Me ha dicho que me escribió una carta y que no recibió contestación. ¿Sabe por qué? Porque usted olvidó poner su dirección.

—Blamey, escúcheme atentamente. Soy el superintendente Oxford. Es mi obligación leer dos cargos muy serios contra usted. ¿Tiene un abogado a quien podamos llamar?

—No necesito ningún abogado. Devuélvame mi whisky y no hablemos más del asunto.

—El médico ya está en camino, señor —dijo Reynolds.

—Bien.

Se dirigió de nuevo a Blamey.

—Me voy a buscar su whisky, Blamey. Cuando vuelva hablaremos.

—Muy bien. Traiga también dos vasos.

—Veré lo que puedo hacer.

—¿Qué opina usted de nuestro sujeto? —preguntó Oxford a Reynolds cuando hubieron salido.

—Es difícil emitir un juicio sobre un hombre tan borracho.

—No estoy tan seguro. A menudo los borrachos hablan con más sinceridad.

Abandonaron el edificio para volver a Endell Street. El agente que hacía guardia frente a la puerta del piso de El Bizcocho saludó cuando llegaron.

—¿De modo que es aquí donde mataron a la pobre chica? —murmuró Oxford, pasándose una mano por la barbilla mientras contemplaba la habitación.

—Sí, y después la ocultaron en aquel camión de patatas.

—Humm, ya. Pero a las cuatro él estaba en el avión de París. Así pues, tuvo que sacarla a la calle en pleno día...

—Creo que esto requiere bastante sangre fría, señor.

—En un saco, y llevarla en una carretilla, lo cual no debió llamar la atención. ¡Vaya, flores! Suficientes para una boda.

—O un funeral.

—Reynolds, ¡no sea morboso!

—Lo siento, señor.

—Me pregunto por qué compraría tantas flores.

—Tal vez para conquistar a su futura víctima, señor.

—Reynolds, es usted muy suspicaz.

—También puede haberlas comprado el inquilino del piso.

—¿Quién es el inquilino?

—Un tipo llamado Rusk. Según parece, se hizo amigo de Blamey y le permitió usar el piso.

—Y se hizo tan amigo, que le denunció a Bow Street.

—Exacto.

—¿Rusk dejó el piso a Blamey la tarde en que murió Bárbara Milligan?

—Esto es lo que él afirma, señor.

—¿No tenía él idea de que Blamey trajo aquí a la chica?

—Por lo visto, no.

—¿Y hasta hoy no ha relacionado a Blamey con la muerte de esa chica o de la señora Blamey?

—Rusk no conocía su apellido. Sólo sabía que le llamaban Dick *el Barman*.

—¡Humm! Conque Dick *el Barman*, ¿eh? No sabía su apellido, pero le dio la llave de su piso.

—¿Cómo sabía Rusk que la ropa era de Bárbara Milligan, señor?

—Como era cliente de El Milagro Moteado, se la había visto puesta.

—Comprendo.

—Bueno, será mejor que volvamos y veamos si ha llegado el médico.

—Sí, señor.

Bajaron las escaleras.

—Este Rusk debe ser un tipo muy observador.

—¿Qué quiere decir, señor?

—¿Cuándo tomó usted la última cerveza, Reynolds?

—Anoche en El León Rojo.

—¿Recuerda cómo iba vestida la camarera?

—Ni remotamente. ¡Ahora le comprendo! Pero tengo entendido que el vestido de Bárbara Milligan era bastante llamativo. Seda de *shantung* amarilla, o algo así.

—Debo reconocer que suena muy bien. Pero no debe ser muy práctico para servir jarras de cerveza.

—Tal vez no lo llevase en el bar, señor.

—En tal caso, Rusk debió verla fuera de la cervecería.

—Es posible.

En la calle les salieron al encuentro varios periodistas, pero el Funerario movió negativamente la cabeza, al tiempo que les dirigía una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, caballeros. No hay información.

Capítulo 20

El juicio de Richard Anthony Ian Blamey, en el Old Bailey, no tuvo lugar hasta la apertura del período de sesiones de septiembre. Por consiguiente, aparte de asistir a los interrogatorios preliminares de la policía, Blamey pasó el resto del verano en la prisión de Su Majestad, en Brixton, el mismo lugar donde Larry Wellington se había suicidado.

En una ocasión había dicho a Brenda: «Yo también lo haría si me encerrasen para siempre en aquel apestoso lugar». Ahora, al ver que lo imposible había sucedido, que las pesadillas se habían convertido en realidad, reaccionó de un modo muy diferente. De todos modos, estaba bajo estricta vigilancia. Su principal temor era volverse loco. Sabía que el hombre tiene un límite de resistencia.

Su encarcelamiento le hizo enfrentarse en seguida con los administradores de la prisión, desde el gobernador hasta el último celador. La primera discusión tuvo lugar al rellenar el formulario para su ingreso en prisión.

—¿Religión? —preguntó el oficial de la cárcel.

—Ninguna.

—¿Qué significa eso de ninguna? Aquí todo el mundo pertenece a una religión. Le inscribiré en la Iglesia de Inglaterra.

—No hará usted tal cosa.

El oficial le miró fijamente.

—¿A quién cree que está hablando? Será mejor que vigile sus modales mientras esté aquí, amigo. No nos gustan los tipos como usted.

—Tampoco yo puedo decir que esté especialmente enamorado de ejemplares como ustedes —replicó Blamey.

—No admito respuestas mordaces —dijo el oficial—. Firme esto.

Era una lista de los objetos personales que le confiscaban al ser encarcelado.

—¿Por qué tengo que firmarlo? —inquirió Blamey—. Ustedes me han vaciado los bolsillos. Tendrían que darme un recibo.

—Yo sé lo que me gustaría darle. Firme esta lista de la relación completa de sus efectos personales.

—No pienso firmarla —declaró Blamey—. Falta algo.

—¡Ah, claro! —se burló el oficial—. Supongo que ahora va a jurarme que tenía un reloj y una cadena de oro.

—No, pero tenía media botella de whisky.

—¡Media botella de whisky! ¿Se ha creído que viene aquí de juerga o qué?

—No me habían comunicado que sería invitado con tanta urgencia por Su Majestad.

—Tampoco se admiten sarcasmos.

—Bien, pero quiero mi media botella de whisky.

—No sé nada de su whisky. Probablemente se lo bebió y ahora no lo recuerda.

Sea como fuere, no tengo tiempo para discutir con usted. No dispongo de todo el día.

Blamey pensó que esta observación era bastante graciosa en boca del guardián de un lugar cuyos huéspedes no sólo disponían de todo el día, sino probablemente de miles de días y noches.

Blamey chocó también con el gobernador, un ex coronel del Ejército que a duras penas ocultó su repugnancia por un hombre que había deshonrado su uniforme, hecho mofa de las medallas conquistadas y cometido dos crímenes antibritánicos. El gobernador, naturalmente, no le dijo todo esto, sino que le espetó las frases de rutina:

—El principio cardinal de la ley de este país, Blamey, es que un hombre se considera inocente hasta que se prueba su culpabilidad. Por lo tanto, puede estar seguro de que aquí tendrá usted un juicio justo.

El gobernador siempre creía que se portaba muy humanamente cuando pronunciaba esta pequeña homilía ante los hombres que iban a ser juzgados por asesinato. Les ayudaba mucho a mantener alta su moral.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Adelante.

—Si soy considerado inocente, ¿por qué se me priva de la libertad antes de saber si soy culpable?

La mirada que le clavó el gobernador dio a entender que consideraba la pregunta muy insolente y absolutamente absurda.

—Pues, como medida de precaución —gruñó.

—¿Precaución contra qué, señor?

—¡Contra la posibilidad de que ataque y asesine a otra mujer indefensa! —repuso el gobernador, perdiendo el control—. ¡Retírese!

—Gracias, señor. Es cuanto quería saber.

Fue un lunes, a las diez y media de la mañana, cuando dieron comienzo a su juicio en la sala número uno del Olden Bailey.

El verano soleado había cedido el paso a un otoño lluvioso. Llovía tanto, que era casi un placer abandonar el deprimente espectáculo de las calles húmedas donde reinaba la libertad para entrar en el recinto suavemente tornasolado en ámbar del Palacio de Justicia.

Reinaba en él un ambiente cálido, acogedor, un silencio cargado de murmullos expectantes, como en un teatro antes de que se levante el telón. Incluso el jurado tenía el aspecto de estar sentado en una platea. Cesaron los murmullos y todo el mundo se puso en pie cuando el juez entró desde bastidores, como un personaje de Gilbert y Sullivan.

Blamey se sentía al margen de todo aquello, como indiferente. Le costaba creer que no era el juez, sino él mismo, la estrella de la representación. Tenía la impresión de ser un espectador distinguido a quien acomodadores uniformados guiaban hasta el palco real.

Todo el mundo se sentó, pero inmediatamente se levantó uno de los tipos de

peluca gris, y se dirigió al juez:

—Señoría, en este caso existen dos acusaciones contra este hombre: el asesinato de su ex esposa y el de una joven llamada Bárbara Milligan, cometido este último al día siguiente.

Aunque había pasado semanas enteras en la cárcel en espera del juicio, Blamey miró instintivamente a su alrededor, como si el ministerio fiscal se hubiera referido a otro hombre.

—He decidido proceder sobre esta segunda y última acusación —continuó el fiscal—, considerando que gran parte de la evidencia que prueba el asesinato de su ex esposa se basa en la segunda acusación, en el asesinato de Bárbara Jean Milligan.

»La defensa, no obstante, presentará protesta contra esta evidencia. Por consiguiente, no me es posible abrir este caso para la ley hasta que Vuestra Señoría no exprese su opinión sobre la validez de dicha evidencia.

El fiscal se sentó, mientras el juez se removía en su asiento, bajo el León y el Unicornio, como si buscara la posición más cómoda. Luego se volvió hacia el jurado y se dirigió a sus miembros con el tono de un maestro de escuela que habla suavemente a Sus alumnos:

—Miembros del jurado —dijo—, estamos a punto de iniciar una discusión legal; y en interés del acusado, esta discusión no debe tener lugar en presencia de ustedes, ya que ello podría influir en su decisión. Por tanto he de pedirles que abandonen este tribunal y esperen a ser llamados de nuevo una vez que quede dilucidado este punto legal. ¿Está claro?

Las personas del jurado empezaron a desfilar como un grupo de espectadores que se hubieran equivocado en su fila de butacas.

Durante casi media hora, los abogados de ambas partes estuvieron discutiendo sobre este punto de la ley. El fiscal sostenía que las pruebas del segundo asesinato eran válidas para ambas acusaciones, y citó los casos de la ley contra Davis, la ley contra Raven y la ley contra Evans.

El abogado de la defensa aducía que, cuando un prisionero era procesado por dos cargos a la vez, cada uno de ellos comportaba una acusación diferente, por lo que las pruebas de uno de ellos no podían servir para el otro, a menos que la defensa no pusiera objeciones. Y en este caso la defensa se oponía categóricamente.

—En el caso de la ley contra Raven —señaló el abogado defensor— al acusado se le imputaban dos asesinatos casi simultáneos, cometidos en un intervalo de pocos minutos.

»En aquel caso —prosiguió—, los dos crímenes no podían separarse. Pero en el caso que hoy nos ocupa, es evidente que ambos cargos deben ser tratados al margen el uno del otro, ya que ambos crímenes se cometieron con un intervalo de veinticuatro horas.

El juez decidió la cuestión. Señaló que en el caso de la ley contra Evans, los dos cargos estaban separados por cuarenta y ocho horas, es decir, habían transcurrido dos

días entre el asesinato de la madre y el asesinato del niño. En aquel caso, el juez decidió que las pruebas del primero eran admisibles para el segundo, según su discreción y en su calidad de guía para el jurado. El decidía lo mismo en el caso presente.

A Blamey, pese a su escaso conocimiento de la ley, no le pareció un precedente favorable el que citasen el juicio de Timothy Evans en el juicio de otro hombre, acusado también de asesinato. Estaba todavía procurando adaptarse a la idea de que era él el hombre a quien juzgaban.

Los dos policías que le acompañaban le indicaron que se pusiera en pie. Era ahora cuando entraba realmente en escena. El escribano del tribunal se dirigió a él en estos términos:

—Richard Anthony Ian Blamey, está usted acusado del asesinato de Bárbara Jean Milligan, perpetrado el día cinco del pasado mes de julio. ¿Es usted culpable o inocente?

—Inocente.

Entonces el escribano se dirigió al jurado:

—Miembros del jurado, el prisionero, Richard Anthony Ian Blamey, está acusado del asesinato de Bárbara Jean Milligan, perpetrado el día cinco del pasado mes de julio. Se ha declarado inocente de esta acusación. Su misión es decidir, cuando hayan oído todas las pruebas, si es o no culpable.

El señor Peter Tylhurst, del ministerio fiscal, volvió a levantarse.

—Con la venia de Vuestra Señoría y los miembros del jurado, mi ilustre colega, el señor Cecil Hopcraft y yo seremos los abogados de la acusación, y mis ilustres colegas el señor Patrick Kirwan y el señor Harry Webster, los de la defensa. Miembros del jurado, la ley de este país es escrupulosa y justa con una persona acusada. Cuando ocurre, como en este caso, que a un hombre se le imputa más de un asesinato, jamás es juzgado por ambos delitos al mismo tiempo. Se le puede juzgar a la vez por dos robos, pero no por dos asesinatos.

Hizo una pausa para que sus palabras fueran comprendidas.

—Puede ocurrir que, durante el curso de este juicio, sean sometidas a examen algunas pruebas relacionadas con ambos cargos. Si algún detalle de estas pruebas es injustamente perjudicial para los intereses del acusado, Su Señoría les pedirá que no lo tengan en cuenta.

«¿Qué especie de embrollo es éste? —se preguntó Blamey—. ¿Qué se está fraguando en nombre de la ley? Aquí tenemos al ministerio fiscal diciendo al jurado que, en efecto, hay pruebas suficientes para acusar a este hombre de dos asesinatos, pero somos tan escrupulosamente justos que sólo le acusamos de cada uno de ellos por separado, aunque nos reservamos el derecho de atestiguar sobre ambos. Tu verdadera intención, bastardo, es rebajarme con la menor escrupulosidad posible ante los ojos del jurado, y en caso de que vayas demasiado lejos, Su Señoría pedirá al jurado que no lo tenga en cuenta».

La voz de Tylhurst era meliflua, y por tanto de un efecto mucho más mortífero que una voz de tonos airados. No recurría a ningún gesto teatral. No tomaba sorbos de agua, ni se rascaba la peluca o el ano. No tiraba tampoco de las mangas de su toga. En realidad estaba muy versado en el sutil arte que, en terminología no legal, se describe como «embaucador».

—Ahora, señores miembros del jurado —dijo—, mi primer deber es resumir para ustedes el caso de la ley contra Richard Blamey, acusado, como ya han oído, del asesinato de Bárbara Jean Milligan.

Tylhurst hizo otra pausa, no para lograr efectos dramáticos, sino para dar tiempo a que Su Señoría tomase nota de esto, según su meticulosa y también algo innecesaria costumbre. El juez Wyecombe era muy aficionado a tomar notas. Todas las palabras pronunciadas en el tribunal, hasta podría decirse que cualquier acceso de tos, quedaban registradas en su cuaderno.

—Él cadáver de esta infortunada joven, camarera de profesión, fue descubierto en la madrugada del seis de julio pasado en circunstancias bastante insólitas. Su cuerpo desnudo cayó de un camión cargado de patatas.

El ministerio fiscal volvió a interrumpirse, en apariencia para contemplar sus uñas durante un segundo, pero en realidad atento a la pluma que sostenía en su mano el juez.

—Cayó de un camión cargado de patatas en la carretera nacional de Lincoln, y en circunstancias que más tarde les serán descritas por el conductor del camión.

»Aquel mismo día fue practicada la autopsia por el señor Norman St. John Golder, médico forense auxiliar del Hospital General de Lincoln y profesor de medicina forense en la Universidad de Grantham.

»El señor St. Golder determinó que la infortunada joven había muerto entre las dos y las tres de la tarde del día anterior. La muerte fue producida por asfixia. Un objeto no determinado había sido introducido en su boca con tal fuerza, que causó heridas en los labios.

»Fue violada después de su muerte, y como si este escalofriante hecho no fuera suficiente, se determinó que una patata había sido introducida en su aparato genital con tan atroz acometida, que el conducto vaginal había sido perforado.

El ministerio fiscal hizo una pausa más prolongada después de esta horrible revelación, tan repugnante, que ni siquiera los reporteros tomaron nota de ella. Sin embargo, el rostro de Su Señoría se mantenía impasible mientras escribía.

Una de las dos mujeres del jurado cerró instintivamente los ojos, mientras la otra miraba de reojo a Blamey, con expresión que revelaba horror e incredulidad a un mismo tiempo.

—Señores del jurado —continuó Tylhurst—, yo hubiera preferido ahorrarles estos detalles, pero mi deber consiste en exponerles todos los hechos.

»Procederé ahora a resumirles los acontecimientos del día anterior, acontecimientos que llevaron al descubrimiento del cuerpo desnudo de esta

infortunada joven en la carretera general de Lincoln, el seis de julio fatal, algo después del amanecer.

«¿Qué sucedió el día anterior, aquel cinco de julio fatal, es decir, fatal para la pobre Bárbara Milligan?

»Señores del jurado, va a serles mostrado el diario de la joven asesinada, catalogado como prueba número uno.

Cogió el diario de la mesa que tenía delante, y lo levantó para que todos pudieran verlo. Luego lo hojeó.

—Voy a leerles las dos últimas anotaciones que hizo Bárbara Jean Milligan en este diario. Han sido escritas indudablemente de su puño y letra, y no cabe la menor posibilidad de falsedad. La anotación del cuatro de julio dice así: «Medio día libre. He visto a Rich Blamey. Noche juntos». Rich es obviamente un diminutivo de Richard.

»Sabemos, pues, que Bárbara Milligan pasó su última noche, su última noche como persona viva, en compañía de Richard Blamey. Nos lo comunica desde su tumba. Pasó la noche con este hombre, que le doblaba la edad.

»Señores del jurado, los que trabajamos en estos tribunales sabemos que los diarios pueden ser tan engañosos como las declaraciones orales. No es raro que las jóvenes se imaginen relaciones sentimentales que sólo existen en su mente y en las páginas de sus diarios. Pero tal no es el caso de esta pobre muchacha.

»Llamaremos a declarar a personas que corroborarán esta cita del diario de Bárbara Milligan, y que podrán confirmarnos que, efectivamente, pasó la noche en el hotel Lagos de Killarney, de Bayswater Road, en compañía de Blamey. Tenemos pruebas de que Blamey firmó en el registro del hotel con los nombres de señor y señora Benson.

»Llegamos ahora a la segunda y última anotación del pequeño diario de Bárbara Milligan, fechada el mismo cinco de julio, su último día en este mundo. Escribe: «¿Querrá o no Rich que me quede con él?». Hay tres signos de interrogación al final de esta frase.

»Señores del jurado, posiblemente se preguntarán ustedes el motivo por el cual una joven tan bonita pasó la noche con este hombre maduro, calvo y que además es cojo.

»Yo puedo decírselo. Este hombre había trabajado en la misma cervecería que Bárbara Milligan, El Milagro Moteado, situada en el área de Piccadilly Circus. Despedido de su empleo el día anterior, lunes, tres de julio, tuvo que dormir en un asilo del Ejército de Salvación.

»Al día siguiente por la tarde telefoneó a El Milagro Moteado y preguntó por Babs, o sea Bárbara Milligan. Sabía que ella tenía medio día libre, y la convenció para que fuera a su encuentro y le trajera su ropa porque deseaba cambiarse de traje. ¿Quería ella llevarle la bolsa de sus efectos personales? Ustedes se preguntarán: ¿Por qué no iba él a buscar su propia bolsa? ¿Acaso tenía miedo de ser arrestado?

»Fuera cual fuese el pretexto, esta joven inexperta y servicial accedió a prestarle el servicio, y al hacerlo se encaminó hacia su muerte. Vistió sus mejores galas para encontrarse con él. Su ropa está catalogada como prueba número dos.

El fiscal mostró un vestido de seda amarilla, un sombrero de pétalos, ropa interior negra y unos zapatos forrados de seda. Fue enseñando una prenda tras otra del mismo modo que pudiera hacerlo un tendero del mercado, pero con una técnica propagandística muy diferente.

—El ministerio fiscal tiene pruebas de que esta ropa estaba en poder de Blamey en el momento de arrestarle. Los agentes de policía les dirán que le sorprendieron en el momento que sostenía el vestido de la joven asesinada.

»Pero volvamos a la tarde del cuatro de julio. Encontramos a Blamey y a Bárbara llegando al hotel Lagos de Killarney, situado en el saludable barrio de Londres conocido como Bayswater Road.

Hubo risitas ahogadas entre el público, y Su Señoría frunció el ceño.

—Blamey toma, por una noche, una habitación con terraza al precio de siete guineas por noche —continuó el fiscal—. Creo innecesario añadir que la habitación era doble.

»Ahora, señores del jurado, ustedes se estarán preguntando: ¿Qué cambio puede haberse operado en un solo día de la vida de este hombre, de este *barman* sin empleo, que pasó la noche anterior en un dormitorio público, para que pueda tomar una habitación de siete guineas con el fin de acostarse con una chica mucho más joven que él?

»Se trata de un cambio realmente notable. Mi ilustre colega de la defensa les dirá que la ex esposa de Blamey le había dado dinero, los billetes de cinco libras con que pagó la factura del hotel.

»No sería ético por mi parte comentar dicho detalle en estos momentos, pero aquí me veo obligado a hacer referencia a la muerte de la ex señora Blamey, con la venia de Su Señoría.

El rostro del juez continuó impasible, por lo que el fiscal reanudó su alegato:

—Cuando Richard Blamey llegó a este hotel de Bayswater con Bárbara Milligan, el cuerpo de su ex esposa, Brenda Mary Blamey, estaba en la sala de autopsias, en manos del médico forense del Ministerio del Interior, sir Humphrey Meyerling.

»Brenda Mary Blamey no sólo había sido cruelmente asesinada, sino que también le habían robado. Sufrió asimismo una brutal violación después de muerta, siéndole después clavado un cortapapeles.

»En consideración a los sentimientos del jurado, me abstendré de entrar en detalles sobre la naturaleza de las lesiones sufridas por la ex señora Blamey.

—Hace usted bien en no detallar las lesiones sufridas por la ex señora Blamey —observó el juez.

—Gracias, Señoría —murmuró el fiscal, y continuó—: Señores del jurado, tengan sólo en cuenta lo que hace referencia a la muerte de Bárbara Milligan, ya que su

misión no es deliberar sobre la muerte de la ex esposa del acusado. No hay la menor duda de que Brenda Mary Blamey fue asesinada, pero ustedes deben mantenerse al margen de ello y no albergar en su mente la más pequeña idea acerca de que el prisionero haya podido tener algo que ver con su muerte.

»Sería absurdo imaginar que ustedes no estaban enterados del asesinato de la señora Blamey antes de venir a este tribunal. Todos lo leímos en los periódicos; y no sólo sería absurdo creer tal cosa, sino también imaginar que ustedes no sabían que el hombre que hoy está siendo juzgado es el ex marido de la mujer asesinada, Brenda Mary Blamey, la cual pidió y consiguió el divorcio.

»Pero es preciso que olviden todo cuanto han leído en los periódicos acerca de su muerte, así como cualquier conversación que hayan tenido al respecto y en la cual hayan tomado parte fuera de este tribunal. Es esencial que sus mentes sean imparciales, que olviden cualquier idea anterior y que lleguen a una conclusión sólo cuando hayan oído y visto las pruebas presentadas por ambas partes, y sólo las pruebas referentes a la muerte de Bárbara Milligan.

»Señores del jurado, ahora les hablaré de la mañana del cinco de julio pasado, después de que el acusado pasara la noche con la joven que moriría unas horas más tarde.

»Desde el momento de su llegada al hotel Lagos de Killarney, alrededor de las cuatro de la tarde del día cuatro, ni Blamey ni Bárbara Milligan salieron de su habitación, ni siquiera para comer, hasta el momento de marcharse, al día siguiente, a la temprana hora de las siete de la mañana, después de pasar juntos diecisiete horas en la habitación cuya terraza da a la saludable Bayswater Road y a los verdes prados de Hyde Park.

»Oirán después que Blamey pidió una botella de whisky, y que esta botella estaba vacía cuando se fueron a la mañana siguiente. También se les dirá que Blamey bajó a firmar en el registro y a comprar los periódicos de la tarde. Ambos periódicos publicaban en primera página la noticia de la muerte de su ex esposa, por lo cual no cabe la menor duda de que leyó el relato de este terrible crimen.

»Aquél crimen, como Su Señoría les ha dicho muy explícitamente, no nos concierne hoy, excepto en la medida que pueda ayudarnos a descubrir la verdad sobre el asesinato de Bárbara Milligan.

»El asesinato de Brenda Blamey fue igualmente brutal que el de la muchacha. Supongamos, como es nuestro deber suponer, que Blamey no sabía nada del asesinato de su ex esposa, la mujer con la que había estado casado durante veinte años, hasta que se enteró por los periódicos.

»¿Se toma la molestia de descolgar el teléfono y llamar a la policía, que está impaciente por interrogarle? No. Descuelga el teléfono y pide al portero del hotel una botella de whisky. Señores del jurado, ¿no consideran esta acción totalmente cínica?

»¿Se toma la molestia de ponerse en contacto con la policía a la mañana siguiente? Tampoco. A las siete de aquella misma mañana es visto entrando en Hyde

Park por la Albion Gate, acompañado de la joven con la que ha pasado la noche. Ni siquiera aguarda a recoger la chaqueta y los pantalones que, como les dirá el portero del hotel, hizo mandar a la tintorería con bastante urgencia.

»Más tarde escucharán que ambos, el hombre maduro y la camarera, se sentaron como dos jóvenes amantes en un banco a orillas del Serpentine.

»Una escena idílica, ¿no lo creen así, señores del jurado? Sólo nos falta imaginar las amorosas nimiedades que este hombre murmuraría al oído de la joven que tan pronto iba a morir, y de muerte tan espantosa.

»Esta escena bucólica se vio de pronto interrumpida por la llegada, inesperada, de un viejo amigo del acusado, el señor John Dring-Porterhouse, a quien, según tengo entendido, mi ilustre colega ha llamado como testigo de la defensa.

—¿Quiere repetirme ese nombre, señor Tylhurst? —preguntó el juez.

—¡Cómo no!, Señoría. Es John Dring-Porterhouse, con un guión. ¿Quiere que se lo deletree?

—No, no es necesario —dijo el juez, echando una mirada al reloj—. Creo que es el momento adecuado para aplazar el juicio hasta después del almuerzo. Señores del jurado, les pido que vuelvan a ocupar sus puestos a las dos menos cinco minutos.

El portavoz del jurado se levantó.

—Muy bien, Señoría.

Todos los presentes en la sala se pusieron en pie mientras el juez salía a toda prisa, recogiendo, como un personaje de Gilbert y Sullivan, la toga igual que una mujer levantaría su vestido de baile para que no le rozara en el suelo.

Capítulo 21

Los prisioneros que son juzgados en el Old Bailey pueden mandar a comprar su almuerzo, si tienen dinero para pagarlo. Richard Blamey, víctima de una desesperación más negra que el viejo picaporte de Newgate, no se aprovechó de esta concesión.

Cuando le entraron el almuerzo quedó estupefacto, no tanto por el hecho en sí como por la identidad de quien se lo traía.

Era Jenny Page. Vestía una trinchera de *tweed* rojo con anchas mangas, un cinturón con una gran hebilla, y tocada con un horrible sombrero color de jade. Los guantes, el monedero y los zapatos eran del mismo color. El no levantó en seguida la vista cuando oyó girar la llave, pero se puso en pie de un salto cuando sonó la voz de ella:

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¡Jenny!

Sonreía, y estaba mucho más alegre que la última vez que la había visto en París, como si hubiera recobrado su antiguo atractivo. En caso de que se tratara de una alegría fingida, el resultado era de una perfección consumada. Su belleza y su perfume hacían de aquel recinto algo totalmente distinto.

Llevaba una bandeja cubierta con una servilleta, y por uno de los grandes bolsillos de su trinchera asomaba el tapón de aluminio dorado de una botella de champaña. Dejó la bandeja, sacó la media botella de champaña de su bolsillo y una copa del otro. En la bandeja había ostras, pan moreno y mantequilla. Dick la miraba sin comprender nada. Aquello no encajaba en la representación; Jenny se había equivocado de escenario.

—Jenny, ¿cómo has conseguido traer esto?

—Muy fácil. Hablé con tu abogado, el cual me dijo que tenías derecho a comerte un cochinillo entero si te apetecía. Yo elegí el término medio: ostras y champaña. Después de todo, apostarí algo a que esos malditos jueces están engullendo en este instante la sopa de tortuga del alcalde de Londres.

—¿No has tenido dificultades para entrar?

—Ni la más mínima. Tu abogado lo ha arreglado todo. En estos momentos soy la secretaria auxiliar de la defensa o la camarera provisional de Sweetings, no sé muy bien cuál de las dos cosas.

—Jenny, me estás haciendo reír, y casi me había olvidado de hacerlo.

—No te preocupes, serás el último en reír cuando terminen su faena esos bastardos. No comprendo cómo pude abstenerme de insultarles.

—¿Estabas en el tribunal?

—¡Claro que sí! Tengo influencias. Estaba sentada justo detrás de la jaula de cristal donde te colocaron.

—¿Cuándo has llegado de París?

—Esta madrugada. Hetty me telefoneó anoche.

—Hetty y Johnny se están portando maravillosamente.

—Johnny está en el Magpie and Stump bebiendo litros de cerveza. Espero que no le llamen a atestiguar esta tarde; su borrachera será mayúscula.

—Es casi imposible que lo hagan antes de mañana. Tylhurst está poniéndose en forma, y primero interrogarán a los testigos del fiscal.

—El hombre que ha abierto las ostras me ha recomendado Chablis, pero yo he dicho que no, que quería champaña, porque era una ocasión especial.

—El condenado habrá comido un espléndido almuerzo.

—No hables así. Saldrás de aquí dentro de un par de días.

El movió negativamente la cabeza.

—No hay la menor esperanza.

—Como diría Johnny Dring-Porterhouse, «esto es una estupidez». Vamos, deja que vuelva a llenarte la copa. ¡Ah!, a propósito, recogí tu maleta y se la di a tu abogado, para que te mandase traer una muda y otro traje. El que llevas está un poco arrugado.

—Gracias, pero me temo que pronto luciré una indumentaria cedida por Su Majestad. En cuanto a este traje, supongo que podré venderlo a madame Tussaud por una suma considerable: con él podrá vestir mi figura de cera.

Jenny protestó por su macabro chiste, pero él dijo que no era ningún chiste, que estaba hablando muy en serio.

—Un amable y bien enterado guardián de Brixton se ha tomado la molestia de recordarme que la pena de muerte continúa en el Statute Book, y que, en presidio, las apuestas son de dos contra uno a favor de mi condena.

Jenny se estremeció.

—Prueba estas ostras. El hombre me ha dicho que son de Helford.

—El río Helford... —musitó él—. Brenda y yo nos hospedamos en una ocasión en el Ferryboat Inn. Nos gustaba contemplar las garzas. ¡Nunca más volveré a ver las garzas del río Helford! El punto más cercano de allí en que me dejarán será probablemente Dartmoor.

—Dick, en la escalera había un policía muy amable, y me ha dicho que, contrariamente a lo que piensa la gente, la figura de la Justicia que corona este edificio no tiene los ojos vendados.

—¿No? Quizá sólo cierre un ojo de vez en cuando.

—Pues esta vez mantendrá los dos abiertos de par en par, aunque haga falta para ello que Johnny le levante los dos párpados con andamios.

—Tendrá que ponerse su equipo de deportista para hacerlo.

—Vamos, termina el champaña. Necesito la botella vacía para lanzarla a la cara de este fiscal, que tiene la voz de un tenor castrado. ¡Qué horror! Me pone la piel de gallina oír cómo se recrea con todos los detalles obscenos.

—Pues no ha hecho más que empezar. Espera a que esté en forma y comience a

enseñar fotografías al jurado.

Los dos guardianes de la prisión volvieron de almorzar. Al ver a Jenny la miraron con desaprobación. Uno de ellos fumaba en pipa.

—¡Eh, un momento! ¿Qué significa esto? —preguntó al ver que la joven hacía dos nudos en la servilleta, como si ocultase algo en su interior.

—Ya que lo pregunta..., es una sierra y una lima —replicó Jenny.

Sonrió a Dick y le besó en ambas mejillas.

—Uno por mí y el otro por Hetty. Hasta pronto.

—Adiós, Jenny, y muchísimas gracias. ¡Ah!, y saluda a Hetty y a Johnny.

Jenny se marchó en dirección al mundo exterior, mientras el ruido de sus tacones se iba extinguendo.

El auditorio empezaba a acudir de nuevo a la sala número uno del Palacio de Justicia. Richard Anthony Ian Blamey, escoltado por dos guardianes de la prisión, volvió a subir los peldaños que le conducían a su jaula de cristal. El jurado ya se encontraba en sus asientos. El juez salió de entre bastidores, y todo el mundo se puso de nuevo en pie.

Peter Tylhurst se levantó, con el rostro más colorado que antes del almuerzo.

—Señoría, miembros del jurado, ahora debo resumirles los sucesos de la mañana del cinco de julio pasado, ocurridos después de que el acusado y la señorita Bárbara Jean Milligan abandonasen el hotel Lagos de Killarney.

»Señores del jurado, recordarán que antes de la pausa para el almuerzo, las dos citadas personas se encontraban ya en Hyde Park. Allí, a las orillas del Serpentine, el acusado pasea con Bárbara Jean Milligan, la joven cuyo destino era morir tan trágicamente unas horas más tarde.

»En Hyde Park, el acusado encuentra a un viejo amigo que se hospeda en un hotel de Park Lane. Blamey cuenta entonces a su amigo, el señor John Dring-Porterhouse, la terrible noticia del asesinato de la señora Blamey, su ex esposa.

»El bondadoso señor Dring-Porterhouse, que, dicho sea de paso, se encontraba en aquellos momentos en plena luna de miel, lleva a esta pareja de amantes ilícitos a su hotel y los presenta a su esposa.

»Después escucharán ustedes, señores del jurado, que pidieron desayuno para cuatro y que dejaron este desayuno prácticamente intacto.

»Este hecho parece comprensible a primera vista. Al fin y al cabo, Blamey les ha comunicado una noticia espantosa. Además, si (y fíjense que pongo la frase en condicional), si se encuentra demasiado abatido para prestar coherencia a su relato, todos pueden leer los terribles detalles en los periódicos de la mañana, que han llegado con el carrito del desayuno.

—Un momento, señor Tylhurst —el juez se movió en su asiento y se dirigió a los miembros del jurado—: Señores del jurado, el ministerio fiscal se está refiriendo al

asesinato de Brenda Mary Blamey, cometido el día anterior; es mi deber recordarles de nuevo que no deben asociarlo en modo alguno con el acusado. Para ustedes no se cometió en Leicester Square, sino en la China o en cualquier otro lugar remoto, por lo que el acusado no puede ser el autor. Deben olvidar cualquier otra fuente de información respecto a tan execrable hecho que no sea la misma que la de sus compañeros. Es decir, los periódicos. ¿Está claro?

El portavoz del jurado se levantó y se inclinó ligeramente en dirección al juez.

—Sí, Señoría.

El juez volvió a arrellanarse en su asiento e hizo un gesto a Tylhurst indicándole que podía continuar.

—Como estaba diciendo, señores del jurado —prosiguió Tylhurst con cierta inflexión en la voz que significaba: antes de que fuera tan bruscamente interrumpido por Su Señoría—. Como estaba diciendo, señores del jurado, una vez sabida esta horrible noticia no es sorprendente que el acusado, así como sus amigos, no pudieran probar bocado del desayuno servido en aquel hotel de lujo de Park Lane. Su pena era demasiado grande para comer, incluyendo a la pobre muchacha a quien esperaba tan espeluznante destino.

»Señores del jurado, quiero pedirles que se imaginen a sí mismos sentados ante aquel desayuno. Aunque el sol brilla esplendoroso en el exterior, en esta *suite* de lujo hay un ambiente de tal desaliento y dolor, que nadie es capaz de comer nada.

»¿Y cómo aliviar este gran dolor que les aqueja? Voy a decírselo en seguida: bebiendo champaña, quizá con la idea de que, si no comer, por lo menos pueden beber y alegrarse.

»Les será dicho después que pidieron una gran botella de champaña a una hora del día en que la mayoría de las personas están terminando su tazón de cereales.

Tylhurst hizo una breve pausa y miró a Blamey.

—Claro que hay gente que bebe champaña a todas horas.

»¿Por qué perderá tanto tiempo hablando del champaña? —se pregunto Blamey—. Es evidente, por su última observación, que sabe que acabo de hacerlo en la celda, pero ¿qué importancia tiene esto?».

—Pero yo no incluiría al acusado entre esta gente —continuó Tylhurst—. Sabemos que, el día anterior, había ahogado sus penas con una botella de whisky. Sin embargo, parece que el champaña tomado en el hotel produjo el efecto deseado. Despejó las sombras, levantó sus ánimos hasta el extremo de despertar su apetito. También se les dirá más tarde, señores del jurado, que les fue servido un regío almuerzo, acompañado de caviar y otras exquisiteces.

»Pero solamente tres personas lo saborean. Se diría que, a modo de premonición, hay una silla vacía. Bárbara Jean Milligan ha abandonado este ambiente de alta sociedad para ir a recoger su maleta a la cervecería El Milagro Moteado y dirigirse después a la Caja de Ahorros.

»El ministerio fiscal supone que Blamey había ya concertado cita para más tarde

con Bárbara Jean Milligan, durante la cual consiguió engañarla y conducirla la muerte.

»Sabemos que Bárbara Milligan fue a la Caja de Ahorros de Mount Street pocos minutos después de dejar el hotel de Park Lane, donde Blamey se encontraba bebiendo con sus amigos. Un empleado de la Caja les dirá que la joven retiró cinco libras de su cartilla de ahorros, casi la totalidad de su dinero, pues dejó un saldo de dos chelines y seis peniques.

»Es difícil imaginar cuál fue el motivo por el que retiró casi todo el dinero que poseía. ¿Quizá porque pensaba huir en compañía de alguien? Lo ignoramos. Lo que sí sabemos es que echó al correo una carta escrita por Blamey y dirigida al superintendente Oxford, New Scotland Yard, Londres, S.W. 1.

El juez volvió a moverse en su asiento, se apoyó en la mesa y blandió su pluma en el aire, como para indicar *pianissimo* con una minúscula batuta.

—¿No irá usted a referirse al contenido de esa carta, señor Tylhurst? —preguntó.

—No, Señoría.

»Sigamos a la imprudente y desgraciada joven desde la Caja de Ahorros de Mount Street hasta la cervecería El Milagro Moteado de Piccadilly Circus. Va hasta allí en taxi e inmediatamente procede a hacer su maleta. Dice después al encargado y al agente de policía que se va a pasar una temporada con su hermana.

»Debo aclararles, señores del jurado, que esto fue una mentira deliberada por parte de Bárbara Jean Milligan. No tenía la menor intención de ir a vivir con su hermana. El ministerio fiscal puede afirmar que Bárbara Jean Milligan había quedado citada con Blamey en el número tres del pasaje de Endell Street, el lugar donde fue asesinada aquella misma tarde.

»El inquilino del piso, un cliente de El Milagro Moteado, el señor Rusk, tuvo la amabilidad de permitir a Blamey que utilizara su piso durante su ausencia, y le entregó la llave. Esta llave seguía en poder de Blamey cuando fue arrestado unos días más tarde. Tenía también nueve o diez balas, la carga de un revólver automático americano del 45.

»El señor Rusk, al llegar a su casa aquella noche, encontró una maleta desconocida en el armario. No la abrió, suponiendo que pertenecería a Blamey, y se olvidó de ella hasta que el mismo Blamey volvió unos días después a recogerla. Blamey le pidió un trago, que Rusk le sirvió. Fue entonces cuando éste empezó a concebir sospechas al ver que Blamey llevaba un paquete de ropa femenina. Dicha sospecha llegó a la más horrorizada de las convicciones cuando el señor Rusk se dio cuenta de que aquella ropa pertenecía a Bárbara Jean Milligan, lo cual le hizo temer que había dado alojamiento a un posible asesino.

»Consciente de su deber, el señor Rusk cruzó la calle en dirección a la comisaría de Bow Street, allí informó de todo, y Blamey fue arrestado.

El ministerio fiscal hizo una pausa más prolongada de lo acostumbrado para que Su Señoría tuviera tiempo de completar sus meticulosos apuntes.

—Blamey fue arrestado —repitió Tylhurst—. Pero no fue posible arrancarle ninguna frase coherente hasta pasadas varias horas. No voy a leerles ahora la totalidad de su declaración, pero la resumiré, puesto que se refiere a la muerte de Bárbara Jean Milligan.

»El acusado afirma categóricamente que no la mató. El acusado dice que no volvió a ver a Bárbara Milligan después de haberse despedido de ella en la puerta de la *suite* que ocupaban los señores Dring-Porterhouse en el hotel de Park Lane. El acusado dice que no abandonó el hotel hasta el momento de marcharse al aeropuerto para coger el avión para su vuelo a París, y utilizó la palabra «vuelo» en su sentido aeronáutico. Está fuera de toda duda que Richard Blamey voló a París a las cuatro de la tarde del día cinco de julio, pero este ministerio se pregunta el motivo por el que hizo la reserva del billete a nombre de Richard Anthony.

»¿Fue porque temía que ya se hubiese firmado la orden de su arresto? Señores del jurado, ¿qué otra razón podía tener para dar un nombre falso?

»Tal vez podría aducirse que no era un nombre totalmente falso, que era la mitad de su nombre, Richard Anthony Ian Blamey. Pero aquí no nos interesan las verdades a medias. Es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad lo que nos interesa.

»Si Richard Blamey dice la verdad, entonces no mató a Bárbara Jean Milligan. Si no se movió de la *suite* del hotel hasta que marchó al aeropuerto de Londres, es evidente que no pudo hacerlo. Pero ustedes oirán de labios del camarero del hotel que al entrar en la habitación para retirar el desayuno, alrededor de las dos, ya no vio a Blamey en la *suite*.

»El acusado dice que en aquel momento se encontraba en el dormitorio de la señora Dring-Porterhouse, hablando con ella. Señores del jurado, ¿es ésta la verdad?, y ya no voy a preguntarles si lo encuentran decoroso.

»Señores del jurado, el ministerio fiscal está dispuesto a afirmar, una vez conozcan todas las pruebas, que el acusado, Richard Blamey, no se encontraba en la *suite* del hotel. Aún más: si estaba en algún dormitorio, era en el del piso del señor Rusk, número tres del pasaje de Endell Street, el lugar donde mató a Bárbara Jean Milligan.

»No es el acusado quien debe demostrar que no mató a la imprudente y desgraciada joven. Es el ministerio fiscal quien debe probar, por encima de toda duda, que él cometió este horrendo crimen.

»Y para lograr este fin, voy a mostrarles una serie de fotografías catalogadas como prueba número tres. Son las fotografías del cuerpo de Bárbara Milligan.

Trajeron un álbum con las fotografías del cadáver, tomadas por la policía. Era casi del mismo tamaño que los álbumes de muestras de tarjetas navideñas que los fabricantes suministran a las tiendas.

—Me gustaría que se fijasen en la placa C. Es una fotografía de la mano derecha de la joven asesinada. Verán que tiene dos dedos rotos.

»Señores del jurado, ustedes se preguntarán por qué les pido que dediquen una

atención especial al que probablemente es el menor de los terribles daños infligidos a esta pobre criatura. Cabría en lo posible que los dedos se hubieran roto cuando el cuerpo cayó del camión de patatas a la carretera general de Lincoln. Pero el examen médico ha demostrado que esto no es cierto. De haber sido una persona viva la que hubiera caído del camión, esta rotura sería probable, ya que instintivamente se habría protegido con las manos para aminorar el golpe.

»Pero en el caso que nos ocupa cayó a la carretera cuando el camión se detuvo bruscamente. El cuerpo desnudo de Bárbara Milligan salió despedido del vehículo, y el primer golpe lo recibieron los pies. Después se ha podido comprobar que la mano derecha no colisionó con la superficie de la carretera de una manera violenta.

»Para que los dos dedos se fracturasen en la caída, hubiera sido necesario que el cuerpo cayese de bruces y la mano sufriese el primer impacto de la caída, con todo el peso del cuerpo, en cuyo caso la mano presentaría por lo menos magulladuras en la palma.

»Pero no sucedió así, señores del jurado. El profesor St. John Golder, que practicó la autopsia, les dirá que, en su opinión, los dedos de Bárbara Milligan fueron fracturados expresamente, y para decirlo de una manera más idónea, con toda la fuerza bruta. Sea como fuere, los nudillos de Bárbara Milligan fueron fracturados por alguien que los forzó hacia atrás hasta que se rompieron —levantó los dedos de su mano derecha y los dobló hacia atrás para que su explicación resultase más clara—. No son precisas grandes dotes de deducción por nuestra parte para llegar a la conclusión de que el asesino de Bárbara Milligan trató de abrir su mano para sacar algo de ella. Dudo de que mis ilustres colegas de la defensa puedan refutar este punto.

»Señores del jurado, mi opinión es que Bárbara Milligan estaba luchando por su vida cuando el agresor le fracturó los dedos para obligarla a que le soltase, ya que sus uñas se clavaron en su carne. En la placa C de la prueba tres se ve con toda claridad que Bárbara Milligan tenía las uñas excepcionalmente largas y que varias de ellas están rotas.

»Ahora querría llamar su atención hacia la prueba cuatro, que es una fotografía tomada en la Prisión de Brixton. En ella se ven el tórax y los brazos del acusado, del hombre a quien se imputa este asesinato.

»Esta fotografía se tomó ocho días después de la muerte de Bárbara Milligan. Observarán ustedes que desde el hombro hasta el codo de ambos brazos hay numerosas señales de arañazos y heridas aún no cicatrizadas totalmente.

Mientras la fotografía iba pasando por las manos de los miembros del jurado, Dick Blamey se sintió molesto. ¿Por qué aquellos doce desconocidos de los suburbios tenían que contemplar una fotografía de su tórax y sus brazos desnudos?

—Escucharán el resultado del examen médico —continuó Tylhurst—, según el cual, una de las heridas del brazo izquierdo del acusado no se cicatrizaba, sino que sufría un proceso de infección. El médico de la prisión de Brixton, al examinar la herida, encontró un pequeño fragmento de una uña hundido en la carne.

»Este fragmento de uña, no mayor que el ojo de una aguja, es la prueba cuatro. Se ha podido demostrar que dicho fragmento procede del índice derecho de la joven asesinada.

Se produjo otra pausa prolongada mientras el fragmento de uña lacada hacía su aparición en el interior de una bolsa de celofán, como si fuera la sorpresa de un pastel de Navidad.

—Ya no me queda mucho más que añadir —dijo Tylhurst en un tono que parecía sugerir que el jurado ya podía retirarse a deliberar sobre el veredicto sin necesidad de más preámbulos—. Solamente mencionar el resultado de los análisis de las uñas de la joven asesinada. En ellas se encontraron láminas de tejido cutáneo, en otras palabras, de piel.

»¡Esa piel, señores del jurado, procedía del brazo izquierdo del acusado! Aquellos de nosotros que conocemos el Antiguo Testamento recordaremos que Job dijo: «Y me he escapado con la piel de mis dientes». Señores del jurado, el ministerio fiscal cree que Richard Blamey debe ser declarado culpable de este horrible crimen por la piel de sus brazos. Ya les he citado los hechos más sobresalientes de este caso; ahora que los conocen, mi ilustre colega y yo procederemos a llamar a los testigos.

Capítulo 22

A veces, incluso en la vista de un juicio por asesinato, se producen momentos de alivio. En el juicio de Richard Blamey, el alivio tuvo lugar cuando Hetty Dring-Porterhouse fue interrogada por el fiscal. Su declaración para la defensa había sido muy convincente, detallando casi minuto por minuto lo ocurrido en la mañana del cinco de julio, desde las ocho hasta algo después de las cuatro de la tarde, momento en que vio al acusado subir al avión que había de llevarle a París. En todas estas horas, Richard Blamey no se había apartado de su vista durante más de quince minutos. Hubiera sido imposible que Blamey abandonase la *suite* una hora o dos sin que ella lo advirtiera.

El abogado de Blamey se sentó, muy satisfecho con la declaración de Hetty.

Peter Tylhurst se puso en pie.

Hetty Dring-Porterhouse empezó a bajar los peldaños del estrado de los testigos, sin sospechar que el fiscal pudiera poner en duda la veracidad de sus declaraciones.

—Señora Dring-Porterhouse...

Hetty levantó el velo de su sombrero y miró en dirección al fiscal.

—Diga.

—¿En la mañana del cinco de julio pasado pidió usted almuerzo para tres personas?

—Sí, pedí el almuerzo, si es a eso a lo que se refiere.

—No me refiero a eso. Pregunto si pidió usted almuerzo para las tres.

—¿Para tres personas o para las tres de la tarde?

—Señora Dring-Porterhouse, aquí soy yo quien pregunta.

—Y yo hago lo posible por contestarle.

—Entonces tenga la bondad de decir al tribunal si pidió almuerzo para tres personas, servido en la *suite* del hotel, el día cinco de julio pasado.

—Sí. ¿Hay algo de malo en ello?

—Soy yo quien pregunta, señora Dring-Porterhouse. ¿Prefirieron comer en privado que en el restaurante?

—Yo siempre prefiero comer en privado cuando estoy entre amigos.

—¿Quiénes eran sus amigos en esta ocasión?

—Pues el señor Blamey.

—¿Richard Blamey, el acusado?

—Puede que para usted sea el acusado, pero para mí no lo es.

El juez se removió en su asiento.

—Señora, le agradecería que no se extralimitara en sus respuestas a las preguntas del ministerio fiscal; es decir, que no exponga sus propias opiniones.

—Gracias, Señoría —dijo Hetty, dando la impresión de que el juez había amonestado al fiscal y no a ella.

—Señora Dring-Porterhouse, ¿dice usted que prefiere comer en privado cuando

está con sus amigos? —preguntó de nuevo Peter Tylhurst.

—En efecto.

—¿Cuántos amigos se hallaban presentes en el almuerzo del día cinco de julio pasado?

—Ya se lo he dicho, el señor Blamey.

—El señor Blamey... Señora Dring-Porterhouse, ¿cómo puede decir que el acusado era amigo suyo? Acababa de serle presentado.

—Fue amigo de mi marido durante la guerra, y todos los amigos de mi marido son amigos míos.

—¿Todos los amigos de su marido son amigos suyos, sin importarle los crímenes que puedan haber cometido?

Hetty apartó un poco su velo como si se levantara la visera de un casco para observar mejor al enemigo.

—Perdone, pero yo no he dicho eso.

—Lo he formulado como una pregunta, señora.

—Entonces no me gusta la pregunta. Mi marido no tiene tratos con criminales.

Una o dos personas esbozaron una sonrisa. A Tylhurst no le resultaría fácil tratar con esta dama.

—Señora Dring-Porterhouse, usted tuvo un solo invitado para el almuerzo del cinco de julio pasado.

—En efecto.

—¿Y no invitó también a la amiga de Blamey, Bárbara Milligan?

—No tenía ningún inconveniente en que se quedase.

—Yo no pregunto si deseaba o no que se quedase. Le pregunto si la invitó a almorzar.

—Recuerdo que, efectivamente, la invite, pero ella tenía algunas cosas que hacer.

Tylhurst asintió con la cabeza.

—Sí, tenía algunas cosas que hacer. ¿Le dijo Bárbara Milligan lo que tenía que hacer exactamente?

—En primer lugar, iba a recoger su ropa.

—¿Algo más?

—Dijo algo acerca de que se iba a pasar unos días con su hermana.

—¿Algo más?

—No.

—¿Está usted completamente segura?

—Sí, completamente segura.

—¿Está usted completamente segura de que Bárbara Milligan no estaba citada con Blamey para aquella misma tarde?

—Sé con toda seguridad que no lo estaba.

—¿Sabe con toda seguridad que Bárbara Milligan no quedó con Blamey para encontrarse después del almuerzo?

Hetty emitió un ligerísimo suspiro de exasperación, y replicó con toda la calma posible:

—Eso he dicho.

—Señora Dring-Porterhouse, cuando contestaba usted a las preguntas de mi ilustre colega de la defensa, dijo al tribunal que usted no estaba en la habitación cuando Bárbara Milligan se fue.

—Estaba en mi dormitorio.

—¿No acompañó a su invitada hasta la puerta?

—Siento que mi preparación social rio esté a la altura de la suya, pero...

El resto de la frase fue ahogado por las risas procedentes tanto de los miembros del tribunal como del público. El juez se dirigió a la testigo:

—Señora, ¿tendría la amabilidad de limitarse a contestar al fiscal sin hacer comentarios que no vienen al caso?

—Gracias, Señoría —dijo Hetty con dulzura, como si el juez le hubiese dedicado un cumplido.

Tylhurst estaba enfadado, y lo demostró estirándose los bordes de la toga cuando pudo continuar su interrogatorio:

—No me interesan las sutilezas de su conducta en sociedad, señora. Le he preguntado si acompañó a Bárbara Milligan hasta la puerta de la *suite*. ¿Lo hizo o no?

—No la acompañé.

—Entonces, ¿quién fue?

—Dick Blamey.

—Gracias. En ese caso, ¿cómo puede saber que Blamey no concertó una cita con Bárbara Milligan?

Hetty se volvió hacia el juez para contestar, como una mujer que en una fiesta se dirige a un hombre maduro para escapar de las atenciones inoportunas de un jovencito aburrido.

—Lo sé, Señoría, porque Richard Blamey no se movió del hotel hasta que mi marido y yo le acompañamos al aeropuerto de Londres.

—¿Qué menú encargó para el almuerzo, señora? —preguntó Tylhurst.

—¡Vaya! —exclamó Hetty—. ¿Es usted capaz de recordar lo que almorzó hace dos meses?

Se oyeron dos o tres risitas, y el juez frunció el ceño.

—Debe usted contestar a las preguntas del fiscal —amonestó cortésmente—. Si no puede recordarlo, dígalos así.

—Quizá yo pueda refrescar la memoria de la señora —continuó el fiscal—. Señora Dring-Porterhouse, ¿comieron ustedes caviar?

Hetty pestañeó, como si encontrase ridícula la pregunta.

—Realmente, no veo la importancia que pueda tener aquí el que hubiese comido caviar o patas de cerdo, con uñas y todo.

El público prorrumpió en una general carcajada. El juez esperó a que cesaran las

risas, y entonces ordenó que desalojaran la sala varias personas del auditorio.

—Señora —advirtió el juez—, no debe usted dar respuestas frívolas a las preguntas del fiscal.

—Lo lamento, Señoría —se disculpó Hetty—, pero me ha parecido una pregunta absurda.

—En este tribunal soy yo quien decide si una pregunta es absurda o no —replicó el juez con algo de severidad en la voz.

—He preguntado a la testigo si comieron caviar con el fin de determinar el ambiente de aquel almuerzo —explicó el fiscal—. Da la casualidad de que sé que comieron caviar, porque el hotel en cuestión nos ha facilitado el menú. También sabemos que los tres comensales de este almuerzo consumieron una cantidad considerable de vinos y licores, poco rato después del champaña del desayuno.

Se volvió hacia la testigo.

—Señora Dring-Porterhouse, ¿consideraría usted frívolo que le preguntase qué hacía Blamey en su dormitorio cuando el camarero entró a retirar el servicio del almuerzo?

—Estábamos hablando.

—¿Estaban hablando? —repitió Tylhurst.

—Sí.

—¿En voz baja?

—De ningún modo.

—Entonces, ¿cómo explica que el camarero no oyera ninguna voz a pesar de que la puerta de su dormitorio estaba abierta?

—La explicación puede ser que estaba atento a su tarea sin dedicarse a espiar.

—Señora Dring-Porterhouse, ¿y si yo le sugiriera que Blamey no se encontraba en su dormitorio? ¿Y si afirmase que usted y su marido comieron y bebieron tanto que se quedaron dormidos?

—Puede usted sugerir y afirmar hasta quedarse ronco, pero no por eso será verdad.

Peter Tylhurst dirigió una mirada suplicante al juez, el cual volvió a amonestar a la testigo:

—Señora Dring-Porterhouse —dijo el juez—, le he permitido muchas libertades, pero si insiste en hacer más observaciones personales a las preguntas totalmente correctas del fiscal, no tendré otra alternativa que llamarle la atención por desacato a este tribunal.

—Señoría —replicó Hetty—, el fiscal está tratando de llamarme mentirosa, lo cual se me antoja excesivamente personal.

—La misión de los ilustres abogados, tanto la del fiscal como la del representante de la defensa, es dilucidar la verdad de los hechos en la mayor medida dentro de lo humanamente posible, y presentar dichos hechos ante el jurado —explicó el juez—. Por esta razón se somete a los testigos a interrogatorio por ambas partes, y es

inevitable que, por este afán de descubrir la verdad, los abogados de una y otra parte procuren sembrar la duda y refuten alguna declaración de uno u otro testigo cuando ésta parece estar en desacuerdo con declaraciones anteriores o las que puedan prestarse después.

»Si cada uno de los testigos se sintiera personalmente ofendido cada vez que un abogado de una u otra parte pusiera en duda su testimonio, me temo que jamás llegaríamos a ninguna conclusión.

Después de haber hecho estas elementales observaciones con toda gravedad, como si acabaran de serle reveladas desde el propio monte Sinaí, el juez desvió su mirada de Hetty y la dirigió a Tylhurst.

—Continúe, señor Tylhurst.

—Usted afirma que Blamey no abandonó el hotel hasta que usted y su marido le acompañaron en un coche de alquiler hasta el aeropuerto de Londres.

—Así es.

—Entonces, ¿quiere decir al jurado por qué el chófer del coche que les llevó a ustedes asegura que no recogió a Blamey a la puerta del hotel, sino al final de Old Park Lane?

—Es cierto, así fue.

—¿Quiere decirnos por qué?

—Verá, Dick Blamey salió del hotel dos minutos antes que nosotros.

—¿Dos minutos?

—Sí.

—¿Está segura de que no fueron dos horas?

—¡No, no fueron dos horas!

—No es preciso que levante tanto la voz, señora.

Hetty le miró enfurecida.

—¿Insiste en que Blamey se marchó sólo dos minutos antes de que usted y su marido salieran a la calle, donde les esperaba el coche de alquiler?

—Sí.

—Pero con seguridad se tarda más de dos minutos en recorrer a pie la distancia que separa el Dorchester de Old Park Lane por el lado de Piccadilly.

—No lo sé. Yo nunca voy a pie.

Otra vez se oyeron risas entre el público, y de nuevo el juez frunció el ceño.

—¿Por qué prefirió el afosado subir al coche al final de Old Park Lane en lugar de hacerlo frente al hotel?

—No lo sé. Quizá quería pasear y tomar el aire.

—¿Cómo se explica usted el hecho de que ninguno de los porteros o botones vieran a Blamey salir del edificio?

—Creo que salió por una puerta lateral que da al mismo Park Lane.

—¿Esto significaría que no quería que nadie lo viera salir?

—Tal vez. No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Cree usted posible que Blamey pudiera abandonar el hotel sin ser visto cuando llegó el coche de alquiler?

—Claro que es posible. Es un hotel muy frecuentado.

—Entonces, también es posible que Blamey consiguiera su objetivo dos horas antes, cuando el hotel atendía a la clientela durante el almuerzo.

—Me imagino que hubiera sido posible, pero no salió. Se quedó y almorzó con nosotros.

—¿Por qué supone usted que Blamey no quería que le viera nadie abandonar el hotel?

—Le he dicho que no lo sé. Ignoro lo que pasaba por su mente.

Hetty se mordió la lengua inmediatamente después de haber pronunciado estas palabras, pero ya era demasiado tarde. No podía retractarse, ni explicar lo que había querido decir.

—Gracias —dijo Tylhurst, con una exagerada e innecesaria reverencia.

Capítulo 23

El juez no empezó su recapitulación hasta el cuarto día del juicio, cuando el aspecto de Richard Blamey ya era el de una figura de cera.

—Se ha resignado al hecho de que le declaren culpable —dijo Jenny al señor Dring-Porterhouse.

—Entonces tendrá una magnífica sorpresa cuando le declaren inocente —contestó Johnny, lleno de confianza.

—Espero que aciertes —suspiró ella, apagando el cigarrillo y mirando el reloj.

—Claro que acertaré. Apostaría todo el dinero del mundo.

—Esto confirma mis peores temores —dijo Hetty—. Jamás te he visto ganar una apuesta.

Hay muchos medios y maneras de conseguir, sin necesidad de hacer cola, un asiento en el Tribunal Central de Homicidios, entre las pocas hileras destinadas al público, y Jenny, Hetty y Johnny pudieron sentarse, gracias a la ayuda del agente que estaba de guardia en la puerta; permitió que entraran en la sala momentos antes de que el juez comenzase su recapitulación.

—Señoras y señores del jurado, iniciamos ahora la etapa final de este juicio, que ha sido arduo para todos los componentes de este tribunal.

Su Señoría hizo una pausa, como si estuviera tomando nota de sus propias palabras.

—Durante tres días y medio —continuó—, los ilustres abogados de ambas partes han presentado, en términos claros y no poco elocuentes, los datos necesarios para su veredicto. El cargo que se imputa al acusado es el de asesinato. No cabe la menor duda de que esa joven, Bárbara Jean Milligan, murió asesinada por asfixia y sometida a los más abominables ultrajes, incluso después de muerta.

»El ministerio fiscal afirma que el acusado, Richard Blamey, cometió este terrible acto, y las pruebas abrumadoras que demuestran esta hipótesis son elocuentes. No es el acusado quien ha de convencerles de que no cometió este crimen. Es en el ministerio fiscal, con sus pruebas, en quien deben basar ustedes su convicción. La culpabilidad del acusado debe quedar establecida fuera de toda duda.

»La hipótesis del ministerio fiscal es que este hombre estuvo la noche del cuatro de julio pasado con Bárbara Milligan en un hotel de Bayswater y que la asesinó en la tarde del día siguiente en una habitación de Covent Garden.

»El ministerio fiscal añade que, después de haberla asesinado y ultrajado, el acusado puso el cadáver en un saco, lo bajó por las escaleras y lo llevó en una carretilla por un corto pasaje hasta un camión estacionado allí. Este camión iba cargado de sacos de patatas que habían sido desechadas por el comprador.

»Según el ministerio fiscal, Blamey colocó el cuerpo en el interior del camión, pero antes de abandonarlo cometió con él otro acto de perversión sexual. Así lo afirma el ministerio fiscal.

»Han visto las fotografías del pasaje Endell y los planos de la casa donde esa pobre joven encontró tan espantosa muerte. El camión se hallaba estacionado a unos pocos metros de la puerta del número tres de este callejón sin salida.

»En otras fotografías han podido ver las carretillas amontonadas frente a los otros umbrales de este estrecho pasaje. Había también cubos de basura y escombros del mercado, incluidos algunos sacos viejos.

»No representaba un esfuerzo sobrehumano empujar la carretilla con el cuerpo hasta el camión estacionado, y no hay duda de que así sucedió. Los primeros testigos, cuyas declaraciones han oído, eran los ocupantes de un coche patrulla de la policía de Lincoln, que vieron caer el cuerpo desde el camión cargado de patatas en la madrugada del seis de julio pasado.

»Lo que ustedes han de preguntarse, señores del jurado, es si el acusado colocó el cadáver en el camión. Si realmente fue Blamey, y observen que hago hincapié en la duda, tuvo que hacerlo antes de las tres de la tarde, puesto que sabemos que poco después cogió un coche para dirigirse al aeropuerto de Londres.

»La tarde de un espléndido día de verano parece el momento menos propicio para que un asesino transporte el cadáver de su víctima a través de una calle de Londres, aunque sea un pasaje angosto y solitario.

»Pero, por otra parte, ¿qué mejor momento podía elegir para su abominable cometido? Un hombre que lleva un saco en una carretilla durante las horas del día despierta menos curiosidad o sospechas que si lo hace en plena noche.

»Pero, ¿fue Blamey quien se deshizo así del cadáver, aunque sólo fuera por unas horas, ya que los cadáveres suelen aparecer un día u otro? ¿Fue realmente el acusado?

»Sabemos, por las anotaciones de su diario, que la infortunada joven pesaba sesenta y cinco kilos, un peso considerable para una jovencita. Cargar con un cuerpo así, y además inerte, por unas escaleras de cuatro pisos, supone un esfuerzo nada despreciable. El examen médico ha excluido la posibilidad de que el cuerpo fuese arrastrado o tirado por las escaleras.

»Miren al acusado, señores del jurado. No parece un hombre especialmente robusto. ¿Creen que fue capaz de bajar el cuerpo de la joven sobre sus hombros por las escaleras de cuatro pisos, y después subirlo al camión sin ninguna ayuda? Yo no digo que sea imposible. Sabemos que bomberos de una complexión física semejante pueden llevar en hombros a una persona inconsciente y cuyo peso es superior al de ellos mismos, y bajarla por la escalera de incendios.

»Sin embargo, el acusado no es un bombero, y no estoy sugiriendo que dicho esfuerzo estuviera más allá de sus fuerzas. La desesperación puede prestar a un hombre una resistencia inaudita. Tampoco podemos excluir totalmente la posibilidad de que tuviera un cómplice que le ayudara a transportar el cadáver. Pero no se le juzga por este hecho: se le juzga por asesinato.

»Aun cuando ustedes concluyeran que este hombre no bajó el cuerpo por las escaleras, no significaría que fuese inocente. No estoy diciendo si lo es o no. Esto

deben decidirlo ustedes, porque son los jueces. Son doce jueces, y el veredicto final debe ser el veredicto de cada uno en particular, basado en las pruebas que se les han facilitado.

»¿Qué pruebas hay en contra de este hombre? Está el análisis médico irrefutable de unos minúsculos fragmentos de su piel encontrados en las uñas de la joven muerta. Se ha encontrado también un trozo microscópico de una de las uñas de la víctima clavado en el brazo del acusado. Han visto la fotografía de los arañazos y heridas de sus brazos.

»La opinión del ministerio fiscal es que dichos arañazos los dio Bárbara Milligan a su agresor en sus últimos y desesperados momentos, cuando luchaba por su vida. No existe la menor duda de que fue ella. Ahora bien, lo que ustedes han de dilucidar es si la desgraciada muchacha los infligió cuando luchaba por su vida. Si se deciden en sentido afirmativo, entonces sólo pueden pronunciar un veredicto: el de culpabilidad.

El juez se inclinó hacia el jurado.

—Sin embargo, el ilustre representante de la defensa no admite nada de esto; por el contrario, opina que los arañazos del brazo de su defendido fueron causados en circunstancias muy diferentes, aunque no niega que los causó Bárbara Milligan.

»Y es aquí donde hay que preguntarse el porqué la joven atacó tan sañudamente a este hombre. La defensa ha alegado que lo hizo en un paroxismo de temor, no temor por sí misma, no luchando por su vida, sino por temor de lo que pudiera sucederle a él, el acusado, si no acudía a la policía por lo del otro crimen. Pero a este otro caso ya nos referimos el primer día de este juicio, y quedó claro que no les concernía a ustedes. Se trata de la muerte de la ex esposa de Blamey. La defensa mantiene que Bárbara Milligan arañó en los brazos al acusado, cuando estaban juntos en el hotel de Bayswater, porque tenía miedo por él, no por sí misma.

»Señores del jurado, este alegato es muy singular, hasta el punto de que nunca se había oído ni en este ni en otro tribunal. No son los arañazos ligeros causados por una mujer apasionada en el curso de ciertos actos.

»Se trata de heridas tan profundas que la piel se rompió, y que aún no se habían curado una semana después. ¿Podemos creer que la joven causó estas heridas a su amante de una noche porque éste no quería ir a la policía a prestar declaración? ¿O tenemos que creer al ilustre ministerio fiscal, en cuya opinión fueron infligidas cuando la joven luchaba por su vida? ¿Cuál es la versión más lógica?

»Esta es la cuestión más importante que ustedes deben analizar. Esta es la cuestión sobre la cual ha de basarse su veredicto. Los restantes aspectos son únicamente complementarios.

»No deben ustedes tomar a la ligera el alegato del ilustre abogado de la defensa. Tampoco deben aceptar desde un principio la hipótesis del fiscal sólo porque les parezca más probable, pues sabemos que esta desgraciada joven fue asesinada, y que lógicamente debió oponer alguna resistencia a su agresor. Ustedes han de reflexionar

gravemente sobre ambas versiones y sobre la declaración médica solicitada por ambas partes.

»El eminente médico solicitado por la defensa ha dicho que no es probable que los arañazos fueran hechos por una mujer que luchaba para no ser estrangulada. Ha declarado que era más lógico que las marcas de las uñas se encontraran en las muñecas o el antebrazo del agresor, y no en la parte superior del brazo.

»El también eminente médico solicitado por el ministerio fiscal ha refutado esta declaración, recordando el caso de un asesinato perpetrado hace algunos años, en el que se condenó al camarero de un barco por matar a una pasajera, cuyo cadáver tiró después por una portilla. Hizo mención de que en aquel caso el acusado también presentaba arañazos en la parte superior del brazo (como rasguños hechos por un gato, según dijo él), que empezaban en la parte posterior del cuello y continuaban por el hombro.

Aquí el juez se interrumpió y con su brazo derecho señaló en la parte posterior de su cabeza el lugar exacto donde se habían encontrado las marcas de arañazos y rasguños al camarero.

—Esto parece refutar —prosiguió— el argumento de la defensa de que estas heridas en la parte superior del brazo no fueron hechas por una mujer que luchaba por, su vida. Por otra parte, es muy arriesgado hacer comparaciones entre un caso de asesinato y otro, e intentar establecer un precedente en cuestiones de evidencia.

»A ustedes les concierne únicamente el veredicto final de este caso, y deben ser ustedes quienes asesoren, individual y colectivamente, su evidencia, según su honestidad y Sentido común. Se ha dicho en ocasiones que los testigos expertos se contradicen en sus declaraciones según sean llamados por una u otra parte. Este no es el caso, pues si dos testigos expertos por un igual mantienen opiniones contrarias ante este tribunal, uno de ellos ha de tener razón y el otro ha de estar equivocado en sus apreciaciones. Pero la cuestión no es tan sencilla; un testigo experto puede tener en parte razón y estar en parte equivocado.

»Es competencia del jurado decidir dónde está la verdad cuando se da un caso de duda. Deben ser ustedes quienes decidan cómo y cuándo fueron infligidos estos arañazos en los brazos del prisionero, y, sobre esta decisión, pronunciar su veredicto.

»Hemos oído que el acusado se negó a presentarse a la policía para ayudarles en su investigación porque estaba obsesionado con el miedo de ser encerrado en una celda de la prisión de Brixton, donde se había suicidado recientemente un amigo suyo. Se ha alegado que el acusado declaró: «Si me encierran en aquel lugar, me volveré loco».

»Señores del jurado, el acusado fue internado en Brixton hace varias semanas, y salvo en sus comparecencias ante el tribunal, ha permanecido allí desde entonces. ¿Han advertido en su conducta, durante estos tres días y medio, señales de que se haya vuelto loco?

Su Señoría volvió a interrumpirse como para permitir a las dos mujeres y a los

diez hombres que iban a decidir la suerte de Blamey que mirasen al acusado, que se fijasen en él con mayor detenimiento.

—Es posible, por supuesto, que estas palabras atribuidas al acusado fuesen sólo una exageración por su parte. Después de todo, es normal, incluso en personas que se hallan en circunstancias mucho menos graves, desahogar sus sentimientos de modo parecido en un arrebató de nerviosismo. Pero el acusado no se enfrentaba a una situación trivial, como las que suelen hacer perder la calma a cualquier individuo excesivamente nervioso.

»Su ex esposa, con la que había cenado la noche anterior, había sido asesinada. Insisto en que ustedes deben olvidar por completo la posibilidad de que el acusado estuviera implicado en aquel crimen. Por consiguiente, ustedes pueden imaginar que era víctima de una tremenda angustia y desequilibrio emocional, a menos que se trate de un hombre totalmente desprovisto de sensibilidad y piedad, lo cual no está en mi ánimo sugerirles.

»Considerándole, como es nuestro deber, inocente del asesinato de su ex esposa, ustedes deben decidir, señores del jurado, si es inocente o culpable del otro, asesinato, cometido apenas veinticuatro horas después. Su decisión deberá basarse en las pruebas que se les ha facilitado. Ahora bien, es posible que ustedes se estén preguntando hasta qué punto puede darse la coincidencia. Aquellos de nosotros que analizamos a diario toda clase de crímenes sabemos que, a menudo, se dan las mayores coincidencias.

»Pero aun así, si este hombre es inocente de ambos crímenes, y yo no estoy insinuando que lo sea o no, es una extraordinaria coincidencia que dos mujeres a quien el acusado conocía bien fueran asesinadas en un intervalo de veinticuatro horas y en circunstancias que le hacen sospechoso. Es algo que acaso infunda duda en sus mentes, pero ustedes no deben permitirse ninguna vacilación, sino considerar únicamente los hechos concernientes al asesinato de Bárbara Milligan y olvidar el resto. Deben evitar comentarios entre sí acerca de que este hombre ha de ser culpable porque concurren en él demasiadas circunstancias que distan mucho de presentarle como inocente.

»Hace años, un agente de policía excesivamente celoso de su deber intentó arrestar a dos inocentes transeúntes de Piccadilly por considerar que querían impedirle el cumplimiento de su misión. Desgraciadamente, uno de los caballeros era un magistrado de la ciudad, y el otro un eminente jurisconsulto. Menciono este hecho puramente anecdótico para demostrarles que a veces las circunstancias nos juegan malas pasadas. Por consiguiente, ustedes no deben decirse a sí mismos que tal o cual declaración no puede ser cierta porque entraña una serie de coincidencias excesivas.

»Gran parte de la evidencia es circunstancial y no atañe al meollo de la cuestión. Sin embargo, no deben desechar una evidencia circunstancial, pues ésta resulta en ocasiones más reveladora que la directa. Uno de mis predecesores dijo una vez, y creo que en esta misma sala, que las circunstancias no mienten, No puede afirmarse

lo mismo de algunos testigos.

»Les estoy hablando en términos generales, sin tratar de influenciarles de un modo o de otro, para que puedan pronunciar su veredicto sin ninguna clase de prejuicio y sin tener en cuenta lo que hayan podido leer en los periódicos.

»Hablemos ahora de la evidencia presentada por el ilustre abogado de la defensa. Dicho en pocas palabras, su argumentación se basa en una coartada. Asegura que Blamey no pudo matar a Bárbara Milligan porque no estuvo en el lugar del crimen. No estaba en el pasaje de Endell Street, sino en Park Lane.

»Los amigos del acusado, el señor y la señora Dring-Porterhouse, han declarado que éste no abandonó la *suite* del hotel hasta pocos momentos antes de salir hacia el aeropuerto de Londres. Han afirmado, bajo juramento, que Richard Blamey almorzó con ellos, y de acuerdo con lo declarado fue un almuerzo opíparo. Si Blamey compartió realmente con ellos el almuerzo, entonces resulta hartamente difícil que pudiera cometer este horrible crimen y llegar a tiempo para coger el coche de alquiler y dirigirse al aeropuerto. Si ustedes aceptan la versión de que realmente se quedó hasta el final del almuerzo, y no diré el amargo final, sino el dulce final, con fresas al kirsch, seguidas de café irlandés, entonces tienen que declararle inocente.

»Pero, ¿se quedó a almorzar, o, en caso de que así fuera, se quedó hasta el último plato? ¿No es también posible que comiera únicamente el caviar, se disculpara después y se marchara a la cita concertada con Bárbara Milligan?

«Según parece, el almuerzo no fue servido por etapas. Todos los platos, a excepción del pato, eran fríos; es decir, que llevaron a la *suite* toda la comida, incluidos los vinos, retirándose inmediatamente después. El pato estaba sobre una placa eléctrica, los vinos blancos en un cubo de hielo, y los vinos rojos a la temperatura ambiente. Incluso dejaron los ingredientes del café irlandés para que lo preparase el mismo señor Dring-Porterhouse, el cual se ocupó personalmente de partir el pato en porciones.

—Por el modo en que hablan de aquel almuerzo, se diría que fue la Última Cena —susurró Hetty.

—Por lo visto, la señora Dring-Porterhouse prefirió que la comida, o mejor dicho, el banquete, fuera íntimo, sin la presencia de los camareros, y por la actitud de dicha señora cuando estaba atestiguando creo que no se trata de una persona a quien estorbe precisamente la presencia del servicio. Sin embargo, ella y su marido estaban en su luna de miel, y las parejas en luna de miel, aunque sean de su edad, prefieren un ambiente íntimo a un lugar público.

—¡Sarcástico vejestorio! —murmuró Hetty a Johnny—. ¿Qué sabe él de la luna de miel? Me apostaría lo que fuera a que nunca ha vivido ninguna.

—O tal vez tenían que tratar de asuntos privados con el acusado —continuó Su Señoría—. Sabemos que el billete de avión para Blamey fue reservado desde su *suite*. Si Blamey permaneció en ella, entonces no puede ser el hombre que llevó a Bárbara Milligan al número tres del pasaje de Endell Street. Pero, ¿se quedó? Los camareros

que retiraron el servicio han declarado, bajo juramento, que no estaba allí. La señora Dring-Porterhouse ha dicho, también bajo juramento, que estaba con ella en su dormitorio, hablando.

»Por otro lado hemos oído la declaración de la señorita Smailes, camarera de una cervecería de Haymarket. Ha afirmado que vio al acusado en compañía de Bárbara Milligan en la taberna de dicho bar a la una de la tarde; que ocuparon una mesa en un rincón y que Bárbara Milligan tomó un coñac y el acusado una ginebra con tónica.

—¡La puta embustera! —murmuró Johnny—. Dick jamás bebe ginebra.

Dick Blamey ni siquiera se había enfadado cuando oyó a la señorita Smailes jurar que le había visto con Bárbara Milligan en dicho bar. La memoria puede fallarle a cualquiera, y la señorita Smailes no era una excepción. Dick comprendió que, aunque no existía ningún parecido físico, la camarera le había confundido con Rusk. Habían estado juntos en aquel bar hacía dos días, y la señorita Smailes fue quien les sirvió. Por lo visto, Rusk llevó a Bárbara a la cervecería de Haymarket al día siguiente.

—Así pues, señores del jurado, ¿a quién hemos de creer? —preguntó el juez—. ¿A la señorita Smailes o a los señores Dring-Porterhouse, amigos del acusado? Pero ustedes no deben despreciar la declaración de dichos señores sólo por el hecho de su amistad con Richard Anthony Ian Blamey.

»Después tenemos la declaración del hombre que hizo un favor al acusado, el señor Rusk. Este dio a Blamey la llave de su piso. Sabemos que esto es cierto porque la llave se encontraba en poder del acusado cuando fue arrestado. También tenía un puñado de balas, pero ningún revólver. ¿Lo había ocultado en alguna parte? Lo ignoramos. El acusado afirmó que nunca había tenido un revólver, sino sólo las balas.

»El señor Rusk atestiguó que cuando volvió a su piso del pasaje de Endell Street la mañana del siete de julio pasado vio una maleta desconocida en el fondo de su armario, y que supuso que pertenecía a Blamey. Pero no era así. Era de la joven asesinada. No obstante, en el asa de dicha maleta se encontraban las huellas dactilares de Blamey. El acusado, en su declaración, explicó que se había limitado a mover aquella maleta porque le estorbaba en su búsqueda de un jarrón donde colocar las flores que había comprado en el mercado de Covent Garden.

El juez juntó las yemas de los dedos de ambas manos, como si rezara.

—Reflexionen sobre esto, señores del jurado, reflexionen sobre esta declaración del acusado. Este hombre, que tenía un puñado de balas en el bolsillo, justifica la existencia acusadora de sus huellas dactilares diciendo que cambiaba las cosas de lugar porque buscaba un florero. ¿Es una explicación verosímil? ¿Busca uno un florero detrás de una maleta que está en el fondo de un armario? ¿Y en el piso de otra persona? Es cierto que el acusado tenía una caja llena de flores. Pero, ¿por qué compra flores un hombre? ¿Para sí mismo? No es lógico. Un hombre compra flores cuando espera la visita de una mujer.

»El acusado, en su declaración, dijo que había comprado las flores para hacerse pasar por un comerciante del ramo, y conseguir así que le sirvieran bebida en uno de

los bares que disfrutaban de licencia especial en beneficio de los trabajadores del mercado. De nuevo les pido que reflexionen sobre esto, señores del jurado. ¿Les parece una explicación verosímil? ¿Es corriente que un hombre pague treinta chelines o más por una caja de flores con el fin exclusivo de entrar en un bar y pedir un whisky? ¿No es un sistema algo caro para conseguir una bebida? Y si tanta falta le hacía beber, ¿no llevaba en el bolsillo media botella de whisky?

»El ilustre ministerio fiscal ha insinuado que el acusado compró aquellas flores pensando en una nueva víctima, otra víctima a la que pensaba atraer. Ahora, con el debido respeto hacia el ilustre fiscal, quiero pedirles que desechen esta idea de sus mentes. No es su misión reflexionar en estos términos, señores del jurado, porque ello presupone la culpabilidad del acusado, y en los tribunales de este país se considera inocente al acusado hasta que su culpabilidad queda probada y fuera ya de toda duda.

»El señor Rusk les ha dicho que despertó sus sospechas el hecho de ver al acusado llevando un paquete con la ropa de la joven muerta, y los agentes de la policía han afirmado que, en efecto, el acusado tenía en sus manos dichas prendas cuando le arrestaron. Dadas las circunstancias, no creo que pueda haber duda acerca de que el acusado tenía en su poder la ropa de la desgraciada joven.

»Si Blamey cometió el asesinato, ustedes considerarán muy extraña su conducta al conservar la ropa de su víctima. ¿No era esto hacer recaer sobre él las sospechas? Sin embargo, es sabido por todo el mundo que el obseso sexual tiene tendencia a los más extraños fetichismos y obsesiones. No estoy diciendo que el acusado sea uno de ellos. Esto han de decirlo ustedes.

»Y llego a una cuestión importante que han de tener muy en cuenta. Si, después de sus deliberaciones, deciden que, en efecto, el acusado mató a Bárbara Milligan (y digo si), entonces es posible que también lleguen a la conclusión de que este hombre no es normal. Pueden pensar con razón que quien comete un crimen dé esta especie es un enfermo mental; pero aunque su enfermedad le lleve a cometer actos tan espantosos como éste, no por ello se le puede considerar irresponsable de sus actos a menos que se alegue culpabilidad con el atenuante de total perturbación mental. Pero en el caso presente no es así. El acusado se declara inocente. Ténganlo en cuenta.

»Por último, me referiré a los dedos fracturados de la víctima. En las uñas de estos dos dedos fracturados, como también en las otras de la misma mano, se encontraron trozos microscópicos de la piel del acusado. El ministerio fiscal alega que éste rompió los dedos de la joven al obligarla a soltarle el brazo. Quizá ustedes pensarán que esta es la explicación más lógica de los dedos fracturados; además, el examen médico la ha ratificado. También pueden aceptar la declaración de la defensa, según la cual los dedos de la joven se rompieron cuando el cadáver cayó del camión. ¿Cuál de las dos hipótesis es más verosímil?

»El acusado dice que los arañazos de sus brazos son debidos al romance que vivió con la joven en el hotel de Bayswater Road, que lleva el nombre tan poético de Lagos de Killarney. Si está diciendo la verdad, entonces los dedos de Bárbara Milligan no

podieron romperse del modo alegado por el fiscal.

»La joven abandonó el hotel la misma mañana del día en que fue asesinada. Después fue vista saliendo de la cervecería El Milagro Moteado y llevando su maleta en la mano derecha, lo que resultaría imposible de tener rotos los dos dedos de dicha mano.

»No, no creo que pueda haber ninguna duda de que los dedos se rompieran cuando, unas horas más tarde, luchaba desesperadamente por su vida. La pregunta que han de formularse, señores del jurado, es la siguiente: ¿fue Blamey quien le rompió los dedos? Si la contestan afirmativamente, el único veredicto que pueden pronunciar es el de culpabilidad. Pero, ¿fue Blamey? Él está aquí ante ustedes, y se le supone inocente. Si el ministerio fiscal les ha convencido de que no lo es, entonces es culpable. Pero si abrigan alguna duda al respecto, entonces deben pronunciar sin vacilación el veredicto de inocencia.

»Señores del jurado, ya no me queda mucho más por decir. Creo que me he referido a los puntos más sobresalientes. No es preciso que vuelva a recordarles su solemne juramento de pronunciar un veredicto justo, y que debe ser el veredicto de todos ustedes. Se les ha requerido para cumplir la misión más alta de un ciudadano. Ahora la responsabilidad es suya, y deben enfrentarse a ella con calma e imparcialidad.

»Tal es el deber que tienen para con el Estado que les ha pedido su colaboración. También tienen un deber para con el acusado. No deben dejarse influenciar por el prejuicio ni por el sentimentalismo. No se inclinen en contra de este hombre porque su moral deje mucho que desear; ni á su favor por el hecho de que fuese un valiente aviador en momentos de grave peligro para la nación. Finalmente he de añadir que también tienen un deber para con Bárbara leon Milligan, tan atrozmente asesinada. Señoras y señores del jurado, retírense ahora a deliberar y comuníqueme su veredicto cuando lo hayan pronunciado.

Eran las cuatro. El jurado se retiró a deliberar.

El juez había estado hablando durante dos horas.

Capítulo 24

Mientras bajaba los peldaños de las escaleras entre los dos policías de la prisión, Blamey iba pensando que posiblemente la presencia de Hetty y Jenny en el juicio habría inspirado a algún periodista el encabezamiento de su artículo de aquella mañana: «Ayer, el Oíd Bailey estaba atestado de elegantes damas con motivo de llevarse a cabo, en la sala número uno, el tercer día de juicio del ex jefe de escuadrón Richard Blamey, DSO, DFC y abogado, acusado del asesinato de la camarera Bárbara Milligan». Los slogans periodísticos, como los pensionistas de Chelsea, parecen inmortales.

Uno de los policías de la prisión encendió su pipa frente a un montón de teteras. Calculó que la terminaría cuando el jurado estuviese a punto de salir. En realidad, se equivocó. Tuvo tiempo de encenderla varias veces.

—No puedo imaginarme por qué tardan tanto —dijo a su colega, con una fantástica indiferencia por los sentimientos de Blamey.

—Si hemos de llevar a este tipo a Wandsworth —dijo el otro—, nos quedaremos bloqueados entre el tráfico de Londres Oeste. Hoy las tiendas cierran tarde.

El jurado deliberó durante una hora y diez minutos, lo cual fastidió a los reporteros de los periódicos vespertinos porque ya no podían incluir el veredicto en las ediciones de última hora.

En Brixton, un preso veterano había confiado a Richard Blamey: «Mire bien al jurado cuando vuelva a la sala, y sabrá el veredicto antes de que lo pronuncien. Si es inocente, todos le mirarán mientras vayan entrando. Si es culpable, evitarán el mirarle, casi como si se avergonzaran de lo que van a hacerle. Nunca falla».

El viejo tenía razón. Cuando volvió el jurado, ni uno solo de sus miembros miró a Blamey. Todos miraron al juez mientras ocupaban sus asientos.

El escribano se dirigió a ellos e inquirió con una entonación mecánica:

—Señores del jurado, ¿han decidido ya su veredicto?

El portavoz se levantó y dijo:

—Sí, lo hemos decidido.

—¿Declaran al acusado Richard Anthony Ian Blamey culpable o inocente del asesinato de Bárbara Jean Milligan?

—Culpable, Señoría.

—¿Le declaran culpable, y es éste el veredicto de todos y cada uno de ustedes?

—Así es.

El escribano miró a Blamey, de pie entre los dos policías de la prisión.

—El prisionero es condenado por asesinato. ¿Tiene algo que alegar ante este tribunal contra la sentencia de muerte que según la ley pesa sobre usted?

En el tribunal reinó un silencio semejante al que sigue a una nevada copiosa y repentina.

Richard Blamey no tenía intención de decir nada. Le parecía absurdo, y cuando

oyó su propia voz, se le antojó que un ventrílocuo estaba hablando por él. Sólo dijo cuatro palabras:

—¿Tienen permiso de edificación? —preguntó.

En circunstancias menos tristes, la réplica del acusado hubiese podido provocar la risa. En cambio, una especie de incrédulo asombro se apoderó de casi todos los asistentes. Probablemente se trataba de la frase más cínica pronunciada por un hombre que iba a ser sentenciado a muerte.

El capellán de la prisión colocó una tira de seda negra sobre la peluca del juez.

—Richard Anthony Ian Blamey, ha sido declarado culpable de un espantoso crimen —la voz del juez sonó casi demasiado frágil para las palabras que debía pronunciar—. La sentencia de este tribunal es que sea llevado a una prisión del Estado, y de allí al lugar de ejecución, donde será colgado hasta que muera, y que después su cuerpo sea enterrado dentro del recinto de la prisión donde habrá estado internado hasta su ejecución. Y que el Señor tenga piedad de su alma.

—Amén —dijo el capellán.

La función había terminado. El juez felicitó al jurado y les comunicó que estarían dispensados de prestar servicio en una corte durante diez años. Blamey sintió la tentación de gritar: «¿Por qué no tocan el himno nacional?», pero no dijo nada, y custodiado por los dos policías de la prisión, se encaminó cojeando, pero rápidamente, hacia los escalones que conducían a las celdas.

Veía confusamente muchos rostros, pero de pronto, como a través de unos prismáticos, distinguió entre ellos a Jenny, Hetty y Johnny. Sus rostros estaban desencajados, y no pudo descifrar lo que intentaban comunicarle, pero hubiera podido jurar que Johnny Dring-Porterhouse estaba llorando, el viejo idiota.

Su abogado y el abogado de la defensa fueron a verle a la celda y le dijeron que recurrirían al Tribunal Supremo, pero Blamey apenas les escuchó. Ya estaba harto del asunto.

Le dijeron que, incluso aunque la apelación les fuese denegada, podía estar tranquilo respecto a la sentencia de muerte. Hacía meses que no se colgaba a nadie en el país, y era casi seguro que habría un indulto general.

—Esto me hace sentirme a las mil maravillas —dijo Blamey.

—En cualquier caso, el juez ha cometido un grave error al emplear la antigua versión de la sentencia de muerte —le dijo su abogado—. La versión moderna es mucho más breve.

—Tal vez, como la mayoría de los jueces, prefiere los buenos tiempos pasados —replicó Blamey con sequedad—. Y a fin de cuentas, el resultado es bastante parecido, ¿no?

—¡Oh!, a propósito, creo que van a llevarle a Pentonville.

—Magnífico —repuso Dick—. ¿Por qué no alquilan la isla del Diablo, ahora que los franceses no la utilizan? No me vendría mal un largo crucero.

—Los señores Dring-Porterhouse y Jenny Page le envían cariñosos recuerdos y le

piden que no se desespere.

Nihil desperandum, ¿verdad? —dijo Dick con una sonrisa sarcástica.

—Le pondrán en una celda de condenados a muerte, claro, pero no deje que esto le deprima.

Esta observación se le antojó a Dick tan cargada de ironía, que no pudo reprimir una carcajada. Estuvo riendo durante todo el viaje, a Pentonville.

Y aún seguía riendo cuando le condujeron a una de las dos celdas para condenados a muerte, la del ala A; ambas celdas estaban separadas por la cámara de las ejecuciones. Antes las dos se hallaban juntas en el ala B, con lo cual el prisionero tenía que salir de ellas maniatado y caminar un largo trecho hasta la cámara de las ejecuciones. La nueva instalación resultaba mucho más cómoda para todos. El único inconveniente era que si ambas celdas estaban ocupadas, el otro condenado no tenía más remedio que oír todos los rumores mientras se despachaba a su vecino con la rigurosa formalidad de la ley.

Aquel primer fin de semana tuvo pesadillas. Soñó que estaba en una casa de apuestas y que todos los clientes vestían el uniforme gris de la prisión, y los empleados y el que escribía en la pizarra eran oficiales de la policía.

Después, la pizarra en la que figuraban los nombres de todos los caballos y las apuestas fluctuantes se convirtió en la pizarra de la sala de operaciones de una base de bombarderos. Los nombres de los caballos fueron remplazados por los nombres de los capitanes de aviación. Las apuestas se transformaron en los detalles sobre la carga de bombas, horas de vuelo, momento de llegada al objetivo, y finalmente, las tres palabras de oro del vocabulario de cualquier piloto en tiempo de guerra: *Hora de aterrizaje*.

El hombre que escribía en la pizarra se esfumó, y apareció Brenda.

Pero Blamey se dio cuenta de que no figuraba la hora de aterrizaje de su avión, Z 293 (S/L Blamey), y echó a correr hacia Brenda, gritando: «¡Brenda, hemos llegado y te has olvidado apuntar nuestra hora de aterrizaje!».

Al tiempo que gritaba esto, se cayó al suelo de la celda; el oficial Wanstead, que le ayudó a levantarse, le dijo:

—Tranquilo, muchacho, o vas a despertar a todos los inquilinos de la casa.

Los policías que tenían la misión de acompañar constantemente a Blamey durante su estancia en la prisión (los Beetles de la Guardia Mortuoria), estaban un poco nerviosos por su aparente buen humor. Nunca habían visto un caso parecido, y se preguntaban si no tendrían realmente a su cargo a un perturbado.

—Anímense —les dijo Blamey—. Pronto estaré muerto.

Blamey suspiró.

—Vamos, ése no es modo de hablar —le amonestó el oficial Wanstead, un veterano—. No digas eso. No volverán a colgar a nadie en este país. Saldrás de aquí dentro de poco tiempo, cuando se apruebe el indulto. Entonces, en un año o dos te trasladarán a una de esas cárceles modernas donde se trabaja en el jardín. ¿No crees

que será algo muy agradable? ¿Puede haber algo mejor?

En los días que siguieron, Blamey descubrió que se había convertido en una persona muy importante, más importante para el Estado que durante su época de aviador. Casi le mimaban.

El gobernador venía a verle todos los días, así como el oficial médico y el capellán. Dick comprendía el interés de este último por un alma que pronto sería despachada hacia otras esferas, pero no podía comprender la razón del cotidiano examen médico, por superficial que éste fuera.

Entonces uno de los policías le dijo que el oficial médico era la única persona, aparte del secretario del Interior, que tenía atribuciones para aplazar una ejecución si llegaba al convencimiento de que la salud mental o física del prisionero no eran lo bastante buenas para que éste fuera colgado, aunque jamás se había producido un caso semejante.

Cuando Blamey hacía ejercicio en el patio de la prisión, solo, a excepción de los guardianes que le vigilaban, veía muchas caras pálidas apretadas contra las ventanas de las celdas, contemplándole.

Una mañana oyó que alguien estaba cavando, y preguntó si ya le preparaban la fosa. Le informaron que estaban desenterrando los restos de Roger Casement.

Dieciocho días más tarde, dieciocho días que le parecieron dieciocho años, el gobernador le dijo:

—Tengo buenas noticias para usted, Blamey. Su sentencia ha sido conmutada a cadena perpetua.

¡Buenas noticias! Blamey se retorció de risa en su celda mientras los guardianes le ladraban:

—¡Manténgase en posición de firmes delante del gobernador!

Ya no era una persona importante. Le habían postergado a ser uno de los condenados a cadena perpetua; otro prisionero más, vestido de gris, desprovisto de la trágica aureola que le envolvía el día en que le trasladaron de la celda de los condenados a muerte a otra celda del piso superior, junto con todos los demás criminales, en espera de su traslado a una prisión provincial.

Demostró su gratitud por el acto misericordioso del secretario del Interior, durante la primera mañana en que tomó parte en el edificante espectáculo de vaciar los orinales: separándose de la cola saltó por encima de la barandilla de hierro y fue a estrellarse contra el pavimento de piedra.

El contenido de su orinal cayó con él, empapando a un guardián y provocando en los prisioneros las carcajadas más estentóreas que se habían escuchado hasta entonces en Pentonville. Y los prisioneros aún reían cuando los guardianes recogieron a Dick Blamey y lo llevaron á las celdas que en Pentoville reciben el eufemístico nombre de hospital.

El médico que le examinó dijo, como lamentándolo:

—Vivirá.

Le transportaron al Royal Northern Hospital de Holloway Road para que fuera intervenido de múltiples lesiones. En su último momento de lucidez, antes de que la anestesia surtiera efecto, experimentó la ilusión de que la enfermera del quirófano era Brenda, y que le estaba diciendo: «Adelante, Zeta Cobra Dos Nueve Tres».

Capítulo 25

En los tiempos no muy lejanos en que ciertos señores del país añadían a sus ingresos normales el salario de un verdugo ambulante, los detectives que se dedicaban a los casos de asesinato tenían la costumbre de celebrar una fiesta cuando se pronunciaba una sentencia de muerte. Estos modestos jolgorios eran conocidos con el nombre de «fiestas de la guillotina». El superintendente Tim Oxford no había sido nunca muy aficionado a estas reuniones informales, ya que la cerveza no le entusiasmaba, y prefería desaparecer con disimulo después de beber una copa de jerez seco.

No hubo «fiesta de la guillotina» la tarde del día en que Richard Blamey fue condenado a muerte, y el Funerario ni siquiera se detuvo a tomar un jerez, sino que fue directamente a su casa de Winchmore Hille, donde su esposa apenas si pudo arrancarle una palabra en toda la velada.

Tenía varios días de vacaciones, y en lugar de dirigirse a Scotland Yard a la mañana siguiente, puso sus cañas de pescar en el asiento posterior de su coche y tomó la Nacional A1.

Durante Una semana recorrió dicha carretera a todas horas del día y de la noche, deteniéndose en los cafés situados entre Londres y Grantham, y después en los que bordeaban la carretera entre Newark-on-Trent y Lincoln, tomando tal cantidad de tazas de té en dichos establecimiento, que al final temió acabar pareciéndose al Dixon de Dock Green.

Los transportistas son hombres campechanos, y Tim Oxford no halló ninguna dificultad en entablar conversación con ellos y orientarla hacia el tema que aún seguía ocupando muchas columnas de los periódicos: el asesinato de Bárbara Milligan. Ahora que había terminado el juicio, muchas personas de espíritu humanitario pedían que Richard Blamey pagara su crimen con la máxima pena impuesta por la ley, y confiados en que el secretario del Interior no se sintiera tan magnánimo como para indultarle.

Los camioneros, en su mayoría hombres decentes y muy trabajadores, estaban a favor de los agitadores que no querían el indulto. Tenían esposa e hijas. Uno le dijo: «Un tipo como éste está mejor muerto, y nadie me convencerá de que unos años de prisión pueden curarle. Si le indultan, cuando vuelva a salir a la calle cometerá otro crimen».

Por abrumadora que hubiese sido la evidencia contra Blamey, Oxford tenía la impresión de que no se había descubierto toda la verdad. Encontraba un tanto absurdo, por ejemplo, que los señores Dring-Porterhouse se inventaran la historia de que se había quedado a almorzar con ellos. También era difícil de creer que una joven como la señorita Page visitase a Blamey diariamente mientras duró el juicio, de haber sabido que era un monstruo de depravación. ¿Y por qué aquel hombre, Rusk, había llevado su amabilidad hasta el extremo de prestar a Blamey la llave de su piso? No habían sido compañeros en el Ejército, como en el caso de Dring-Porterhouse.

Oxford no estaba convencido de que Blamey fuera un psicópata, ni de que hubiera cometido ninguno de los dos asesinatos.

Un detective cualquiera se hubiese encogido de hombros y dedicado por entero a la pesca. Después de todo, la responsabilidad del veredicto correspondía al jurado, no a él. Había cumplido su misión concienzudamente, haciendo acopio del mayor número posible de evidencias. Dadas las circunstancias, con el comisionado pisándole los talones, Oxford no había tenido más alternativa que acusar a Blamey. Pero en todo aquel rompecabezas faltaba una pieza, y tenía el presentimiento de que aquella pieza se encontraba en la nacional A 1, de Londres a Grantham, o en la carretera de Grantham a Lincoln.

Pese a ello, su excursión estaba resultando un fracaso. En algo más de una semana había charlado con casi todos los «habituales» del transporte entre Londres y Lincoln. Había estado en tantos cafés con ambiente musical, que casi conocía de memoria todos los discos de los Top Twenty del Pop Parade. La suerte no le favorecía. Pero en el último momento surgió lo que buscaba.

Estaba estirando las piernas alrededor de una gasolinera cuando un camión se detuvo frente al bar. El chófer le saludó con la mano y le dijo alegremente: «Hola, camarada».

Tim Oxford reconoció en él a uno de los conductores con quien había hablado hacía unos días, sin obtener ninguna información útil. El chófer bajó del camión.

—Venga a beber una taza de té, camarada —le sugirió.

Tim Oxford entró con él en el café.

—Coja uno —invitó el chófer, sacando un paquete de cigarros.

—Gracias, se lo acepto. Me gusta fumar un Woodbine de vez en cuando.

Encendieron los cigarros. La música del tocadiscos era ensordecedora.

—A mí también me gusta un cigarro en ocasiones —dijo el chófer del camión—, en especial los domingos, cuando puedo descansar. Pero ceno tan pocas veces en casa los domingos, que casi nunca fumo cigarros, ni siquiera cuando me los regalan. Ahora que recuerdo, el último que me dieron en esta carretera fue hace poco tiempo, un hombre a quien llevé en el camión.

—Una sorpresa agradable. Los que hacen auto-stop no suelen regalar cigarros, ¿verdad?

—Desde luego que no. La mayoría te piden un cigarrillo, como si llevarlos no fuera bastante. Pero aquel hombre no era de los corrientes. Su coche estaba averiado, o por lo menos eso dijo.

—¿Y no era cierto?

—Yo no vi ningún coche. Es casual, pero fue en este mismo café donde me pidió que le llevase a Londres.

—¿Y le recompensó con un cigarro?

El camionero asintió.

—Aún no me lo he fumado; lo tengo en casa, en el comedor.

—Su amigo no se sentiría muy halagado si lo supiera.

—No era amigo mío, camarada. Se me antojó un tipo muy extraño.

—¿En qué aspecto?

—Pues iba bien vestido, pero parecía que hubiera dormido en un campo. En un campo de patatas, para ser exacto.

—¿Qué le hizo pensar esto?

—*Olía* a patatas, camarada, y llevaba el traje, que era de los caros, manchado de tierra, de la tierra que cubre las patatas antes de que las laven, ¿comprende?

Tim Oxford asintió.

—Daba la impresión de haberse revolcado en un montón de patatas —insistió el camionero.

—¿Dónde supone usted que podía haber estado?

—Que me cuelguen si lo adivino.

—Aparte de ir bien vestido, ¿qué aspecto tenía?

—Era un hombre corpulento. ¿Sabe una cosa? Al principio pensé que era un policía, pero los policías no fuman habanos, ¿verdad?

—No, pero a mí me gusta fumar uno de vez en cuando.

El camionero dejó la taza de té y se quedó mirando a Oxford.

—No será usted un policía ¿verdad?

El Funerario le miró durante un momento y después asintió con la cabeza.

—¡Vaya! —exclamó el camionero—. ¡Y yo que pensaba que era un hombre de negocios poco claros!

—Estoy metido en uno muy poco claro —dijo Tim Oxford—. ¿Quiere hacerme un favor? Vaya a su casa, tráigame aquel cigarro y yo le compraré otro igual. O mejor todavía: le acompaño a su casa. Le seguiré en mi coche.

—¡Diablos! —exclamó el camionero—. Me ha dejado de una pieza. ¿Qué trae entre manos?

Tim Oxford hizo caso omiso de la pregunta e inquirió a su vez:

—¿Conserva todavía la banda de ese cigarro?

—Sí, pero está un poco borrosa.

—¿Qué quiere decir eso de un poco borrosa?

—Pues verás, aquel hombre tenía los dedos sucios, y manchó la banda cuando me lo dio.

Había, efectivamente, la huella de un pulgar en la banda del cigarro que Robert Rusk había dado al camionero, y correspondía totalmente con la huella encontrada en la piel de la patata que el forense tuvo que extraer, con ayuda de los fórceps, del interior de la vagina de Bárbara Milligan.

Esta patata no había sido exhibida en el tribunal por considerarse que la huella del pulgar carecía de trascendencia. Podía pertenecer a cualquiera de los numerosos trabajadores que se dedicaban a cargar la mercancía. Ahora que la huella del pulgar resultaba ser la misma que la de la banda del cigarro, la patata se convertía en una

patata muy caliente, pese al hecho de haber sido conservada dentro de una bolsa de politeno en una nevera del Laboratorio Científico de Hendon.

Parecía que el Funerario iba a pescar a El Bizcocho.

—Tendremos que invalidar la condena de Blamey, señor —dijo al comisionado.

El distinguido funcionario ordenó a Oxford que se preocupara sólo de sus propios asuntos. Su misión era condenar, no invalidar las condenas. Estaba realmente incomodado con Oxford. Los agentes no tenían derecho a hacer investigaciones por su cuenta, ni siquiera cuando estaban de vacaciones. No era incumbencia del jefe de la Brigada de Homicidios anular los veredictos de los tribunales de Su Majestad. Un superintendente no podía representar el papel de lord canceller y secretario del Interior.

En cualquier caso, no existía ninguna prueba de que las huellas del pulgar perteneciesen a Rusk. Y aun suponiendo que así fuera, ¿qué importaba? No disminuía el peso de la evidencia contra Blamey. Lo máximo que podía deducirse era que Rusk había ayudado a Blamey a deshacerse del cadáver.

En opinión del comisionado, Oxford se estaba exponiendo a mucho para no obtener casi nada. Revisar el caso sería inútil. El asunto había quedado zanjado de una vez para siempre. Pero el comisionado de la Policía Metropolitana se equivocaba: el caso de Bárbara Milligan no estaba zanjado. Seguía atrayendo la atención de la opinión pública; los lectores continuaban escribiendo a los directores de los periódicos protestando ante el escándalo que suponía indultar a un hombre como Blamey.

Entonces un periodista hizo correr la voz de que Blamey había recibido una transfusión de sangre en el Royal Northern Hospital. ¿Por qué había que utilizar un valioso plasma para salvar la vida de un hombre que era una amenaza para la sociedad? ¿Por qué se malgastaba en este desgraciado el tiempo y la pericia de los cirujanos y las enfermeras, cuyo trabajo era tan valioso para otros pacientes? En el futuro, los donantes, de sangre tendrían que recibir la garantía de que su plasma no sería utilizado para prolongar la vida de asesinos peligrosos.

Otro periodista publicó un artículo en que se ponía de manifiesto que los criminales, tanto hombres como mujeres, donaban un mayor porcentaje de sangre que el resto de la gente. En las prisiones de Su Majestad, los donantes voluntarios eran más numerosos que en cualquier otro sector. Esta revelación causó aún más revuelo. No era decente que las personas honradas que eran intervenidas quirúrgicamente recibieran en sus venas sangre de los criminales.

Richard Blamey no sabía nada de esta controversia pública, mal informada y de carácter algo histérico. Se sentía muy humillado por encontrarse todavía en el mundo de los muertos vivientes.

Una semana después de la operación se hallaba en el hospital, cojeando por los pasillos, y pensando que muy pronto le reintegrarían a una de las prisiones de Su Majestad. Estaba en un pabellón de pacientes normales, pero separado de ellos, lo

cual les imposibilitaba para disfrutar del morboso placer de señalarle con el dedo durante las horas de visita.

Una noche llamaron al cirujano para que examinase a cierto paciente famoso, un futbolista que había sufrido una operación aquel mismo día. Algo iba mal, y este personaje, cuyo precio era de cincuenta mil libras, se hallaba en peligro de muerte. Con el revuelo subsiguiente, nadie advirtió que Richard Blamey se dirigía por la penumbra de los pasillos hacia los lavabos. La enfermera de guardia estaba con el cirujano a la cabecera de la cama del futbolista.

Blamey llevaba una bata, un pijama y zapatillas. Junto a la lámpara de pantalla verde, sobre la mesa de la enfermera, vio el abrigo y el sombrero del cirujano.

Nadie le podía ver. Cogió ambas prendas, se las puso y abandonó el pabellón por las escaleras.

El portero del vestíbulo estaba hablando por teléfono y ni siquiera oyó a Blamey pasar junto a él y salir a la Holloway Road. Fue todo muy fácil. Incluso había una cartera en el bolsillo del abrigo, lo cual suponía una ventaja.

El aire frío de la noche le hizo estremecer. Después fue encontrándose mejor, aunque empezó a notar que las piernas se le doblaban.

Varias veces tuvo que apoyarse en un umbral para no caerse. Sintió un gran alivio cuando se volvió y vio venir un taxi desde la Highgate Archway.

—Endell Street, Covent Garden, por favor —dijo.

No pareció fijarse en que el hombre llevaba un pijama debajo del abrigo, y que calzaba zapatillas, y si lo advirtió, no hizo ningún comentario.

En el taxi, Blamey empezó a sentirse tan débil que tuvo que agarrarse al asiento para no caer al suelo. «Animo, Dick —se dijo a sí mismo—. No puedes desmayarte. Eres el ex jefe del escuadrón Blamey, y vas a atacar con tus extraordinarias dotes de mando, sin desanimarte por el hecho de que estás más débil que un gato recién nacido. Vas a causar un grave daño al enemigo. Si tienes que pudrirte en la prisión por el resto de tu vida, te pudrirás por una buena razón».

Recordó haber visto un pequeño alicate en el pasillo del número tres del pasaje Endell, que se usaba para abrir cajas de fruta. Esperaba encontrarlo en el mismo lugar y tener la fuerza suficiente para usarlo.

—Quédese con el cambio —dijo al taxista, y pagó con un billete de la cartera del cirujano.

Fue cojeando por el pasaje, iluminado tan sólo por la lámpara colgada en la pared del almacén. Se alegró de encontrar abierta la puerta de la calle, y también se alegró de que aún estuviera allí el alicate, junto a una caja de mandarinas. Sopesó el alicate en la mano y se lo metió en el bolsillo.

Mientras subía las escaleras pensó que estaba a punto de escribir una página de la historia criminal. Había sido sentenciado a cadena perpetua por cometer un asesinato en este mismo edificio. Sería el primer asesino de la historia que cometería el crimen después de ser condenado por él. Sólo que la víctima no sería una mujer. Sería un

Bizcocho muy deteriorado.

Apretó el timbre del último piso y esperó, con el alicate en la mano, protegido por la penumbra. En cuanto Rusk sacara la cabeza por aquella puerta, le golpearía con el alicate y no dejaría de asestarle golpes hasta que el bastardo exhalase su último y podrido suspiro.

El Bizcocho debía tener un sueño muy pesado, porque no contestaba a las frecuentes llamadas de Blamey. Entonces advirtió que había varias botellas de leche junto a la puerta. Quizá Rusk volvía a estar de viaje para otro «asunto de negocios».

Mucho mejor, pensó Blamey. Forzaría la puerta y le esperaría. Al fin y al cabo, ¿no le había invitado a que se alojara allí? Con ayuda del alicate, entró en el piso en cuestión de pocos segundos. Después de todo, ¿qué era un insignificante escaló para un hombre condenado a cadena perpetua?

Encendió la luz y vio que el apartamento había sido despojado de todo su mobiliario.

Entonces se fijó en que aún quedaba un mueble, uno solo: el diván. Lo habían trasladado al lado de la puerta, motivo por el cual no pudo verlo hasta que estuvo en el centro de la habitación. Y por añadidura, el diván estaba ocupado. Bajo la ropa de la cama se advertía una silueta humana. El Bizcocho debía tener realmente un sueño muy pesado. Tanto mejor. Blamey agarró firmemente el alicate y lo levantó por encima de su cabeza a punto de asestar el primer golpe, al tiempo que levantaba la sábana que cubría a la persona dormida.

Pero quien estaba allí, en la cama, era Mónica Barling. Su cuerpo aparecía totalmente desnudo, sin otra prenda que la media atada alrededor de su cuello.



ARTHUR LA BERN, nacido en Londres, de padres franceses, Arthur La Bern (1909-1990) trabajó como periodista para varios periódicos británicos y fue corresponsal de guerra del Pacífico para el *Evening Standard* durante la segunda guerra mundial. Su interés por el crimen lo llevó a escribir varios libros de no ficción sobre famosos asesinos británicos — incluyendo George Joseph Smith y John George Haigh, así como varias obras de ficción—. Una de sus novelas fue adaptada por Alfred Hitchcock y Anthony Shaffer en la película de 1972 *Frenesí*.

Sin embargo, el autor no quedó satisfecho con la adaptación: el resultado en la pantalla es atroz [...] Me gustaría preguntar al señor Hitchcock y Sr. Shaffer qué pasó entre el libro y guión a los auténticos personajes de Londres que he creado.

Notas

^[1] DFC (Distinguished Flying Cross): Cruz al Mérito Aeronáutico. (N. del T.) <<

[2] En inglés la expresión «tomar el pelo» es «pull one's leg», «tirar a uno de la pierna». (N. del T.) <<